

MENSAJE

EDICIÓN ESPECIAL



ALBERTO
HURTADO

Cumplió un


SIGLO

Tetra Pak
saluda los cien
años que
cumple el
padre Alberto
Hurtado
acompañando
a todos los
chilenos.



IMAGENES

IMAGENES

1950. Foto tomada antes de bajar con Arturo Gaete a un pique en la zona del carbón (Schwager)



ALBERTO
HURTADO



21 de julio de 1920:
Alberto Hurtado es
herido en un desfile del
Partido Conservador, del
cual era simpatizante.



Seguimos el camino
del Padre Alberto Hurtado



Porque apoyamos la obra del Padre Alberto Hurtado,
no podíamos estar ausentes en los 100 años de su nacimiento.



TUR-BUS

2 PRESENTACIÓN

Conociendo al P. Hurtado

3 COMENTARIO NACIONAL

¿Es Chile un país católico? Sobre qué nos dijo
y nos diría hoy el P. Hurtado _____ Gonzalo Arroyo, S.J.

EL P. HURTADO, SU VIDA Y SU HISTORIA

- 12 Cronología de la vida
de Alberto Hurtado Cruchaga
- 16 El padre Hurtado: Apóstol de futuro _____ Marta Cruz-Coke
- 20 El P. Hurtado y la lucha política
entre los católicos _____ Gonzalo Vial
- 25 Así fueron sus últimos días... y así murió _____ Alvaro Lavín, S.J.
- 28 Un pastor menos _____ Gabriela Mistral
- 29 Apóstol de Jesucristo _____ Mons. Manuel Larraín



11

38

SU FIGURA ESPIRITUAL

- 38 Rasgos de la santidad del Padre Hurtado _____ Juan Ochagavía, S.J.
- 44 La regla de oro.
¿Qué haría Cristo en mi lugar? _____ Alberto Hurtado, S.J.

46



PADRE HURTADO EDUCADOR

- 48 Formador de jóvenes _____ Hugo Montes
- 50 Educador _____ Gabriel Castillo

53

OBRAS DEL P. HURTADO

- 54 Signo y apóstol de solidaridad _____ Fernando Montes, S.J.
- 58 La obra vocacional
- 59 Apostolado con la mujer _____ Mónica Poblete
- 62 El Hogar de Cristo o ese milagro de amor _____ Blanca Arthur
- 67 Proyecto de trabajo social _____ Alberto Hurtado, S.J.
- 68 Mensaje: Una nueva revista _____ Alberto Hurtado, S.J.

69



EL P. HURTADO EN EL PRESENTE

- 69 Profeta de la caridad y la justicia _____ Benito y Lorena Baranda
- 73 El beato Alberto Hurtado,
un precursor y guía tutelar _____ Cardenal Angelo Sodano
- 78 El Santuario del Padre Hurtado:
Un encuentro con Cristo _____ Rafael Silva
- 80 Bibliografía

CONOCIENDO AL PADRE HURTADO

San Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales pide *conocimiento interno de Jesucristo para más amarlo y seguirlo*. Se busca internalizar los criterios y sentimientos del Hijo de Dios a través de un conocimiento profundo, afectivo, íntimo.

Quienes alternaron con el Padre Alberto Hurtado han dado testimonio de que este era su rasgo distintivo, expresado en la pregunta hecha una y otra vez a sí mismo y a quienes lo escuchaban: “¿Qué haría Cristo en mi lugar?”

Estamos convencidos de que conociendo mejor al Padre Hurtado nos podremos acercar más a Jesucristo y encontraremos el camino para renovar el legado de justicia y amor a nuestra realidad que nos transmitiera este querido jesuita chileno. Es por eso que esta revista, nacida para extender las resonancias del mensaje de Jesucristo ante los desafíos de la historia, quiere entregar, corregida y actualizada, la edición especial que publicáramos en 1992, sobre la vida y obra de nuestro fundador.

Con la reedición de este número extraordinario, *Mensaje* desea hacer un aporte a la celebración de tres fechas muy significativas. Ellas conmemoran la vida del Padre Hurtado, la prolongación de sus obras y de su *Mensaje*, y la fecundidad de su muerte y de su intercesión desde la casa del Padre. Nos referimos al 22 de enero del 2001, fecha en la cual se celebraron los cien años del nacimiento de Alberto Hurtado; al 1º de octubre de este mismo año, cuando *Mensaje* cumpla el medio siglo desde que el P. Hurtado hiciera circular la primera edición de la revista; y al 18 de agosto del 2002, día en que se recordarán los cincuenta años de la muerte de este apóstol.

Las páginas que vienen a continuación nos invitan a encontrarnos con el Bienaventurado Alberto Hurtado Cruchaga, *una visita de Dios a nuestra patria*, quien nos urge con su ejemplo a construir cada día un mundo mejor.

Sobre qué nos dijo y nos diría hoy el Padre Hurtado

¿Es Chile un país católico?

Gonzalo Arroyo, S.J.

Hace 60 años apareció el libro del ahora Beato Alberto Hurtado, cuyo título encabeza este comentario. En él nos decía: *No hemos tenido ningún temor de mirar la realidad del catolicismo de nuestra Patria, tal como nos parece que se encuentra en el momento presente, sin ningún deseo de atenuar sus sombras, de disimular sus defectos.* Reconocía además que *los problemas del catolicismo en Chile tienen muchos elementos que no son propios y exclusivos de Chile: son repercusiones de fenómenos mundiales que obedecen a causas generales de nuestra época, de nuestra civilización, de la manera propia de ser de nuestro tiempo.*

Este libro marca un hito en la pastoral de la Iglesia chilena, porque se atreve a mirar sin miedo la realidad de la sociedad que debe ser evangelizada. El valor de esta obra no está, por tanto, sólo en lo que dijo, sino más bien en su enfoque pastoral: analiza el país que el autor percibía en acelerado cambio, con el máximo de rigor y a la vez preguntándose *¿qué haría Cristo en mi lugar?* Sin embargo, quedan cosas permanentes en las líneas pastorales propuestas en el libro, algunas ya plasmadas en la Iglesia chilena y otras fijadas como prioridades por los obispos latinoamericanos en la Conferencia de Puebla. Por ejemplo, su *opción preferencial* por los jóvenes y por los pobres, la importancia acordada al fomento de las vocaciones sacerdotales y al trabajo con *los constructores de la sociedad*, temas todos que Alberto Hurtado toca una y otra vez a lo largo de las páginas de su obra.

Esto nos anima a seguir su metodología de hombre de Dios para mirar otra vez con sus ojos a nuestro país tan querido. En este

trabajo tocaremos dos puntos. Primero, las líneas principales del análisis pastoral y social contenido en **¿Es Chile un país católico?** Sólo citaremos algunos pasajes que servirán de ejemplo para captar su espíritu. Enseguida se intentará releer con sus ojos la realidad del catolicismo y de la fe cristiana en el Chile actual.

SOBRE QUÉ NOS DIJO EL P. HURTADO

Los estudios del P. Hurtado en Europa, su contacto allí con una Iglesia en que se perfilaba ya la renovación pastoral y teológica que se plasmaría en el Concilio Vaticano II, y su confrontación personal, durante sus estudios doctorales en la Universidad de Lovaina, con la filosofía pragmática de Dewey, le abrieron a nuevas perspectivas para mirar su país natal mientras que en el mundo estallaba la segunda Guerra Mundial.

«Miremos la realidad del catolicismo mundial... »

Antes de analizar la situación de Chile, el P. Hurtado echa una mirada a la realidad europea. Percibe cómo el mundo se va globalizando de modo que lo que allí se vive tiene consecuencias también entre nosotros.

Su visión era severa porque constataba *la apostasía de las masas*, un materialismo creciente, el progreso de tendencias como el subjetivismo religioso, el racismo y el marxismo.

Sin embargo, pese a que en esos países cundía el indiferentismo frente a la fe, él observaba también *un renacimiento religio-*

so de grupos selectos que llevaban una vida profundamente cristiana. Y terminaba: *Estos grupos serán el fermento que levantará toda la masa.*

Su visión es finalmente optimista, pero no cree que, a corto plazo, se produzca una *recristianización de las masas hoy alejadas*. De ahí que invita a los chilenos, sobre todo a los jóvenes, a mirar las realidades del catolicismo en el país *sin pesimismos derrotistas y sin optimismos beatos, sino con un sentido de responsabilidad fundado en la verdad: ¡La verdad nos hará libres!*

"Las miserias de nuestro pueblo..."

Es notable que el diagnóstico sobre los problemas espirituales de Chile comience por señalar la *miseria de nuestro pueblo, que tiene como primera causa la falta de educación, más otros factores de orden moral y económico*. Observemos que el P. Hurtado no había hecho estudios especializados ni en sociología ni en economía. De ahí que su análisis empírico apunte como causa principal de la miseria a lo educativo —en lo que sí tenía competencia. No examina causas más estructurales de la pobreza, como podrían ser el hundimiento de las exportaciones de salitre en los años '20; o la crisis mundial de los '30; el escaso desarrollo industrial y las formas patriarcales de propiedad sobre todo en el caso de la agricultura; la imperfección democrática del sistema político que, aun avanzado este siglo, rehusaba el voto a las mujeres y a los analfabetos.

Desde un punto de vista pastoral, su análisis es sumamente moderno: la pobreza no es sólo un problema material sino sobre todo un **problema espiritual**, es decir, que se produce por falta de una *visión justa de la vida, una comprensión de los dolores ajenos, una simpatía humana, un criterio que sea eco del criterio de Cristo*.

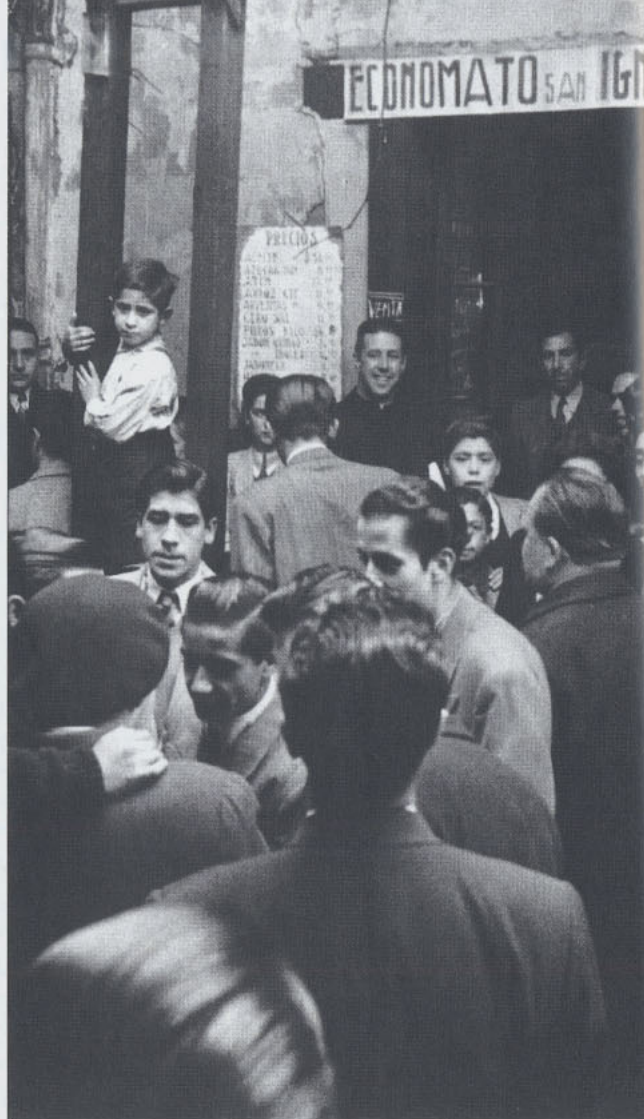
¿Cómo percibe esas miserias del pueblo? Denuncia: el **analfabetismo** (1.200.000, o sea, 25 % de la población adulta: hay entre 300 mil y 400 mil niños sin escuela y de los 215.000 que ingresan anualmente a la primaria sólo terminan 10.000); la **crisis de la familia**, sobre todo obrera; la **mortalidad infantil** (por cada 10 niños nacidos vivos, 2

mueren antes del primer mes, la cuarta parte antes del primer año y casi la mitad antes de cumplir 9 años) y la **fuerte baja en la natalidad**; el problema de la **vivienda obrera** (1.500.000 chilenos carecen de casa adecuada y describe en forma dramática la promiscuidad de los conventillos y de piezas cuya renta es abusivamente alta, todo lo cual conduce a que los vicios se apoderen de la familia obrera y a que las enfermedades sociales se contagien entre ellos); cunde el **alcoholismo**, a lo que se agrega el **bajo salario mínimo**.

"Los pobres se alejan de la Iglesia"

El P. Hurtado concluye que *la miseria material y moral en que vive nuestro pueblo [...] lo trae profundamente amargado. [...] ¿acaso no hace algunos años no tenía nuestro pueblo una vida más dura que ahora? [...] Sí, eso es cierto. Pero hoy se nota más la diferencia que antes. Y sobre todo el pueblo ha perdido lo único que podía darle la paz del espíritu, la alegría profunda de vivir (que no ha de confundirse con el opio del pueblo): la religión.*

Pero la religión no se ha perdido totalmente: *felizmente se conserva todavía, sobre todo en la gente de campo, una profunda fe [...] un fondo de vida cristiana que se traduce sobre todo en una caridad inagotable [...] está persuadido que la Iglesia se ha unido a los patrones y ha tomado partido contra él*. El poco cultivo espiritual, algunas prácticas religiosas, pastoralmente discutibles, como *las misiones organizadas por los dueños de fundo*, la escasa enseñanza religiosa en escuelas y liceos públicos, el escándalo de los malos cristianos, cuya fortu-



Invita a los chilenos, sobre todo a los jóvenes, a mirar las realidades del catolicismo en el país sin pesimismos derrotistas y sin optimismos beatos, sino con un sentido de responsabilidad fundado en la verdad.

na y posición han dejado de ser un motivo de servicio, han conducido en los últimos años a una crisis profunda, sobre todo en el orden moral.

Afirma además que la masa obrera ha engrosado en su inmensa mayoría las filas del marxismo. Refiriéndose a éste, sus consejos pastorales tienen una nobleza de espíritu y actualidad evidente: *Aun al atacar al comunismo lo hemos de hacer con criterio cristiano, no por lo que contradice a nuestros intereses, sino porque contradice a nuestros principios, por su concepción del hombre, de la vida y del más allá. Aun a ese adversario que no respeta al catolicismo, lo hemos de juzgar con inmensa lealtad*¹.

La vida cristiana en Chile

El autor sostiene que la raíz profunda de los graves males sociales de Chile es la falta de cultivo religioso de las masas y de los grupos de selección. Sus estudios destruyen la imagen autocomplaciente que algunos tenían sobre la fe²: *Es verdad que hay aún en la mayoría del pueblo un fondo de religiosidad [...] pero la vida cristiana se va debilitando casi hasta desaparecer en algunas regiones [...] la familia obrera no tiene la formación religiosa necesaria para educar a sus hijos*³. El estudio sobre la campaña del protestantismo en Chile es sumamente interesante. El P. Hurtado hace esfuerzos por ver de cara la realidad de los 200.000 evangélicos de entonces. Concluye que el protestantismo vive de nuestros errores; *crece allí donde la vida católica ha sido descuidada, y se nutre de ese fondo de cristianismo que hay en el pueblo, residuo de tantos siglos de vida católica [...] más que campaña contra los protestantes, lo que necesitamos es una campaña positiva de cristianismo*.

"El más grave de los problemas": la escasez sacerdotal

En la sociedad hay un círculo vicioso: la falta de sacerdotes produce crisis de fe y ésta debilita las vocaciones.⁴ *Nuestra más grave crisis es de fe, que se origina en gran parte en la falta de cultivo espiritual y se traduce luego en mayor escasez de sacerdotes que*

reanimen la vida interior. No es sólo un problema de números... sino de santidad, de formación seria y profunda en las disciplinas sagradas y en los conocimientos humanos. Pero agrega: *"No basta que haya sacerdotes santos para que Chile entero se salve..."* Chile tiene, para 4.600.000 habitantes, 780 sacerdotes seculares y 835 religiosos, en total 1.615, lo que da un sacerdote para cerca de 3.000 almas. Por lo tanto, hay 4 millones de fieles al margen de la debida influencia sacerdotal.

La escasez de clero incide además en que pocos sacerdotes pueden acceder a estudios superiores, pues sólo queda tiempo para dedicarse a los corderos piadosos del rebaño. En verdad, el P. Hurtado predicó con el ejemplo: su trabajo vocacional fue bendecido por Dios, pues más de 100 sacerdotes, algunos de los cuales llegaron a ser obispos, siguieron su llamado hecho a los jóvenes de entonces, llamado que aún resuena en el presente.

¿QUÉ NOS DIRÍA HOY EL P. HURTADO?

No sería ni honesto ni justo desde un

¹ Esbozando ya su pensamiento social que se explicitará en obras posteriores a su acción en favor de los obreros en la ASICH, el autor precisa: *Nada más contrario al cristianismo que ese ataque cerrado a todo lo que sea elevación del proletariado, sin detenerse a considerar las exigencias del pueblo para ver lo que haya en ellas de justificado. Toda crítica de las doctrinas disolventes debe tener dos puntos: una vuelta hacia nosotros, hacia nuestros egoísmos, hacia nuestras culpabilidades para corregirlas; otra, al sistema disolvente en lo que tiene de falso, de destructor. No es justo condenar al enemigo mientras yo guardo mis egoístas complicidades* (p. 76).

² Se apoya en una encuesta nacional hecha a los párrocos cuyas parroquias cubren enormes territorios, sobre todo en el norte y sur del país (un 25 % responde) y a los obispos. Los resultados permiten captar la realidad de la práctica sacramental: un escaso 9 % de mujeres y 3.5 % de hombres van a misa los domingos; sólo 50 % de los matrimonios civiles son legitimados por la Iglesia. Sin embargo, 98,2 % bautizan a sus hijos, lo que indica que existe un fondo de fe, aunque las motivaciones para recibir este sacramento sean más bien por tradición u otras motivaciones más supersticiosas.

³ 400.000 niños no asisten anualmente a la escuela primaria y, por lo tanto, no pueden seguir allí las clases de religión. Para los restantes que sí asisten, hay sólo 267 profesores de religión titulados. En las escuelas primarias fiscales, reciben catequesis sólo un 40 % en Santiago y apenas un 25 % en provincias. La enseñanza religiosa en los liceos fiscales no anda mejor: cuando la familia lo desea pueden tener una hora semanal sólo en el primer ciclo.

En las universidades estudiaban ese mismo año 6.195 alumnos, de los cuáles la gran mayoría (4.482) estaba matriculada en las universidades del Estado. En ellas muchos no eran católicos y existían entonces organizaciones como la ANEC que trataban de evangelizar a los jóvenes universitarios (p. 94).

punto de vista hermenéutico, pretender que el P. Hurtado viera, con nuestros propios ojos, el mundo de hoy ⁵. Pero sí podemos tratar de traducir en el lenguaje de hoy, y para este Chile que se acerca al bicentenario de su independencia, su mensaje pastoral y social, autenticado por su testimonio de santidad.

No nos cabe duda de que la intención del P. Hurtado era dirigirse más que todo a los católicos, hacerlos despertar de su dormida, y terminar con el escándalo de los malos cristianos, cuya fortuna y posición no les lleva a asumir con responsabilidad social su deber de prestar mayor servicio especialmente a los más desvalidos. Así se entiende su denuncia profética de las miserias de los pobres como un problema espiritual y su llamado a llevar a Cristo a los jóvenes y a toda la sociedad, al sentido de la verdadera vida en un mundo cuyos ejes son más bien la eficacia y el consumo sin tope, que amenazan hasta la supervivencia ecológica del planeta.

Él sin duda percibió cómo la civilización de entonces se transformaba y entraba a una vida moderna, cuya llave de entrada se llama dinero. Esta invita a la disipación: el hombre vive fuera de sí, solicitado por todas partes, por mil ocupaciones que lo asedian... el primer choque del pueblo con las brutales realidades de la vida moderna ha sido desfavorable para la vida cristiana.

Alberto Hurtado, por sus opciones y práctica pastoral, en cierta medida ya vivía y anunciaba el Concilio y las Conferencias de Medellín y Puebla. Si no hubiera muerto joven, él hubiera tratado de entender y

⁴ Su preocupación por el sacerdocio no lo hizo descuidar su interés por la promoción del laicado. A ella dedicará buena parte de su apostolado. Fundará más tarde el Hogar de Cristo y la Asich, obras fundamentalmente de laicos (profesionales y obreros) y la revista *Mensaje*, donde colaboran desde el primer momento muchos laicos.

⁵ Tampoco podríamos criticarle algunas de sus recomendaciones pastorales de la época, ni sus diagnósticos empíricos sobre el futuro. Por ejemplo, su entusiasmo justificado por la Acción Católica que hoy es reemplazada por otros movimientos apostólicos, su idea de una «restauración cristiana de Chile», que hoy se expresaría más bien como una "nueva evangelización", o su juicio sobre el protestantismo que supuestamente "estaría en bancarrota", lo que ciertamente no sucede, al menos en Chile y en América Latina.

solidarizar con los problemas de las sucesivas generaciones de hombres y mujeres de su país y se hubiera esforzado, con toda su entrega, en remediarlos tal como *Jesús lo hubiera hecho en su lugar*. Por eso no resulta ilusorio hacerse hoy la misma pregunta que él se hizo hace 60 años.

EL CHILE DEL 2001: ¿QUIÉNES SOMOS HOY?

Esta pregunta ayuda a mirar aunque sea someramente las transformaciones de nuestra realidad en los últimos 60 años para aproximarnos mejor a los desafíos que enfrentan tanto la sociedad chilena como también la Iglesia.

Resituemos a Chile dentro de un mundo en pleno cambio económico, social y político, en los albores del siglo XXI. El derrumbe del comunismo soviético en 1989, que trajo consigo el fin de la guerra fría y del bipolarismo militar, abre el paso al sistema económico global en el que se insertan aunque asimétricamente las economías nacionales, y las naciones más poderosas constituyen "bloques económicos" en áspera competencia entre sí. Es un mundo en el que aún predomina el liberalismo económico y a la vez se reafirma la democracia. Pese a los asombrosos avances tecnológicos que acortan las distancias y el tiempo, el crecimiento económico no beneficia a los cientos de millones de pobres del Tercer Mundo y aun a no pocos dentro de las mismas sociedades opulentas.

Esta nueva sociedad informacional trae consigo no sólo la globalización económica, sino además un **profundo cambio cul-**

FUNDACION
OCAC

"Dar hasta que duela"

Con este espíritu,
el Padre Hurtado logró comprometer a muchos con
los pobres y desamparados a quienes dedicó su vida.

La Fundación OCAC, creada por el Cardenal Raúl Silva Henríquez, adhiere a la celebración del centenario del natalicio del Padre Hurtado. Como organismo no gubernamental, cuya principal misión es la lucha contra la pobreza y la marginalidad, nos sentimos identificados con su labor.



Pero, ¿qué y quiénes somos hoy? ¿País moderno o aún subdesarrollado? ¿Vamos avanzando hacia un desarrollo con cara humana o hacia un nuevo abismo, como antes nos sucedió? ¿Somos más, o simplemente algunos tienen más y otros muy poco?

tural que puede llevar romper tradiciones éticas y religiosas como las existentes en América latina. Este continente, el más católico del mundo, ha estado ligado a la escuela ética de la ley natural, o sea, al iusnaturalismo⁶. Era también el caso de la Europa de raigambre cristiana, pero con todo muy afectada todavía hoy por el racionalismo de la Ilustración, que rechaza toda idea trascendente. Algo semejante sucede en los países anglosajones, donde existe un pluralismo ético mayor: se codean el utilitarismo, muy ligado a la teoría económica neoclásica, con la ética kantiana, de no pocos seguidores, y asimismo con las ideas sobre justicia social de Rawls.

En las sociedades desarrolladas, huérfanas de convicciones utópicas, presas del consumismo y del "aburrimiento desarrollado", se camina en diversas direcciones. Una de ellas, quizás predominante, es el llamado postmodernismo: un estado de ánimo de desencanto frente a los proyectos globales de transformación de la sociedad y que expresa la crisis (¿y el ocaso?) de las ideologías y también de las utopías. Aunque existe nuevo interés por lo religioso —algunos se abren a lo oriental y a las sectas— lo que predomina es la indiferencia religiosa, el agnosticismo y también un cierto deísmo. El ateísmo, que supone una militancia activa, al parecer está también en retirada. Se abren ca-

minos nuevos de compromiso social a través de las ONG y de los comprometidos con la defensa de los derechos humanos, del medio ambiente, de la mujer, de los pueblos indígenas y otros, que se conciertan cada vez más a nivel internacional.

Estos desafíos globales se plantean, aunque de modo algo diverso para Chile. En efecto, se hace desde *el reverso de la historia*, después de 500 años transcurridos desde la conquista, la colonización y la primera evangelización y desde casi dos siglos de independencia política de España. En nuestro país, los ciudadanos, y sobre todo los jóvenes, carecen de entusiasmo por la política después de varias décadas de «revoluciones», las dos primeras con adjetivos y la tercera sin nombre⁷ y de una larga dictadura militar cuyas secuelas de violaciones de los derechos humanos aún convulsionan a la sociedad. La última, iniciada bajo la dictadura militar, de hecho ha contribuido quizás más que las anteriores a la actual transformación económica, política y cultural en curso en este período de democracia, aunque sea imperfecta, que se inicia en 1990.

Pero, ¿qué y quiénes somos hoy? ¿País moderno o aún subdesarrollado? ¿Vamos avanzando hacia un desarrollo con cara humana o hacia un nuevo abismo, como antes nos sucedió? ¿Somos más, o simplemente algunos **tienen** más y otros muy poco? Chile es considerado ya un país inserto en la globalidad en muchos aspectos, sobre todo desde la transición a la democracia en 1989. Pero, ¿cuáles son los límites e insuficiencias de esta modernidad? ¿Qué nos diría el P. Hurtado sobre los nuevos desafíos que hay que enfrentar hoy? No se debe confundir mera modernización tecnológica y económica con una democracia desarrollada y equitativa. Esta se profundiza mediante una política de consensos y se abre más a la participación popular y a la descentralización administrativa y territorial. Se construye con un alma nacional en la que la solidaridad debe estar siempre presente.

PRIMER DESAFÍO: VENCER LA POBREZA

No se trata de negar aquí los éxitos económicos logrados, sobre todo desde hace dos décadas, por la economía de tinte

⁶ Este proviene a través de Santo Tomás de Aquino (siglo XIII) de Aristóteles, quien vivió cuatro siglos antes del nacimiento de Cristo. Sobre esta base filosófica y teológica se ha apoyado la Doctrina Social de la Iglesia que inspiraba al Padre Hurtado en su acción social, sobre todo en los últimos años de su vida a través de la ASICH y la revista *Mensaje*.

⁷ Mario GÓNGORA. *Ensayo histórico sobre la noción del Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Ediciones de la Ciudad. Santiago, 1981, 149 pp.

⁸ Notemos que la centralidad del trabajo humano, subrayada por la doctrina social de la Iglesia, es de hecho hoy reconocida por aquellos, por ejemplo las grandes empresas japonesas, que preconizan el desarrollo del "capital humano" como el factor clave en el éxito económico.

neoliberal, aunque tampoco podemos negar que la sociedad chilena es todavía muy desigual pese a la disminución considerable de la pobreza en la última década. Después de los duros y sucesivos ajustes económicos —a veces con altísimos costos: derechos humanos violados, empleo precario, bajos salarios y aumento de la pobreza— se ha ido logrando una cierta estabilidad económica cuya consolidación futura dependerá de la capacidad interna para desarrollar una estrategia nacional sólida de inserción en el mercado mundial.

Como lo hizo el Padre Hurtado hace 60 años, podríamos preguntarnos ahora si los pobres están peor que antes, y tendríamos que responder con él: *antes la vida era más dura, pero hoy se nota más la diferencia social* (p. 69). Al contrastar con el presente los datos dramáticos por él presentados sobre analfabetismo, educación, mortalidad infantil, alcoholismo, vivienda, etc., se puede afirmar sin duda que hay una cierta mejoría, en algunos casos considerable. Sin embargo, hay puntos en suspenso.

En lo **económico**, queda el problema de cómo *humanizar el mercado y la tecnología*, defender a los más débiles y a los más pobres, excluidos simplemente de ambos. A lo anterior se añade una necesaria *reforma de la empresa*, en que empresarios y trabajadores se sientan solidarios y participantes como "comunidad de personas"; una solidaridad entre grandes y pequeñas empresas y sus respectivas organizaciones empresariales y sindicales. Esto para no sólo cargar el costo de la modernización tecnológica y de la competitividad sobre los trabajadores mal pagados, sino también para encarar otras tareas, como son la capacitación permanente de la fuerza de trabajo dado el avance acelerado de la tecnología, la puesta en marcha de mecanismos salariales que estimulen la participación, etc.⁸

En lo **social**, los problemas de la *débil constitución familiar* se agravan con la permisividad sexual y la drogadicción, propias de nuestro tiempo, sobre todo en las generaciones jóvenes, y se extienden más allá de los sectores populares estudiados por el P. Hurtado. La educación, en cambio, ha logrado cubrir el total de la población escolar básica, ha aumentado su cobertura en la

enseñanza media, pero su calidad ha decaído en establecimientos públicos y municipalizados, en contraste con la enseñanza pagada... Sin embargo, felizmente ya hay una reforma educacional en marcha. La educación no requiere sólo mayores conocimientos sino también una formación valórica y aun religiosa que puede dar fuerza vital a un nuevo comportamiento. Sin duda por eso —aunque no sólo por eso— el P. Hurtado insistió en la "educación religiosa".

Finalmente, lo **político**. El P. Hurtado no toca directamente este tema en su libro ni tampoco otros que pesan profundamente en el país como es el de los derechos humanos. Es comprensible que no viera, en una época de economías nacionales y no de mercado y tecnologías globalizados, la importancia de lo político, concebido como un **compromiso nacional** para vencer la pobreza mediante un desarrollo autosustentado y de cara humana, pero insertándose competitivamente en el mercado internacional. Se trata de una nueva forma de hacer política en que el poder está mediado por los consensos y en que los partidos políticos juegan un nuevo papel que manifiestamente aún no han logrado encontrar. Esta es en verdad una tarea titánica que sobrepasa a cualquiera de los actores sociales. El Estado, partidos políticos, empresarios, sindicatos, los medios de comunicación, las iglesias y la sociedad civil: todos deben participar, sentirse anímicamente contribuyendo de manera solidaria; cada uno aporta su cuota de esfuerzo y sacrificio, mayor para los *que más han recibido*.

Lo valioso y permanente del P. Hurtado es su intuición, ya mencionada, de que la pobreza es un *mal espiritual* y que hoy se manifiesta en una sociedad segmentada y desigual. No sólo se trata de un problema multifacético, sino que para resolverlo exige además una actitud ética internalizada por los ciudadanos, o en términos del autor *una visión justa de la vida, una comprensión de los dolores ajenos, una simpatía humana, un criterio que sea un eco del criterio de Cristo*. Suscitar una **solidaridad práctica y eficaz**, compartida por todos los agentes sociales, incluido el Estado, es lo que nos pide hoy la Iglesia para lograr un auténtico desarrollo humano *de todo el hombre*

⁹ Juan Pablo II define la solidaridad como "una determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, por el bien de todos y de cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos" *Sollicitudo rei socialis*, (n. 36).

¹⁰ J.J. BRUNNER, *América Latina en la encrucijada de la modernidad*, FLACSO, 1992, p. 20.

¹¹ El sociólogo Richard MORSE citado por J.J. BRUNNER, *Ibidem*, p. 5.

¹² «La gran diferencia entre Francia e Inglaterra por un lado, España e Hispanoamérica, por el otro, es que nosotros no tuvimos siglo XVIII. Los pueblos hispánicos no hemos logrado ser realmente modernos porque, a diferencia del resto de los occidentales, no tuvimos una edad crítica». Y añade: «La revolución liberal, iniciada en la independencia, no resultó en la implantación de una verdadera democracia, sino en una dictadura militar y en un régimen económico caracterizado por el latifundio [...] Los viejos valores se derrumbaron, no las viejas realidades... ahora enmascaradas de valores progresistas y liberales. A principios del siglo XX estábamos ya instalados en plena pseudomodernidad: ferrocarriles y latifundismo, constitución democrática y un caudillo dentro de la mejor tradición hispanoamericana, filósofos positivistas y caciques precolombinos, poesía simbólica y analfabetismo». Octavio PAZ, *El ogro filantrópico*, Joaquín Mortiz, México, 1979, pp. 34-35, 63-64.

Pero, ¿qué ganamos estando en la modernidad? Sin duda los riesgos son inmensos. No sólo para la fe sino también para la sociedad secularizada.



¹³ Los críticos de la modernidad en el mundo desarrollado son legión: postmodernistas como Lyotard, Baudrillard, Vattimo, Rorty, Foucault... Otra corriente es la de pensadores que, aunque críticos de la sociedad moderna actual, creen que es posible conciliar la modernidad con una sociedad más democrática y dialogal: para Habermas la "lógica instrumental" que "coloniza el mundo de la vida" mediante el poder del dinero (mercado) y de la manipulación (sistema político) debería coexistir con una "lógica comunicativa" que permitiría llegar a una ética de consenso dentro de una democracia perfeccionada; Weil nos recuerda que lo "racional" —que se constata a veces como algo irracional— no debería confundirse con lo "razonable".

y de todos los hombres.⁹

SEGUNDO DESAFÍO: EVANGELIZACIÓN PARA ESTOS TIEMPOS

Pero existe un segundo desafío, y este concierne muy particularmente a la Iglesia Católica. Los vertiginosos cambios culturales que afectan hoy a la sociedad impactan también la relación entre fe y cultura. ¿Qué quedará de nuestras subculturas, tradiciones y creencias? La historia de este siglo muestra diversos "estilos" de modernización en Europa, Estados Unidos, Japón, Corea, Taiwán, Malasia... Pero en casi todos ellos se produce un proceso de secularización, y en ciertos casos éste asume la forma de "postmodernismo". Esto equivale a lo que el P. Hurtado llamaba la "apostasía de las masas".

Algunos autores señalan que la incorporación de América Latina a la modernidad —o mejor podríamos decir a una nueva modernidad—, correría por intrincadas e inéditas rutas. *En ningún punto esa incorporación es un acto puramente reflejo de re-*

cepción pues adquiere una determinada configuración y expresión.¹⁰ Otro afirma que *incluso su sector moderno o burgués no es del todo preso del desencanto occidental [...]* Existiría una mayor calidez de las relaciones humanas.¹¹ Pero hay otros que han negado que América Latina sea moderna.¹² Sea lo que sea, no hay duda de que surge una cultura mundial o una especie de "mestizaje universal", en que la cultura dominante corresponde a los países desarrollados pero que permite la subsistencia, y aun ciertos influjos —¡felizmente!— de las subculturas nacionales. Nos toca entonces preservar nuestra identidad nacional, aunque aprendiendo a enriquecernos y no empobrecernos dentro de la multiplicidad cultural en que vivimos, y que nos penetra a través de la televisión e Internet.

Pero, ¿qué ganamos estando en la modernidad? Sin duda los riesgos son inmensos. No sólo para la fe sino también para la sociedad secularizada, a juzgar por los críticos postmodernistas y otros del mundo desarrollado.¹³ En verdad, no nos toca optar o

no, pues ella ya está allí. Sí podemos tratar de transformarla, de hacerla más solidaria y por lo tanto más humana. Como decía el P. Hurtado hay que mirar la realidad *sin temor*; el Concilio invita a *discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participan con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o los planes de Dios*.¹⁴

Hacia el fin de su vida el P. Hurtado tomó también conciencia sobre la necesidad de desarrollar una acción pastoral en el campo intelectual para discernir, desde un punto de vista cristiano, a dónde nos conduce la realidad cambiante en la sociedad chilena. Por eso fundó **Mensaje**. Hoy la **Universidad Alberto Hurtado** y otras instituciones católicas deben esforzarse por responder a nuevas preguntas éticas: ¿cómo se establece la responsabilidad en la perpetuación de las "*misericordias del pueblo*", que cabe a cada uno de nosotros, todos pecadores y responsables pero en distinto grado y, por lo tanto, con diversas obligaciones de reparar el daño causado a los más pobres, que clama al cielo? ¿Cómo responder a hechos de sociedad como la evolución actual de la familia, sexualidad, divorcio, aborto, drogadicción, etc., que se plantean con fuerza en ámbitos secularizados

y pluralistas de la sociedad moderna?

LA HORA DE LOS LAICOS

Según el P. Hurtado, resolver el problema de la grave crisis de fe, debida en gran parte a la falta de cultivo espiritual de las masas, exigía un esfuerzo de todos en la iglesia para aumentar el número y la calidad de sus sacerdotes. Si uno compara el total de sacerdotes de entonces (1.615) con el número actual (2.224), llegamos a la conclusión de que la proporción entre sacerdotes y fieles **ha empeorado desde entonces**.¹⁵

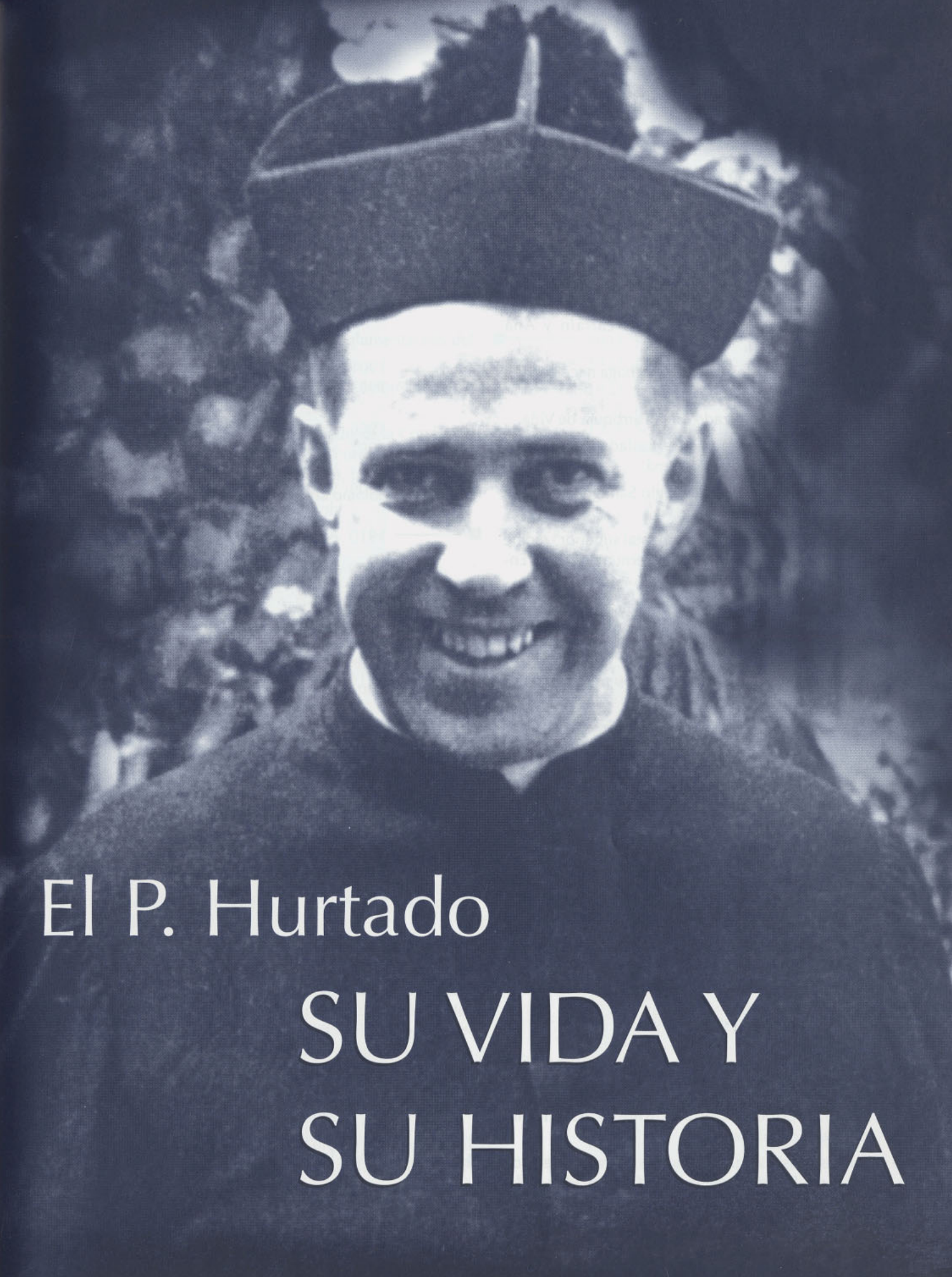
Él se dio cuenta del imperativo de incorporar a los laicos en el trabajo pastoral, no como socios menores, sino como protagonistas, pues nadie en la Iglesia puede reemplazarlos: un ejemplo de esto es el **Hogar de Cristo**, obra laical desde su inicio y en que los sacerdotes sólo son capellanes. Los datos sobre la escasez sacerdotal, que persiste 40 años más tarde, confirman esta línea pastoral. Es, por lo demás, lo que conlleva consigo el concepto de Iglesia definido en el Vaticano II, como "*pueblo de Dios*", pueblo que lleva el sello sacerdotal desde el bautismo, y al cual los sacerdotes, la jerarquía, prestan un servicio ministerial (**Lumen Gentium**). Esto implica entre otras cosas una **nueva relación** entre laicos y jerarquía, tal como lo afirma el Sínodo romano de 1987 (**Christifideles Laici**).

¿Llegará la hora de los laicos? Aquellos que trabajan en la política, en la empresa, en la población, en los medios de comunicación y en el mundo de la educación y de los jóvenes, deberían incorporarse a un proceso de inculturación de la fe y de valores cristianos mediante su testimonio personal en su medio de trabajo y de vida¹⁶. Este debe llevar paulatinamente a acrecentar una mentalidad solidaria capaz de vencer el egoísmo y el individualismo, que conduzca a hacerse cargo del "prójimo" como nos dio ejemplo el buen samaritano. La fuerza de las denuncias del P. Hurtado contra los *malos cristianos* y la exigencia a los *que tienen más a dar más*, debería resonar en nuestra conciencia. Esto nos permitiría participar en el siglo XXI con mayor bienestar personal y social, y en la paz que surge de la justicia social realizada. **[P.H.]**

¹⁴ *Gaudium et Spes*, n. 11.

¹⁵ Puesto que la población del país se ha más que triplicado (de 4,6 a 14,5 millones), con todo debemos considerar que él mismo decía que esto no era sólo cuestión de números, sino también de buena formación. En ese sentido, hay progresos en el número de seminarios, los estudios, etc. Pero la realidad nos señala crudamente que las vocaciones no aumentan, como soñó el P. Hurtado, y por lo demás, el número de misioneros extranjeros ha disminuido fuertemente. Si comparamos además los datos proporcionados por el libro sobre las prácticas sacramentales, llegamos a la conclusión de que la situación no ha variado fundamentalmente al menos en términos cuantitativos: la asistencia a la Misa dominical alcanzaba en 1990 al 11 % de la población que se declara católica (74.4 %). Lo que sí ha variado es el número de protestantes que cubren en ese mismo año el 13.9 % de la población chilena.

¹⁶ Estas preguntas están ligadas a una pedagogía pastoral, dialogal y participativa, para hacer avanzar la conciencia moral en nuestra sociedad. Debería desarrollarse una comunicación adaptada al medio que se evangelice, en la escuela, en la empresa, entre intelectuales, en el mundo obrero y en las clases medias. Hay que procurar que la inculturación de la fe siga caminos pastorales, a veces inéditos o no vividos antes comunitariamente, que permitan ir construyendo una economía solidaria y una democracia participativa de solidaridad, mediante creación de una mentalidad social, que implica nuevas relaciones (¿nuevo mestizaje cultural?) entre pobres, cuya cultura es predominantemente oral, y clases media y altas, cuya cultura es más bien escrita, de texto. Por ejemplo, los documentos de la Iglesia. La tarea de la evangelización no parece estar sólo en lo cuantitativo, en sólo aumentar el número de agentes pastorales.



El P. Hurtado

SU VIDA Y
SU HISTORIA

Cronología de la vida de Alberto Hurtado Cruchaga

VIDA DE A. HURTADO

- 1898 Matrimonio de Alberto Hurtado Larraín y Ana Cruchaga Tocornal.
- 1901 22 de enero, Alberto Hurtado Cruchaga nace en Viña del Mar.
24 de enero, es bautizado en la Parroquia de Viña.
- 1905 Muere su padre. La familia se traslada a Santiago a casa de un hermano de la mamá.
- 1909 Marzo. Ingresa becado al colegio San Ignacio. Hace su Primera Comunión.
- 1910 27 de octubre. Cursando "elemental superior" recibe la Confirmación de manos del internuncio Mons. Enrique Sibillia.
- 1911 Entra en la Congregación Mariana (actual CVX).
- 1913 Por muerte de su tío Jorge deben cambiarse a casa de don Ricardo Ovalle, cuñado de su madre.
- 1914 Cursa tercer año de humanidades. Su nombre aparece entre los catequistas del colegio.
- 1915 Toma como director espiritual al P. Fernando Vives Solar, quien influirá profundamente en su vocación y en su preocupación social.
- 1916 Cursando quinto año de humanidades solicita entrar en la Compañía de Jesús... Los superiores le aconsejan esperar.
- 1917 Apoyado por su director, en los últimos años de colegio se convierte en alumno aplicado. Al final de sexto año obtiene primer premio en Apologética y mención honrosa en todos los otros ramos.
Hace trabajo social colaborando en el patronato de Andacollo.

VIDA UNIVERSITARIA

- 1918 Ingresa al curso de Leyes de la Universidad Católica. Por las tardes desempeña trabajo remunerado en la empresa periodística que dirige D. Guillermo González Echenique.
- 1919 Mientras prosigue sus estudios es secretario rentado de la Junta Ejecutiva del partido Conservador. Colabora en las campañas del partido.

HISTORIA

- 1901 Asume el presidente Germán Riesco.
- 1902 Tratado de arbitraje entre Chile y Argentina.
- 1906 Terremoto en Valparaíso.
- 1907 Matanza en la Escuela Santa María de Iquique.
- 1909 Se funda la FOCH (Federación Obrera de Chile).
- 1910 Año del centenario de la Independencia. Muere el presidente Montt.
- 1912 En EE.UU., H. Ford inicia producción en cadena.
- 1914 Inicio de la Guerra Mundial. Se abre canal de Panamá.
- 1915 Gobierno de Juan Luis Sanfuentes.
- 1917 Revolución Rusa.
- 1918 Fin de la guerra. Abdica el Kaiser. Asesinato del Zar. Monseñor Crescente Errázuriz, arzobispo de Santiago.
- 1919 Tratado de Versalles.

Por la partida del P. Vives se dirige espiritualmente con el P. Damian Symon, SS.CC.

1920 21 de julio, es herido en un desfile donde muere Julio Covarrubias.

Hace el servicio militar en el Regimiento Yungay.

Colabora con el P. Fernández Pradel en el Círculo de Estudios León XIII y es profesor en el Instituto nocturno San Ignacio.

1921 Presenta su memoria sobre "La reglamentación del trabajo de los niños".

1923 Memoria de licenciatura "El trabajo a domicilio". Se recibe de abogado.

14 de agosto, entra en el Noviciado de la Compañía de Jesús en Chillán. Hace la vida ordinaria de novicio: mes de ejercicios espirituales, trabajo en hospitales, catecismo, vida de intensa oración. Un tiempo es "bedel": jefe de los novicios.

SU FORMACIÓN EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

1925 5 de abril, pasa a Córdoba, Argentina, a continuar su noviciado. Se aleja de Chile. Despedida de su madre a la que no verá por más de 11 años.

15 de agosto, pronuncia los votos perpetuos en la Compañía de Jesús.

1926 Prosigue sus estudios en humanidades clásicas... y es nombrado "bedel" del juniorado (etapa de estudios después del noviciado).

1927 En octubre inicia estudios de filosofía en Sarriá (Barcelona).

1928 Se reencuentra en España con su antiguo maestro, el P. Vives.

1930 Es "bedel" del filosofado. Recibe el grado de doctor en Filosofía.

1931 Después de una estadía en Irlanda viaja a Lovaina (Bélgica) para continuar sus estudios teológicos. Es rector el P. Juan Bautista Janssens, quien será posteriormente Superior General de la Compañía de Jesús, gran amigo y admirador del P. Hurtado. Su personalidad y virtudes impresionan a superiores y compañeros.

Junto con la Teología estudia pedagogía en la Universidad de Lovaina.

1933 24 de agosto, es ordenado sacerdote por el cardenal Van Roey, arzobispo de Malinas. El 25 de agosto celebra su primera misa.

1920 Arturo Alessandri, presidente. Crisis salitrera. Se exponen las teorías económicas de Keynes.

1921 Se funda el Partido Comunista chileno.
1922 Mussolini toma el poder en Italia.

1923 Dictadura de Primo de Rivera en España.

1924 Se aprueban bajo presión varias leyes sociales en Chile.

1925 Nueva Constitución Política. Se separa la Iglesia del Estado.

1927 Asume como presidente de Chile Carlos Ibáñez.

1929 Concordia con el Perú. Fleming descubre la penicilina. Grave depresión en EE.UU. que arrastra a una crisis mundial.

1930 Se crea la Región chilena de la Compañía de Jesús.

1931 Grave crisis política en Chile. Renuncia Ibáñez. Pío XI escribe su encíclica *Quadragesimo Anno*.

1932 República socialista en Chile. Se retira el presidente Montero. Triunfo de Arturo Alessandri.

1933 Hitler toma el poder en Alemania. Descubrimiento de la radioactividad. En Chile se funda el Partido Socialista. Ministro Ross ordena la economía.

- 1934 Terminada su formación teológica, viaja a Austria y Roma.
- 1935 Hace "Tercera Probación": Último período de la formación jesuita. Obtiene el título de doctor en Ciencias Pedagógicas por la Universidad de Lovaina con una tesis sobre Dewey.

ACCIÓN SACERDOTAL EN CHILE

- 1936 15 de febrero, llega a Chile. Es nombrado profesor en el colegio San Ignacio, el Seminario Pontificio y la Universidad Católica. Desarrolla una intensa actividad en dirección espiritual y ejercicios.
5 de septiembre, da conferencia a los obreros en la Fábrica de Papeles y Cartones de Puente Alto.
28 de noviembre, acompaña en la celda a don Joaquín Barceló, preparándolo a morir. Esta dura experiencia lo marcó mucho.
Publica *Crisis sacerdotal en Chile*.
- 1937 18 de marzo, fallece repentinamente su madre. El padre Hurtado estaba dando ejercicios a su comunidad jesuita.
Su influjo se acrecienta. Escribe: *La vida afectiva en la adolescencia y La crisis de la pubertad y la educación de la castidad*.
- 1938 Se encarga de la construcción del nuevo noviciado. Primera piedra el 9 de octubre. El Ministerio de Educación lo nombra miembro de comisión que revisa programas de estudios secundarios.
- 1939 Enero, viaja a Chillán a socorrer a las víctimas del terremoto.
Construcción de la casa de Ejercicios. Es ecónomo de la Compañía de Jesús.
- 1940 Ayudado por don Víctor Delpiano, crea la Fundación Educacional Alonso Ovalle que ha servido inmensamente a todas las obras apostólicas de la Compañía de Jesús.
- 1941 Febrero: hace su profesión solemne como jesuita, formulando el cuarto voto de obediencia al Papa y la promesa de no buscar dignidades eclesiásticas. De hecho, se le propondrá como candidato a la diócesis episcopal de Santiago.
Es nombrado asesor de la Acción Católica.
Publica su libro *¿Es Chile un país católico?*
- 1942 Intensa actividad apostólica de retiros, congresos, etc.
Escribe *Catolicismo en nuestros días y Puntos de Educación*.

- 1934 El cardenal Pacelli, Secretario de Estado, escribe carta con normas sobre la independencia política de la Iglesia.
- 1936 Guerra Civil española. Se funda Frente Popular incluyendo a comunistas.
- 1937 Se crea en Chile la viceprovincia independiente de la Compañía de Jesús. La juventud conservadora adopta el nombre de Falange.
- 1938 Matanza del Seguro Obrero. Es elegido Pedro Aguirre Cerda. Manuel Larraín es hecho obispo de Talca.
- 1939 Comienza segunda guerra mundial. Terremoto en Chillán. Creación de la CORFO. Se nombra obispo a Augusto Salinas. Mons. José María Caro, arzobispo de Santiago.
- 1941 Pearl Harbour. EE.UU. entra en la guerra. Fallece el presidente Pedro Aguirre Cerda. Congreso Eucarístico Nacional.
- 1942 Juan Antonio Ríos, presidente.

VIDA DE A. HURTADO

1943 Gran concentración de jóvenes en el Teatro Caupolicán. Recorre el país de norte a sur, predicando y enseñando. Su influencia es enorme.

1944 El 16 de octubre da un retiro a señoras donde nace la idea del Hogar de Cristo... que se funda oficialmente tres días después.

En diciembre renuncia a la asesoría de la Acción Católica.

Gran congreso en honor de los Sagrados Corazones de Jesús y María, donde el Padre tiene un discurso que impacta grandemente. Lo espiritual y lo social están íntimamente unidos en su mensaje.

1945 En noviembre viaja a Estados Unidos y Canadá.

1946 Se inaugura la gran sede del Hogar de Cristo en Chorrillos.

1947 Viaja a Europa. Establece múltiples contactos con obras sociales. Participa en congresos y planifica su futuro apostolado.

Tiene varias entrevistas con el Padre General que lo apoya.

8 de octubre, audiencia con SS. Pío XII al que presenta un memorial sobre la realidad de Chile. El Secretario de Estado del Vaticano le escribe, confirmando en nombre del Papa sus proyectos.

Escribe: *El humanismo social* y *El orden social cristiano*.

1948 Funda la ASICH (Acción sindical chilena).

1950 Propone la idea de crear una publicación orientadora del pensamiento cristiano. La idea encuentra dificultades.

Se funda la residencia de Jesús Obrero y el Padre es el primer superior.

1951 Se edita el primer número de *Mensaje*, cuyo primer director será el Padre Hurtado.

1952 En abril su estado de salud está francamente deteriorado.

El 19 de mayo celebra su última misa en el Colegio Loyola y ya no se volverá a levantar.

21 de mayo, grave y doloroso infarto pulmonar.

5 de junio, trasladado al Hospital Clínico de la UC. Se le diagnostica un cáncer al páncreas. Recibe la noticia como un don de Dios. Su cuarto se convierte en lugar de peregrinación al que acude gente de todos los medios sociales.

18 de agosto, 17.30 horas, muere. La conciencia es general: ha muerto un santo.

20 de agosto, funeral masivo. Sus restos son sepultados junto a la Parroquia de Jesús Obrero.

HISTORIA

1944 Pío XII y el episcopado nacional llaman a promover el proletariado.

1945 Bomba atómica en Japón. Fin de la guerra.

1946 Gabriel González Videla, presidente. Guerra fría. Se expande el comunismo por Europa oriental. José María Caro es nombrado cardenal.

1947 Independencia de la India. Es nombrado Superior Provincial de los jesuitas en Chile el P. Álvaro Lavín. Aprobación de Ley de defensa de la democracia.

1948 Se organiza la ENAP. Triunfo del comunismo en China. Se crea la OTAN.

1949 Empieza la guerra de Corea.

1952 Muere Jorge VI en Inglaterra. El imperio británico prácticamente ha desaparecido.

El padre Hurtado: Apóstol de futuro

Marta Cruz-Coke de Lagos*



Para los que le conocimos el padre Hurtado es un sacerdote del Señor. Es el que entró en el misterio del amor de Dios e hizo de ese misterio su referencia de vida.

Para nosotros, el encuentro con el padre Hurtado significó la apertura de universos nuevos. Fue la gran aventura de nuestra juventud.

Lo veo en aquella mañana de nuestro ardor juvenil de dirigentes católicos, cuando acabábamos de enterarnos por el diario —al mismo tiempo que él— que había sido destituido de su cargo de asesor nacional de la juventud católica. Llegamos a verlo un grupo dispuesto a la protesta pública

contra el autor de la medida.

Lo veo recibirnos sonriente, como acostumbraba, desarmando nuestra indignación con la paz que emanaba de él. Antes de que nos diéramos cuenta estábamos sentados conversando de las tareas pendientes, de nuestros planes; nos encontramos olvidando el motivo de nuestra visita... y saliendo transformados. En aquella mañana, él respondió sin palabras a la pregunta que nos había enseñado a hacer: ¿estoy yo contento con Dios? Sí, aquella mañana, él estaba contento con Dios. Con lo que acababa de enviarle: una destitución humillante e inexplicable.

* Secretaria Ejecutiva de la Comisión Bicentenario. Artículo publicado en agosto de 2000.

Lo veo, años después, llegando por la tarde a nuestro hogar de jóvenes casados. Lo veo sentarse con nosotros a conversar, riéndose con los niños... como un amigo querido y próximo. Lo oigo hablarnos de la tarea del Señor, que es tarea de todos, realizable por cada uno, en su esfera, sus tiempos, sus modos... Él no pedía, sugería. Abría los brazos, agradecía las bendiciones compartidas, y luego se iba, dejando tras de sí la casa inundada de la plenitud de una presencia y también, de una inquietud: ¿cómo responder a tanto privilegio?

Lo veo en uno de nuestros últimos encuentros en una esquina del centro de Santiago. Presuroso, mas no apurado. Tomándose el tiempo para conversar, envolviéndose en su esfera de referencia al Señor y en su urgencia del momento: la sindicalización, los derechos de los trabajadores. Recuerdo su invitación de despedida: "Cuando tenga tiempo, venga. Hay tanto que hacer".

ENTREGA INCONDICIONAL

¿Qué había en él para conmovernos así en cada encuentro?

Lo que surgía de esa presencia sonriente era la unidad de una vida centrada en el misterio del amor de Cristo y en la fidelidad a ese amor.

En este mundo de dispersiones, una vida centrada de esta manera tiene un profundo poder de irradiación. Es una vida bella que atrae, conquista, seduce por su plenitud de armonía, por el resplandor que emana de ella. En el caso del padre Hurtado, el resplandor surgía de la coherencia total de pasión y de acción, de pensamiento y de vida, estructurada en torno de un eje ordenador: ser el mensajero transparente del Señor de la vida y del amor.

Una característica de la sociedad moderna es la dispersión en lo condicionado. Vivimos dispersados en la inmediatez de los afanes por llenar las condiciones que el mundo nos va poniendo para aceptarnos, para pretender amarnos: ser "exitosos", sonrientes, complacientes y "eficientes". Sólo para descubrir que si fracasamos, el mundo nos ignorará.

"Toda intención es impura", citaba mi pa-

dre. Todo lo que busque algún grado de "utilidad" o de retribución, abandona el terreno de la gratuidad y entra en el área del comercio, del intercambio interesado: 'Yo te doy y tú me das'.

Para el padre Hurtado la entrega a cada persona que la Providencia puso en su camino, fue siempre incondicional, gratuita.

Sus obras no fueron el resultado de consideraciones abstractas sobre la pobreza o la desigualdad humanas; nunca fue la suya una caridad sociológica, sino que la consecuencia muy concreta de su compasión con cada persona, su capacidad de abrirse para recibir y asumir la vida del otro, del hermano. Fue en busca de cada muchacho del Mapocho o del barrio alto, de cada anciano, de cada mujer, de cada campesino, de cada trabajador, de cada empresario. Llamó a cada uno por su nombre, después de presentarse a sí mismo, como se hace con los iguales. Confió en cada uno de ellos. Ofreció su amistad. No intentó imponer nada. Los respetó. Sabía que para saber y poder respetar se tiene que haber sido, alguna vez, respetado.

El Hogar de Cristo fue fundado sobre la misma base de incondicionalidad con cada persona. Y *Mensaje* no es otra cosa que la proclamación por la palabra escrita, del mismo sencillo mensaje.

Sentir, vivir, tocar la incondicionalidad de un ser humano con nosotros, es tocar con las manos, con el corazón y la mente la fuente misma de la vida y del amor. Es el comienzo necesario de toda conversión. De cada uno de esos encuentros en los que la persona sentía volcarse hacia ella la gratuidad sin fronteras del padre Hurtado, nacía un nuevo sentido de vida. El que se hallaba perdido, se reencontraba, el que estaba marginado, dejaba de ser "nadie", se transformaba en "alguien".

NUEVAS FRONTERAS DE EQUIDAD

De esta incondicionalidad en lo personal surge la universalidad del mensaje. Porque los mensajes universales se dan en singular. El anuncio del Salvador fue entregado por el ángel, en la privacidad de su vida diaria, a una sola niña. El secreto de la vida eterna fue comunicado a una mujer pecadora.

Fue en busca de cada muchacho del Mapocho o del barrio alto, de cada anciano, de cada mujer, de cada campesino, de cada trabajador, de cada empresario. Llamó a cada uno por su nombre, después de presentarse a sí mismo, como se hace con los iguales.

dora y marginada, en un encuentro personal y casual, cerca de un pozo.

La acción transformadora y universal del padre Hurtado, que el tiempo no ha hecho sino acrecentar, originada y alimentada en relaciones singulares, alcanzó a todos los ámbitos del quehacer nacional.

Asumir a la persona es asumir la sociedad en que esa persona vive y las condiciones en que esa sociedad se desenvuelve. Y así, los grandes problemas económicos, sociales, culturales fueron discernidos, comprendidos y enfrentados por el padre Hurtado como una consecuencia natural de su entrega al bien de las personas.

Porque si bien la sociedad —en su llamado desarrollo— ha ido expandiendo las fronteras del conocimiento, de las capacidades y posibilidades de hombres y mujeres, no se ha preocupado, en igual medida, del bien de las personas.

La búsqueda del bien de cada persona conlleva una búsqueda de la justicia. Y la justicia no reside solamente en la aplicación de los medios justos instituidos por la sociedad, ni tampoco solamente en la denuncia de lo injusto. Implicó, para el padre Hurtado, esforzarse por abrir nuevas fronteras de equidad para la conciencia y la acción humanas, convocando a reemplazar la limosna por la justicia, la asistencialidad por el derecho de la gente a trabajar por la instauración de formas más incluyentes, equilibradas y participativas de convivencia social.

Fue un gran innovador. Porque la justicia ha de re-inventarse cada día. Y porque la innovación para un cristiano es redescubrir permanentemente el Evangelio, donde todo está siempre por descubrir.

Para llevar adelante la tarea, primero, hay que discernir. Ello conllevó, para el padre Hurtado, el discernimiento de la injusticia bajo todas las formas en que ésta renace constantemente en la historia de las sociedades. El discernimiento —que para ser más perfecto, debe siempre ser compartido— significó para él convocar a participar de sus inquietudes a grupos cada vez más diversos, amplios y mayores y al reconocimiento, por estos, de la tarea más urgente: trabajar con y por los que sufren la mayor injusticia: los débiles, los pobres, los marginados.

LUCHA CONTRA LA POBREZA

Los débiles fueron una preocupación prioritaria del padre Hurtado. Estos no son siempre los más pobres o más marginados. Pueden ser también los menos fuertes frente a la “fascinación de la bagatela”. Por consiguiente, también los más ricos en bienes materiales. Todos somos débiles y por muchas causas, la mayor de las cuales es nutrirnos del mundo como fuente de existencia. Pero hay además una causa social de debilidad en la desigual distribución del conocimiento y de las oportunidades. El padre Hurtado sabía que frente al débil la tarea es fortalecerlo por medio de una fe a la que acudir, de una esperanza que compartir, de un sentido para vivir, y finalmente, emprender una acción social para compensar sus carencias y crearle un marco de seguridades elementales y de referencias trascendentes.

El padre Hurtado sabía que no hay una pobreza, sino que hay pobreza. Porque todas las carencias humanas son pobreza. Pero había palpado esa pobreza que es miseria, “que no alcanza a subir hasta el umbral de la esperanza y de la que somos responsables nosotros, los que la permitimos”. Porque los bienes tienen un destino universal. Por eso la lucha contra la pobreza fue su otra gran prioridad.

Siempre lo preocupó la marginalidad. Le resultaba intolerable que hubiera seres marginados de las redes que constituyen la sociedad. Porque la noción de hermandad fue, para él, una realidad muy precisa. Por eso su mano tendida es tal vez la imagen más clara que guardamos de él.

Lo vimos sufrir por estas causas, pero el dolor que se clavaba en su sensibilidad salía transformado en las realizaciones fecundas que creaban su imaginación, su inteligencia y su voluntad.

UN “ADELANTADO”

El reino que el padre Hurtado proclamaba es un reino que se construye. Piedra a

Fue el apóstol de una sociedad a escala humana, y toda su obra lleva la marca de esta sociedad de pertenencia a la vez que de trascendencia por la que nunca dejó de luchar. Sociedad referida al Reino del ser. Sociedad del servicio. Porque él fue, en su esencia más profunda, un servidor.

piedra, paso a paso. Con dolor, esfuerzo y gozo, con obras, testimonios, ejemplos y gestos. Sabía que tanto las piedras como las instituciones, sin las personas, son nada. Sabía que las personas viven también de la "imagen que de sí mismas tienen en el porvenir", y que, para que esa imagen tenga consistencia, debe tener sentido. Y así, se puso a la tarea de sembrar en las personas una visión de la sociedad futura, la sociedad solidaria del Reino de Dios y, por eso, su mayor legado no está constituido por las obras que fundó, sino por las personas con las que se relacionó, las personas con las que trabajó, las que asoció a sus tareas, las personas que su ejemplo conmovió.

Marcó a varias generaciones —entre las cuales, la mía— y lo que esas generaciones hayan podido hacer y continúen haciendo, los mensajes que puedan transmitir, se deben al hecho de que el padre Hurtado viviera entre nosotros. Lo que Chile le debe al padre Hurtado no puede ser medido por ninguna estadística.

Construía en el presente, porque la tarea ha de hacerse hoy. Pero toda su obra lleva el germen, contiene el diseño del porvenir para el que construía. El profeta es el que desentraña el sentido del acontecer presente, y puede así preparar el mañana.

El padre Hurtado fue por eso el "adelantado" de su tiempo. Se adelantó en veinte años a lo que el Concilio Vaticano II diría en las primeras palabras de sus conclusiones: "Las penas y las alegrías de los hombres son las penas y las alegrías de la Iglesia". *Gaudium et spes*.

Fue el apóstol de una sociedad a escala humana, y toda su obra lleva la marca de esta sociedad de pertenencia a la vez que de trascendencia por la que nunca dejó de luchar. Sociedad referida al Reino del ser. Sociedad del servicio. Porque él fue, en su esencia más profunda, un servidor. Marcado por la pertenencia a su fe, a sus iguales que fueron todos los hombres y mujeres, a sus comunidades, a su nación, y, finalmente, a toda la humanidad.

El proyecto social de una nación como Chile debiera construirse de acuerdo a esta sociedad alternativa que el padre Hurtado nos está señalando con el legado profético de su vida, su ejemplo, su acción. **[P.H.]**

MOMENTOS POCO CONOCIDOS

En la vida del P. Alberto Hurtado hay momentos poco conocidos.

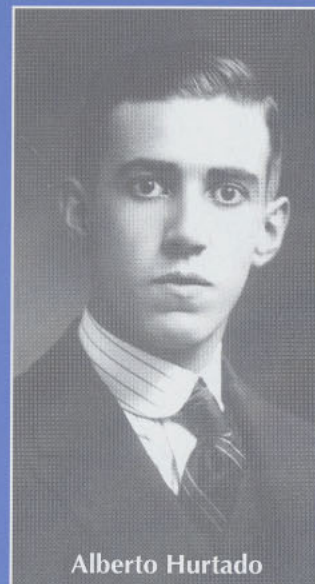
Cuando el P. Fernando Vives Solar, S.J., tuvo que salir del país y, en virtud de las presiones ejercidas por los grupos más conservadores de la Iglesia misma, conoció un largo destierro, Alberto Hurtado tuvo que buscar a otro sacerdote que le acompañara en su desarrollo como cristiano y, luego, en su discernimiento vocacional.

Encontró, entonces, al P. Damián Symon Lorca, ss.cc., quien lo acogió y le acompañó hasta el momento de su ingreso al noviciado de la Compañía de Jesús que, en esos años, estaba en la ciudad de Chillán.

Sabemos que el P. Hurtado demoró su incorporación a la Compañía y siguió adelante sus estudios de Derecho, pues su madre necesitaba su apoyo económico. La familia había poseído un fundo, Los Perales de Tapihue, cercano a Casablanca, que, en su momento, había sido vendido a un precio irrisorio, lo que en nuestra legislación se llama lesión enorme. Iniciado el juicio correspondiente para reparar el daño, éste tomaba su tiempo y retardaba la realización de las intenciones de Alberto Hurtado.

Llegó el mes del Sagrado Corazón del año 1923 y el P. Damián invitó al joven Hurtado a hacer adoración todas las noches en el templo del Colegio de los Sagrados Corazones de Alameda. Así fue. Entre tanto, el mismo P. Damián acompañaba noche a noche a este joven que iba poniendo su vocación y su futuro en manos del Corazón del Señor.

Llegó el día de la fiesta, un viernes como siempre, día de trabajo en nuestro país. Ese mismo día se produjo la esperada sentencia judicial. El joven podía ahora partir al Noviciado. El Sagrado Corazón le había tomado de la mano y ya nunca le dejaría.



Alberto Hurtado



El Padre Hurtado

Y LA LUCHA
POLÍTICA ENTRE
LOS CATÓLICOS

Gonzalo Vial*

* Abogado e historiador.

asta 1938, el “partido católico” era en Chile el Partido Conservador. Había sido organizado —hablando con toda exactitud— por la Iglesia, para defender políticamente el criterio de ésta en lo relativo a la secularización del Estado, las leyes y la sociedad, que propiciaba el liberalismo. Nunca se ocultó la estrecha conexión Iglesia - Partido Conservador. Los obispos intervenían en las decisiones de la colectividad, los párrocos le servían de portaestandartes electorales, muchos y muy distinguidos sacerdotes se sentaban públicamente en sus directorios. Era verdad indiscutida que los católicos tenían el deber moral de hacer política y que sólo podían hacerla a través del Partido Conservador: el abstencionismo o una distinta militancia partidista eran, en el católico, imperfecciones toleradas pero no absueltas.

IGLESIA Y PARTIDOS: FIN DEL “MONOPOLIO” CONSERVADOR

El cambio de los tiempos y de la misma Iglesia, de León XIII adelante, y aquí el triunfo virtual de la secularización, fueron debilitando el monopolio conservador de la política católica. El arzobispo de Santiago (1918-1931), don Crescente Errázuriz, le puso oficialmente la lápida (no deja de ser sugestivo que lo hiciera ya anciano, habiendo sido cuando joven uno de los más activos clérigos conservadores, durante el episcopado de don Rafael Valentín Valdivieso). Pero, a la muerte de monseñor Errázuriz, revirtió el “atavismo” pro conservador de la mayoría de los obispos que se encarnaba en el prelado de Concepción, monseñor Gilberto Fuenzalida, por lo demás figura distinguidísima de nuestra Iglesia.

Paradojalmente, fue aquel “atavismo” la causa de que se clarificara de manera definitiva. El año 1933, los obispos ordenaron que los jóvenes de la ANEC (Asociación Nacional de Estudiantes Católicos) ingresasen al Partido Conservador. Algunos obedecieron; otros reclamaron un pronunciamiento de Roma, vía el Nuncio. En 1934, la muy conocida carta que dirigió al episcopado chileno el entonces cardenal Pacelli, secretario de Estado, después Pío XII, estableció la libertad de los católicos para no militar en ningún partido, o para hacerlo en cualquiera que respetase la doctrina de la Iglesia.

Los obispos, naturalmente, acataron este pronunciamiento. Pero aquellos mayoritarios, de inclinación conservadora, mantuvieron sus simpatías. Expresaban, ahora, que la acción y unidad políticas de los fieles en su partido tradicional eran deseables, si bien no obligatorias. Por lo demás, no existía ningún otro partido católico, y aquellos que se pretendió constituir —generalmente desde un ángulo de izquierda— murieron, no por malquerencia de la Iglesia,

sino de consunción.

Dramático cambio sería el de 1938... el mismo año del fallecimiento de monseñor Fuenzalida, dicho sea de paso. Aquellos jóvenes que, impulsándolos sus obispos, ingresaron al Partido Conservador en 1933-1934, lo abandonaron el 38 y formaron tienda aparte: la falange nacional culminaba así un conflicto de las clases sociales, generaciones y doctrinas entre católicos, interesante e importantísimo para la historia de Chile, pero que no podemos profundizar aquí.

La ruptura fue amarga y plena de imputaciones recíprocas. Conviene precisar las respectivas posturas.

Los falangistas, juventud eufórica, simplemente siguieron su camino, sin mirar atrás, borrando del mapa y del recuerdo al Partido Conservador, y discutiendo si su propia línea sería de altiva soledad (Manuel Garretón), de alianza con el centro radical (Frei), o de entendimiento con la izquierda (Leighton).

Los conservadores, en contraste, jamás pudieron aceptar, ni por un minuto, que la “unidad católica” en política hubiese muerto. Debía restablecerse, y restablecerse a través del viejo partido. Más aun, la Iglesia tenía que intervenir activamente para que así sucediera.

La mayoría de los obispos pensaba, en el fondo, algo parecido. Pero también todos los prelados querían respetar la libertad política de los católicos, tan taxativamente afirmada por la Santa Sede.

Se decidió, entonces, seguir una línea de estricta neutralidad. Así, el año 1941, el arzobispo de Santiago, monseñor José María Caro —dirigiéndose a la juventud católica— reafirmó que no había “oposición alguna” entre ser militante de aquélla, y ser militante o dirigente (dijo) “de un partido político al cual, según las normas dadas por la Santa Sede, pueda pertenecer un católico”. Pero, agregaba, “en general no conviene que los dirigentes de la Acción Católica sean a la vez dirigentes de partidos políticos”.

“La Acción Católica debe ser la casa común, como es la misma Iglesia Católica, de todos los católicos, cualesquiera que sean sus opiniones sobre materias discutibles”.

Un año después, monseñor Caro repetía tales instrucciones. La Iglesia se ocupaba sólo de la “gran política”, no de la “política de partidos”. Ésta, la abandonaba a los laicos, para no comprometer “el carácter sobrenatural y la universalidad de la Iglesia”, y adicionalmente porque el programa partidista no podía “tener un valor absoluto, exento de error”, y necesariamente tocaría puntos ajenos a la misión eclesial. “Deben los obispos (concluía) mantenerse ajenos a las vicisitudes de la política militante y a las luchas y divisiones que de ella se siguen, y abstenerse, por lo tanto, de hacer propaganda en favor de un determinado partido político”.



El P. Hurtado renunciaría el 1° de diciembre de 1944. Renuncia inevitable —no obstante la vastedad de la obra cumplida— por su imposibilidad de entenderse con la mayoría de los obispos, y sobre todo con el asesor nacional de la Acción Católica y obispo auxiliar de Santiago, monseñor Augusto Salinas.

Las cosas, sin embargo, se complicaban por la incidencia de dos temas doctrinarios, o presumidos de tales. Uno era el del anticomunismo; el otro, el de la aplicación de las encíclicas sociales y particularmente de la *Quadragesimo Anno*, de Pío XI.

La Falange Nacional no rehuía contactos puntuales con los comunistas. Era partidaria de establecer relaciones diplomáticas con la U.R.S.S. (un joven falangista las defendería es-

El “pro comunismo” de la Falange se atribuía al influjo del filósofo neotomista Jacques Maritain. Maritain había influido para que la Falange, desde su punto inicial de partida —un corporativismo con visos fascistas, inspirado en su homónima española y en la Acción Popular de Gil Robles, también hispánica— hubiera evolucionado hacia posiciones democráticas y de centroizquierda. Tampoco Jacques Maritain hacía asco a la colaboración accidental con los comunistas, experiencia que él y otros antinazis franceses habían vivido durante la ocupación alemana de su país.

Todo lo anterior era anatema, no ya sólo para el Partido Conservador, sino igualmente para el grueso de los obispos, aun para los que simpatizaban, como monseñor Caro, con los falangistas. Cuando el propio arzobispo los condenase públicamente y por escrito, años más tarde (1947) —casi provocando la disolución del partido— figurarían, entre las causas de la censura, las relaciones con la U.R.S.S., el antifranquismo y (al revés) que la Falange no aceptase ser la Iglesia “totalmente anticomunista”.

LA ACCIÓN CATÓLICA Y LA POLÍTICA

El segundo tema doctrinario que estaba enredado con la pugna política entre los católicos, era el de la difusión y cumplimiento de las encíclicas sociales. Los conservadores y su cotidiano *El Diario Ilustrado* (económica y jurídicamente

cribiendo, nada menos, en el cotidiano comunista *El Siglo*) y manifestaba distancia por el general Franco. Recordemos que entonces, para el mundo católico, la guerra civil de España (1936-1939) había sido una “cruzada” contra los “rojos” comunistas, cuyas sevicias anticristianas muy reales, por cierto habían causado en aquel mundo horror e indignación.

propiedad de la Arquidiócesis, que lo arrendaba al Partido... vestigio de los antiguos tiempos) no eran entusiastas de dichas encíclicas, particularmente de *Quadragesimo Anno*. Reconociendo su validez general, afirmaban que al aplicarla debían contemplarse las situaciones específicas de cada país. En Chile, la encíclica constituía material explosivo respecto de varios problemas, y sobre todo de los tocantes a sindicalización, salarios y vivienda. No sólo por culpa de los agricultores; era de cualquier modo un hecho que esos tres problemas se presentaban especialmente agudos en el campo. Y los agricultores constituían la espina dorsal del conservantismo.

La situación era aquí exactamente la opuesta del caso del comunismo. En este último caso, la Iglesia Chilena se hallaba más próxima de conservadores que de falangistas. Pero respecto de las encíclicas sociales, éstos eran fervorosos, y fríos los conservadores.

Monseñor Caro lo comprobó rápidamente. Una entrevista concedida a *El Mercurio* el año 1939, cuando recién asumió la mitra, propiciaba el salario "suficiente", los sindicatos, la participación de utilidades al trabajador, etc. Levantó ello una ola de ataques de derecha, conservadores y hasta *El Diario Ilustrado* comprendidos. Un periódico le dijo que "nadie tiene la necesidad de hablar ni de referirse a cuestiones que no parece conveniente tratar en simples conversaciones". Era salirse de la "voz de la Iglesia", hecha "de celestial virtud, de blandura moral, de intensa emoción".

En este complicado panorama debió actuar el Padre Hurtado cuando se le nombró Asesor Nacional de la Juventud Católica, el 8 de julio de 1941.

LA RENUNCIA DEL ASESOR NACIONAL DE LA ACCIÓN CATÓLICA

El P. Hurtado renunciaría el 1° de diciembre de 1944. Renuncia inevitable —no obstante la vastedad de la obra cumplida— por su imposibilidad de entenderse con la mayoría de los obispos, y sobre todo con el asesor nacional de la Acción Católica y obispo auxiliar de Santiago, monseñor Augusto Salinas.

Un alto número de concausas llevaron a este final. Una de trascendencia fue la ruptura de la íntima amistad entre el Padre Hurtado y monseñor Salinas, que venía de la universidad y del año 1919, cuando ambos lucharan —y el futuro jesuita en la sorprendente calidad de joven conservador— contra el "anticristo" Arturo Alessandri Palma, durante la histórica campaña presidencial del "Cielito Lindo". Sin embargo, el Padre Hurtado creía que el obispo Salinas era de limitada preparación teológica; que por ello sus homilías decían poco y, no obstante, se alargaban en exceso; que, demasiado absorbente, no dejaba a nadie espacio alguno de independencia; y que, en razón de todo lo anterior, había perdido el prestigio entre los jóvenes. Críticas semejantes, no las comunicaba el jesuita a persona viviente, salvo a una: el propio afectado. A éste le provocaron —fuesen efectivas o no— la molestia lógica, sintió que herían su dignidad episcopal, y le exasperó su reiteración, así como el hecho de que (pensaba) que implicasen una obvia incompetencia para el puesto que desempeñaba. "De ser ciertas (las críticas) —escribió dolidamente al Padre— deberían haberme resuelto a dejar mi cargo, y... sin aceptar yo esas correcciones, tú insistías en hacérmelas. ¡Cómo extrañarse, por consiguiente, de que mi corazón se

cerrara a tu amistad!". Es probable que, en su relación con monseñor Salinas, el Padre Hurtado —de completa buena fe— sobrevalorase los derechos del amigo.

Cabría añadir otras causas menores en la renuncia del jesuita a la Asesoría. V.gr., la acusación que rechazaba con vehemencia, de orientar la "crema" de las vocaciones sacerdotales hacia su Orden, dejándole al Seminario sólo las sobras. O la de ser demasiado absorbente (lo mismo que él imputaba a monseñor Salinas). O —la que más le dolió— mos-



Monseñor José María Caro y el P. Hurtado

La pugna política conservadores/falangistas, lo derribó del cargo, porque era imposible satisfacer simultáneamente respecto de ella, a los obispos y al Partido Conservador.

trarse refractario a la obediencia jerárquica. O la que le formulaban íntimamente algunos en la Compañía: hacer escasa vida común, arrastrado por su formidable acción apostólica.

Pero la causa fundamental de que el Padre Hurtado abandonase la Asesoría Nacional, fue política.

LAS IDEAS POLÍTICAS DEL P. HURTADO

El Padre Hurtado tenía ideas políticas muy precisas. Reconocía los méritos pasados del Partido Conservador, en la lucha contra el “liberalismo laicizante”. Mas ahora, sus dirigentes defendían sólo los intereses patronales y se reclutaban entre las personas de mayor riqueza y posición social. Su máximo empeño residía en destruir a la Falange. Por eso ésta se había visto forzada a inclinarse electoralmente hacia la izquierda, aunque sin formar con ella un frente común. De todos modos, era cierto que la Falange había marchado por tal camino más allá, probablemente, de lo que hubiera sido deseable. Pero sus miembros, jóvenes que amaban a la Iglesia y se mostraban resueltos defensores de las encíclicas sociales, prestaban en este terreno un testimonio valioso y solitario. Y hasta su “izquierdismo” —observaba— servía a la Iglesia, tendiéndole un puente con los gobiernos chilenos post 1938. Ideas semejantes eran, casi calcadas, las del padre Fernando Vives, mentor del Padre Hurtado; es probable, pues, que de allí provinieran. Vives, sin embargo, había impulsado el apoliticismo en la acción social católica. Pero ello sólo a la espera de que dicha acción generase un nuevo partido de esa coloratura, al estilo italiano del Partido Popular de Dom Sturzo. Posiblemente su discípulo lo veía ya materializado en la Falange Nacional.

Cualquier valor e importancia que asignemos a estas ideas, el Padre Hurtado —como asesor de la Juventud Católica— se las guardó para sí, y no influyeron en ésta. Pero de todos modos, la pugna política conservadores/falangistas, lo derribó del cargo, porque era imposible satisfacer simultáneamente respecto de ella, a los obispos y al Partido Conservador:

• Los obispos, señalamos arriba, querían que no figurase en las directivas de la J.C. ningún dirigente político ni conservador ni falangista. El Padre Hurtado pensaba que esto era limitarse de manera innecesaria y muy perjudicial para la juventud, dada la escasez de jefes. Los roces en la materia fueron continuos. ¿Por qué durante la asamblea de jóvenes del Congreso Eucarístico (1941) habían hablado Frei

(falangista) y Jorge Prat (conservador)? ¿Por qué al concentrarse los muchachos católicos en el Caupolicán, se permitió que fuera uno de los oradores el ex presidente nacional, William Thayer, recién ingresado a la Falange? ¿Por qué el Padre Hurtado toleraba “miembros caracterizados de un movimiento nacionalista extremo” (monseñor Salinas *dixit*) en el Consejo Nacional de la Juventud?

Para ésta, luego, no le bastaba al episcopado el pluralismo político; quería la completa asepsia de la dirigencia, el apoliticismo.

• Pero los conservadores estaban, paradójicamente, en el extremo opuesto de la crítica al jesuita.

Su preciso reproche contra el Asesor era que, como tal, fuese... apolítico.

Llegaba a censurarse que su obra *Puntos de Educación* mostrara como inconveniente que hiciesen política los estudiantes secundarios (medios). El Partido había pensado consolidar allí, en los colegios, su juventud, para que la Falange no se la quitase en la Universidad.

Más aun, el Partido pensaba que el asesor Hurtado tenía por papel reunificar políticamente a la juventud, superando el quiebre de 1938. “Fracasó el Padre Hurtado (comentaría después el presidente conservador Fernando Aldunate), pues no produjo la unión”.

Más todavía, los jefes conservadores sostenían que la inclinación por la Falange del Padre se manifestaba en no trabajar políticamente por el conservantismo. “No hacer política por el Partido Conservador es igual a ser falangista” —afirmaba Carlos Aldunate. Y en otra oportunidad escribía al jesuita:

“En un país como Chile, en que la política de partidos es, en el fondo, religiosa o antirreligiosa, no puede hablarse de prescindencia de la Iglesia... Pienso que los sacerdotes deben formar la conciencia de los católicos a favor del Partido que defiende la libertad e independencia de la Iglesia y las doctrinas católicas”.

“Es obra perniciosa dividir a los católicos en política, reconociendo personería, como partido digno de tomarse en cuenta, y como partido católico, al desgraciado movimiento que pomposamente se denomina Falange Nacional. Equiparlo con el Partido Conservador, ponerlos frente a la conciencia de los católicos como equivalentes es, a mi juicio, un error lamentable: es fomentar y ahondar la división del catolicismo”.

No quiso Dios este milagro, y el Padre Hurtado dejó a sus jóvenes, con gran dolor de ellos y de él. Pero la Providencia es la única que conoce sus caminos. El mismo año 1944 el jesuita había fundado el Hogar de Cristo; allí escalaría las más elevadas cumbres del amor al prójimo y del amor divino; allí —última de las paradojas de esta paradójica historia, y signo de la pequeñez de las pasiones y divisiones humanas— lo apoyarían con entusiasmo y generosidad los mismos conservadores que, políticamente, lo aborrecían y seguirían aborreciéndolo. **[P.H.]**

Así fueron sus últimos días...

Presentamos aquí un testimonio de primer valor. Se trata de dos cartas del P. Lavín, provincial de los jesuitas de Chile, al P. Bautista Janssens, superior general de la Compañía de Jesús.

El amigo de toda la vida y superior religioso informa al P. General sobre la enfermedad y muerte del P. Hurtado. Es un testimonio vivo y sentido, escrito en los mismos días en que ocurrieron los hechos. Cabe recordar que el P. Janssens había sido, en Bélgica, formador del P. Hurtado y conservó siempre por él una gran admiración.

P. Álvaro Lavín, S.J.

“Nuestro querido P. Alberto Hurtado se va extinguiendo, consumido por el cáncer, y ya maduro para el Cielo.

La general y grandísima estima y cariño de que siempre ha gozado, se ha demostrado en forma casi increíble: se puede decir que no sólo la ciudad, sino el país en gran parte está pendiente de su salud, y son muy innumerables las muestras de afecto que recibe y las oraciones y rogativas que por él se ofrecen. En su pieza de la Clínica de la Universidad Católica, en donde es magnífica y caritativamente atendido por muchos médicos, hay que tener cuidador, más que

por su salud, para defenderlo de las incontables visitas, que por lo menos desean recibir su bendición: ricos y pobres, diputados, senadores, ministros y hasta la señora del Presidente de la República (que no es católica), y de más está decir que todos reciben su benéfico influjo y algún consejo. La Regla 51 del Sumario la cumple a la perfección: si en toda la vida nos ha edificado, ahora es extraordinario, y no se puede imaginar uno una mayor, ya no resignación, sino que santa alegría que redunda de su corazón, de sus palabras, de su rostro, y de todo su ser. Él sabe perfectamente lo que tiene y los síntomas agravantes, y con serenidad, virilidad, o mejor dicho virtud sobrenatural, lo que teme es no estar indiferente para no morir e irse al cielo. Por otra parte, N. Señor ha querido darle gustos realmente maravillosos, al bendecirle con sus obras especialmente en estos meses: donaciones extraordinarias, facilidades, etc., que facilitan el progreso de ellas; y contaremos con su poderosa intercesión.

Escribo principalmente a V.P., porque el Padre me ha pedido en muchas ocasiones que le exprese su más profunda gratitud por todas sus bondades, asegurándole que los consejos, formación y afecto que siempre le mostró S.P. han sido para él un firmísimo apoyo y consuelo, que no sabe cómo agradecer. La primera vez que tuvo un ataque fuerte, que creyó que lo llevaba en esos instantes al cielo, cuando se le administró la Santa Unción y el Viático, en medio del dolor agudo, se dirigió al P. Rector y a mí, y con dificultad nos dijo: “Al P. John que al morir lo he tenido muy presente con profundo agradecimiento”. Más tarde, al leerle yo las frases de S. P. referentes a él, se echó a llorar emocionado.

Para todos nosotros, los Jesuitas chilenos, han sido de un influjo extraordinario y por lo demás saludable, y ante el dolor natural por su partida, nos consolamos por la seguridad de su intercesión y por la sólida eficacia de sus ejemplos. Humanamente creo que es la mayor prueba que podría sufrir nuestra pequeña viceprovincia, pero sobrenaturalmente, esperamos que sea fuente de mayores bendiciones aún. Personalmente me ha unido a él una íntima amistad de más de 40 años, jamás lesionada, de la que sin duda,

soy yo quien ha aprovechado al máximo: gracias a Dios que creemos en su Providencia.

Estas enfermedades pueden alargarse, pero parece imposible que dure ya otro mes”.

...y así murió

Santiago de Chile, septiembre 7 de 1952

“Han pasado ya veinte días del fallecimiento del carísimo P. Hurtado y las mil ocupaciones provenientes principalmente de él, me habían impedido escribir acerca de ello a S.P.

N. Señor le concedió la gracia de conservar su cabeza y aun cierta viveza hasta muy pocas horas antes de su muerte, lo que le permitió ejercitar un fructuoso apostolado hasta el último, aunque sólo fuese dar su bendición a los centenares de personas que cada día deseaban recibir este consuelo. Es increíble el bien que hizo en su enfermedad.

El lunes 18 tuvo el consuelo de oír dos Misas y comulgar (con algún escrúpulo de su parte por estar excesivamente débil de cabeza y ánimo): ya quedó casi sin hablar, pero consciente, pues aun sonrió a varios que lo entraron a visitar esa mañana. A las 14.30 le rezamos la recomendación del alma dos veces, pero duró hasta las 17. Murió con una tranquilidad y paz máximas, rodeado de muchos de nosotros, de algunos médicos amigos y, poco antes de expirar, de una gran cantidad de gente, a quienes se permitió mirar desde fuera, pues habían pasado todo el día a la puerta de la pieza del Padre.

Creo que a la media hora ya lo sabía gran parte de la ciudad. Muchísimas personas entraron a rezar, a tocar rosarios y medallas, en la misma pieza del hospital, después que se le vistió y antes de traerlo a nuestra iglesia. Aquí llegó antes de las 19 horas y ya había una gran multitud de gente esperándolo, comenzando un desfile ininterrumpido de personas toda esa tarde hasta media noche y todo el día siguiente desde las 5 de

la mañana hasta medianoche. Era impresionante ver a toda hora tanta gente en la iglesia y de todas las clases sociales y llenas todas de un dolor muy sincero y visible. Ya ese martes celebraron dos obispos, uno la misa a que asistió todo el colegio, otro para el público.

Para el entierro hubo algo muy especial. Junto a la iglesia parroquial de Jesús Obrero (nuestra parroquia) y junto por consiguiente al Hogar de Cristo, hay una capilla o sala, construida para velar los cadáveres de muchos feligreses pobres. Está bien arreglada, con un fondo de un gran bajorrelieve de la Resurrección del Señor. No está comunicada con la Iglesia, sino con la sacristía, y tiene puerta independiente afuera. A un padre se le ocurrió hace meses la idea de enterrar al Padre Hurtado allí, en medio de sus pobres, junto al Hogar de Cristo. Conseguir ese permiso es imposible para todos, pero no para un caso como el Padre Hurtado, tan universalmente querido y estimado. Aceptada la idea por mí, se mantuvo en secreto y se preparó la sepultura; aun al mismo Padre se le indicó, lo que fue motivo de gran consuelo para él. El día antes de su muerte se habló a la Señora del Presidente para que ella misma hiciera las gestiones ante su marido: lo hizo gustosísima y el Sr. Presidente lo mismo, haciendo personalmente los trámites necesarios ante las otras autoridades, de modo que en pocas horas se arregló esto, que causó gratísima sensación en todos.

El miércoles 20 fue el funeral y entierro. Yo deseaba y procuré fuese sencillo, como solemos, pero fue imposible en estas circunstancias por muchas razones. Celebró el funeral Mons. Manuel Larraín, obispo de Talca, íntimo amigo de toda la vida del Padre, y





Al salir estaba la calle llena y todo se hacía difícil por la multitud. Ya desde antes los jóvenes y los niños del Hogar habían obtenido permiso para arrastrar la carroza.

compañero de curso: yo hice de presbítero asistente: actuó de diácono un sacerdote primo hermano del Padre y otro jesuita. Asistió a todo el funeral el Excmo. Sr. Cardenal, el Excmo. Nuncio, otros cuatro obispos más. Cantó la Misa todo el magnífico coro del Seminario, que vino íntegro, el Seminario mayor y menor, acompañados por sus profesores y rector.

Tuvo la oración fúnebre el mismo Mons. Larraín, orador de primer orden y parece que N. Señor inspiró su mente, pues fue algo magnífico, que despertó admiración y llanto general. De mí y de muchos puedo asegurarlo.

La Iglesia bastante amplia estaba como nunca de llena, en forma que fue imposible dar la comunión en ninguna parte por no poder moverse el público, quedando muchos fuera. Al salir estaba la calle llena y todo se hacía difícil por la multitud. Ya desde antes los jóvenes y los niños del Hogar habían obtenido permiso para arrastrar la carroza. La distancia entre ambas iglesias es de 5 kilómetros.

Calcular la gente que acompañó es difícil: ciertamente fueron varios y muchos miles, y lo más hermoso era ver lo heterogéneo, pues iban mezcladas todas las clases sociales y todas emocionadas profundamente. El recorrido se hizo con gran recogimiento, y rezando, a pesar de que hubo que recorrer la parte más central y de gran movimiento: fue un día de luto para la ciudad. Al llegar a la Parroquia de Jesús Obrero, la multitud se hizo aun mayor, y fue necesaria la ayuda de mucha policía y cordones para poder hacer adelantar el féretro. Los discursos muy sentidos y hermosos, y principalmente de los jóvenes universitarios, de los de la Acción Católica y de los obreros. Le recé el último responso frente a la iglesia y se le despidió en su sepulcro, en medio de llanto general.

Es opinión unánime que jamás se ha visto en Santiago un entierro semejante, y con tanto y tan general dolor. Allí no sólo las mujeres lloraban, sino innumerables hombres, jóvenes y viejos.

El Sr. Presidente había anunciado su ida con su señora, pero no se pudo por coinci-

dir la hora con una ceremonia oficial, pero envió a su primer edecán, que me presentó la condolencia del Sr. Presidente: asistieron a todo el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores y el de Tierras, innumerables Senadores y Diputados, el Sr. Alcalde (compañero y amigo), que tuvo un hermoso discurso, y agradeció en nombre de la ciudad los beneficios otorgados a ella por el Padre y sus obras de caridad.

Aunque parezca algo fantástico, narraré a S.R. un hecho extraordinario: al sacar el ataúd de nuestra iglesia, se formó en el cielo, una cruz de nubes tan nítida que obligó a arrodillarse a muchísimas personas. La vieron muchísimos. A mí me tocó ver la fotografía, en la que aparece clara, a pesar de que los fotógrafos no estaban naturalmente preparados para sacar fotografías de esa especie y no tenían "filtros".

Para el entierro en ese sitio recurrí al Sr. Nuncio, pues algunos creían necesario el permiso de la Santa Sede. Él lo dio provisorio, pero, al ver el sitio y su independencia de la iglesia, creen los canonistas que no es necesario ese permiso. En lo que hemos puesto y hemos de poner mucho empeño es en evitar el culto público, pues la gente va en romería y son muchas las que hablan de favores.

Creo no cegarme en mi gran cariño por el Padre, al creer que el deseo de ver al Padre en los Altares no es ni absurdo ni falto de muy buenas razones; espero que su S.P. no se opondrá, si las circunstancias lo siguen aconsejando, a que se vaya pensando en ello. Es *vox populi*.

Como pasa siempre, N. Señor se encarga de levantar a los humildes; las muestras de honor recibidas por el Padre superan lo imaginado: en ambas Cámaras se le rindió público homenaje con hermosos discursos, lo mismo en varias Municipalidades, en innumerables instituciones de todo género. Las donaciones de caridad para perpetuar su nombre en Pabellones del Hogar de Cristo o en otras de sus Obras, se multiplican, y las condolencias son muy sentidas.

Dios y el mismo Padre nos ayuden a tratar de imitarlo. No dudo que él nos sigue y seguirá bendiciendo, y esto es lo que a todos nos ha llenado de consuelo, tranquilidad y santa alegría". **[P.H.]**

UN PASTOR MENOS



Gabriela Mistral*

Gabriela Mistral
envió desde Nápoles
este homenaje al P.
Hurtado ya falleci-
do, publicado en
Mensaje en la edi-
ción de noviembre
de 1952.

Era el P. Hurtado una especie de franciscano natural. Yo no sé si él rondó en torno de la llama dulce del franciscanismo, pero su naturaleza era cierto franciscanismo trajinador y este trajín puede llamarse un "correteo por los niños pobres".

Del Santo de Asís tenía también el hablar con gracia, la expresión a la vez donosa y llana. Este don de su conversación más su llaneza le ganaba a todos y le servía a maravilla para limosnear en bien de sus pobres y de sus niños.

Cuando, en esta casa de Nápoles —que tiene un jardincito a Dios gracias— yo sigo el ajeteo de dos o tres pájaros que saquean cuanto pueden en la floración, no puedo sino acordarme del "género Padre Hurtado", o sea de los que buscan, no entre plantas floridas, sino en la espesura del egoísmo humano, las sombras de los hartos: ropas, objetos y... dineros.

Con esta misma gracia del pájaro él circulaba por Santiago en este menester duro para alma delicadísima. Con gracia pedía, con la gracia humana y con la otra.

Ya ha parado ese callejón por nuestra capital, ya no trajina más por sus chiquitos: pero otro habrá que recoja su afán. Ojalá su "segundo" se le parezca en la virtud, pero también en la rara sencillez y en el habla mágica de los pedigueños a lo divino. Ya descansaron sus pies trotadores y su lengua criollísima y culta a la vez en cada charla, broma o giro, pero tal vez su mano quedó vuelta hacia su obra, como dicen que restan las del albañil y las del carpintero. Porque aquella su diligencia ardiente, de cada día y de cada hora, y de cada respiro suyo, todo eso quizás le haya dejado la diestra extendida en el ademán de pedir el pan de los otros.

Su ejemplo siempre planeará sobre aquellos que le conocimos y muchas veces sentiremos que el empujón del apresurado nos saca de nuestro estupor.

Honra y dicha fue tenerlo y es tristeza no mirarle más en la fila de su Orden y en la falange de la chilenidad.

Sigamos dando, sí, porque su mano tal vez siga extendida allá abajo, lo mismo que antes y debemos sosegarla cumpliendo por él.

Solemos oír a los muertos; en cuanto se hace un silencio en nuestros ajeteos mundanos se les oye y distintamente. Oír al P. Hurtado será una obligación de responderle. Y la respuesta única que hay que dar a su alma atenta y a su bulto sólo entredormido es la ayuda de sus obras, un socorro igual al de antes, porque la Miseria, la bizca y cenicienta Miseria, sigue corriendo por los suburbios, manchando la clara luz de Chile y rayando con su uñeteada de carbón infernal la honra y el decoro de las aldeas.

Duerma el que mucho trabajó. No durmamos nosotros, no, como grandes deudores huidizos que no vuelven la cara hacia lo que nos rodea, nos ciñe y nos urge casi como un grito. Sí, duerma dulcemente él, trotador de la diestra extendida, y golpee con ella a nuestros corazones. Para sacarnos del colapso cuando nos volvamos sordos y ciegos.

Y alguna mano fiel ponga por mí unas cuantas ramas de aroma o de "pluma de Silesia" sobre la sepultura de este dormido que tal vez será un desvelado y un afligido mientras nosotros no paguemos las deudas contraídas con el pueblo chileno, viejo acreedor silencioso y paciente. Démosle al Padre Hurtado un dormir sin sobresalto y una memoria sin angustia de la chilenidad, criatura suya y ansiedad suya todavía.

* Poetisa, premio Nobel de Literatura.



*Construyendo
Bienestar*



Chilevisión



tolerancia CERO

**Domingo
10:30 hrs.**

con
Libardo Buitrago
Alejandro Guillier
Felipe Pozo
Fernando Villegas

Premio APES
Mejor Programa de Debate



GRACIAS A LA OBRA IMPULSADA POR EL
PADRE ALBERTO HURTADO,
MILES DE PERSONAS TIENEN, HOY,
UN LUGAR AL CUAL LLAMAR
"SU CASA".



FUNDACION
DE VIVIENDAS
HOGAR DE CRISTO

Hoffmann's House

Casa Matriz: Las Uvas y el Viento 0316 Paradero 27 1/2 Santa Rosa - La Granja - Santiago Fonos: 541 6456 - 541 6552 Fax: 541 6463
E-Mail: vivienda@unete.com Web.unete.cl/vivienda

UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO



*"Si quieres cambiar el mundo
vas a tener mucho trabajo"*

Nuestra Casa de Estudios saluda a **Revista Mensaje**, con motivo de la celebración del centenario del nacimiento de su fundador, P. Alberto Hurtado Cruchaga S.J.

Almirante Barroso N°6 (Metro Los Héroes) • Santiago • Chile • Teléfono: (2) 6717130 • Fax: (2) 6986873
E-mail: uah@uahurtado.cl • Web: <http://www.uahurtado.cl>

U N I V E R S I D A D A L B E R T O H U R T A D O
L A U N I V E R S I D A D J E S U I T A D E C H I L E

MENSAJE

50 años

AGRADECIMIENTO

Antonio Delfau S., S.J., director de Revista **MENSAJE**, expresa sus más sinceros agradecimientos a Hogar de Cristo, Fundación Alberto Hurtado, Fundación Un techo para Chile, empresas privadas y suscriptores de **MENSAJE**, quienes con su apoyo han permitido efectuar este homenaje al fundador de la revista, Padre Alberto Hurtado.


Santiago, abril de 2001



Siguiendo el camino del Padre Hurtado, nuestra preocupación también es ayudar.

Porque sabemos que hay mucha gente que lo necesita,
parte importante de los ingresos de Polla son destinados a beneficencia.



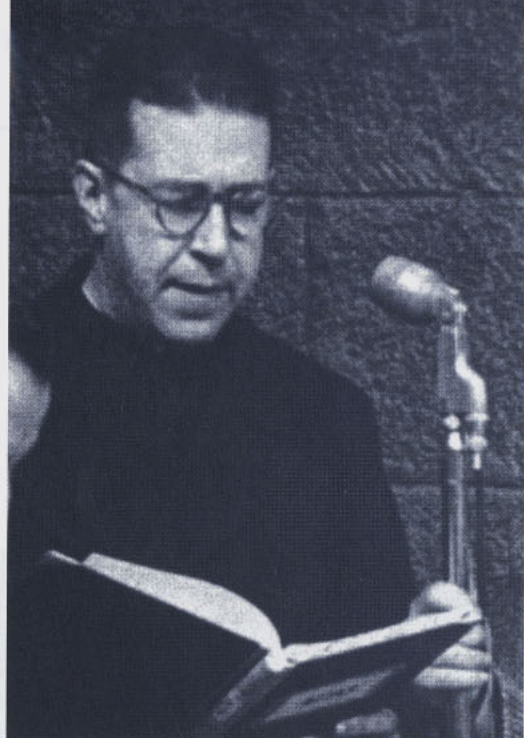


Creemos en los sueños,
incluso los que parecen imposibles.

No nos cabe duda que el Padre Alberto Hurtado pensaba lo mismo...
Así logró hacer realidad la gran obra del Hogar de Cristo.



BANCO DEL DESARROLLO
JUNTOS, DESARROLLANDO FUTURO



Apóstol de Jesucristo

Mons. Manuel Larraín Errázuriz

Don Manuel Larraín, obispo de Talca y asesor nacional de la Acción Católica Chilena, pronunció la siguiente oración fúnebre en la Iglesia de San Ignacio, el 20 de agosto de 1952, con ocasión de los funerales de su compañero y amigo, Alberto Hurtado Cruchaga.

Eminentísimo Cardenal Primado, Señores Ministros de Estado, Excelentísimo señor Nuncio Apostólico de Su Santidad, Exmos. Srs. Obispos, señores parlamentarios, señor Alcalde de Santiago, Reverendo Padre Provincial de la Compañía de Jesús, señoras, señores:

Un gran silencio entrecortado sólo por la plegaria, era el único elogio que el Padre Hurtado ambicionara. Un gran silencio, donde esconder un gran dolor, hubiera sido también lo único que el amigo de toda una existencia en estos instantes deseara. Y sin embargo, es necesario hablar para destacar más allá de los lindes del tiempo su impecable lección.

Hay que decir en palabras lo que murmuran las lágrimas. Hay que concretar en reglas de vida lo que proclaman sus obras.

Si calláramos, "lapides clamabunt", las piedras clamarían.

Si silenciáramos su lección, desconoceríamos el tiempo de una gran visita de Dios

a nuestra patria.

Y sin embargo, ¡cuán difícil, por no decir imposible, es el encerrar en el estrecho marco de estas palabras la múltiple y rica personalidad del Padre Alberto Hurtado!

¿Cómo vamos siquiera a enumerar sus variadas obras, capaz cada una de ellas de llenar la vida de un hombre? ¿Y cómo vamos pálidamente, a esbozar la hondura de su pensar, la amplitud de su querer, la lucha de su perseverar y el heroísmo de su sufrir? Y, sobre todo, ¿quién podrá transmitir a las mezquinas palabras humanas el fuego devorador que alumbró y consumió su vida?

Para condensar todas estas variadas facetas en una sola luz, no he hallado otro pensamiento mejor que lo sintetice que la palabra con que el mismo San Pablo se designa "Apostolus Jesu Christi", Apóstol de Jesucristo. En ella se encierra la rica y breve vida del Padre Hurtado en la tierra. Ella constituye en la muerte su mejor elogio, así como también ella es ya su corona en la eternidad. *Apostolus Gloria Christi*, el Apóstol es gloria de Cristo.

El Padre Alberto Hurtado tenía ciertamente todas las características de esos hombres que Dios suscita, para ser en cada época los enviados, que testimonian la trascendencia de lo eterno y captan, para orientarlas, las angustias e inquietudes de su generación.

El Apóstol es el hombre que toma conciencia de su misión divina y se entrega a ella sin límite. Es el que da la vida, el que

se juega la vida, el que sabe que la vida vale en la misma medida del amor que la alienta e inspira.

UN CÁLIZ QUE REBOSA CARIDAD

Por eso hay también en el apóstol genuino los rasgos de un profeta.

Mientras el mundo se apega a lo que pasa, el Apóstol clama la trascendencia de las cosas de Dios.

Mientras “la fascinación de la bagatela”, (*fascinatio nugacitatis*) oscurece los bienes, el Apóstol abre las perspectivas infinitas del reino del espíritu.

Mientras las convenciones, el egoísmo y los prejuicios humanos encadenan, el Apóstol hace resonar oportuna e importunamente la verdad de Dios, que libera.

Mientras la codicia pone sed de oro; la sensualidad, de goce; y la ambición, de gloria vana, el Apóstol señala las fuentes de aguas vivas que saltan hacia la vida eterna.

Mientras los hombres tratan de empequeñecer y apropiarse del mensaje evangélico, el Apóstol reivindica “el verbum Dei non est alligatum”, no se puede amarrar con lazos de carne la palabra de Dios.

Por eso, el Apóstol no siempre es comprendido, y mientras recoge todas las angustias humanas de su época, experimenta al mismo tiempo el sentido de su soledad.

Pero el Apóstol es sobre todo el hombre del amor; el que no da su corazón a nadie, para ofrecerlo a todos; el que se olvida de sí mismo para ofrecerlo a los demás; el que cada dolor lo hace suyo y cada gemido humano encuentra un eco en su corazón. El Apóstol es el hombre que bajo el amor del Padre de los Cielos realiza, en el amor universal de sus hermanos, el hondo sentido cristiano de la fraternidad. El Apóstol es un cáliz que rebosa caridad.

Y esa fue la vida del Padre Alberto Hurtado.

APÓSTOL DESDE SU JUVENTUD

Para comprenderla, debemos remontarnos a sus raíces, sobre su niñez y adolescencia, contemplar la figura admirable de una madre cristiana. Ni su viudez temprana, ni graves dificultades económicas pu-

El Padre Alberto Hurtado tenía ciertamente todas las características de esos hombres que Dios suscita, para ser en cada época los enviados, que testimonian la trascendencia de lo eterno y captan, para orientarlas, las angustias e inquietudes de su generación.

dieron en esa mujer fuerte apartarla de su doble misión: la educación de sus hijos y el sentido de su deber social.

Fue junto a ella, en su labor en el Patronato de San Antonio, donde el Padre Hurtado comenzó a comprender el terrible peso del mandamiento supremo: “Y amarás al prójimo como a ti mismo, por amor de Dios”. Fue en esa escuela donde el Apóstol de mañana halló el sentido del pobre, que iluminó más tarde su vida.

Ella lo acompañó en su adolescencia y lo orientó en la vida. Ella lo cedió generosa cuando el Señor lo solicitó. Cumplida su misión de madre cristiana y formadora del Apóstol, ella lo precedió en la peregrinación eterna.

Y el Padre Hurtado pagó con esa fidelidad tan suya el sentido apostólico que su madre le imprimiera.

Frente a su lecho de enfermo, dos fotografías acompañaron su postrera inmolación: la de la Madre del Cielo, en su cuadro que adorna este altar, la Virgen de nuestra infancia y de nuestra Primera Comunión, y la de su madre de la tierra, que le enseñara a amar a la del Cielo.

Apóstol lo fue desde su juventud. Era un niño de catorce años y ya sentía el llamado de la miseria espiritual y material de los suburbios del Santiago de entonces. Patronato de San José, Patronato de Andacollo, Conferencia de San Vicente, sabía de un joven que comenzaba a mirar la vida a la luz del dolor de sus hermanos, y cuya línea de felicidad pasa por donde está el mayor sufrimiento de los demás.

Cuando la hora de las inquietudes del adolescente llega, cuando ante la mente del joven se diseña la pregunta decisiva: ¿qué orientación dar a su vida?, la respuesta generosa de Alberto Hurtado está ya dada: será sacerdote, para así consagrarse a sus hermanos; y su ideal apostólico se encauzará en el ideal de la Compañía de Jesús.

Pero el Señor quiere que esta vocación se pruebe. Su madre necesita de su ayuda y el ideal de la vida religiosa parece aún lejano. No importa; será Apóstol en el ambiente donde Dios lo retiene. Aulas de Derecho de la Universidad Católica, ambiente del Regimiento Yungay, donde cumple su servicio militar, círculos y actividades de la inolvida-

ble Anec, Congregación Mariana de San Ignacio, verán al joven tan alegre en su sonrisa, tan viril en su piedad, tan ejemplar en sus actitudes, que sólo Dios y nuestra generación sabemos lo que representó en nuestra vida de muchachos el ejemplo íntegro, el consejo prudente, la vibración apostólica de Alberto Hurtado.

Yo sé que en estos momentos muchos de esos viejos compañeros y amigos escu-

El P. Hurtado con su amigo Manuel Larraín



chan estas palabras, y con los ojos velados ven a través de los años, como un signo de luz, la figura ejemplar del amigo ido.

La mano de la Providencia ha permitido que sus sueños apostólicos comiencen a verse realizados. Y un 14 de agosto de 1923 marcha al Noviciado de la Compañía en Chillán.

Años largos y difíciles. Lejanía de la patria. Nostalgia cariñosa de la madre buena que allá lo espera. Córdoba de Argentina, Barcelona, Lovaina, todo eso no es sino un estímulo que espolea más fuertemente el corazón del Apóstol que allí se forja.

Esos doce años de plegaria y de estudio, de disciplina fuerte y de hondo anhelar, tienen para el Padre un solo nombre y un solo

significado: "el crisol donde se forja un Apóstol".

DIECISÉIS AÑOS DE LABOR APOSTÓLICA

Y fue hace cinco años que personalmente recogí del que fuera su Superior en Lovaina y hoy Reverendísimo Padre General de la Compañía, este testimonio simple y grande: "En mis largos años de Superior, no he visto pasar junto a mí un alma de mayor irradiación apostólica que la del Padre Hurtado".

Y el momento tantas veces anhelado llegó por fin.

El Apóstol viene a dar en plenitud lo que llena su alma. Y de esa múltiple labor todos, en una forma u otra, hemos sido los testigos. ¿Quién podrá resumirla y quién podrá contarla?

Dante al hablar de Francisco de Asís, sólo pudo decir: "la cui mirabil vita meglio in gloria del ciel si conterebbe".

También del Padre Hurtado podemos exclamar algo semejante.

Dieciséis años de labor apostólica que abarca todos los campos, que llena todo



Frente a su lecho de enfermo, la fotografía de su madre, doña Ana Cruchaga

Chile y trasciende sus fronteras, y que tiene, como inmediatamente diremos, el sentido de una perecedera lección y de un urgente llamado.

Dieciséis años. Cifra tan corta en número y tan rica en contenido. Ella nos entrega la fórmula que condensa su vida: "Apostolus Jesu Christi", Apóstol de Jesucristo.

Ante esa vida nos detenemos hoy a meditar.

REALISMO APOSTÓLICO

La primera lección que ahí encontramos es el sano realismo que la fundamenta.

Él sabe que es portador de un mensaje eterno que hay que entregar en el tiempo. Dispensador de una vida divina que hay que dar a los hombres. Y en consecuencia hay que conocer ese tiempo y esos hombres.

El Padre ha meditado muchas veces la palabra de Jesús en San Mateo: "Se le acercaron los fariseos y saduceos para tentarle y le rogaron que les mostrara una señal del cielo. Él respondiéndoles, les dijo: Por la tarde decís 'hará buen tiempo, si el cielo está arrebolado'; y a la mañana, 'hoy habrá tempestad', si en el cielo hay arreboles oscuros. Sabéis discernir el aspecto del cielo y no sabéis discernir las señales de los tiempos nuevos".

Y no quiso que para los católicos de Chile pudiera aplicarse el reproche de Jesús de "no saber discernir las señales de los tiempos nuevos". Quiso, en cambio, que su acción fuera tanto más realista cuanto más alto en su ideal. Y que para ello se penetraran de la gravedad de los tiempos que vivimos, se enfrentaran al hecho de nuestra paganización creciente y sacaran de ahí, en forma viva y apremiante, la conciencia de su deber apostólico. Y fruto de este realismo apostólico fue su trascendental libro: *¿Es Chile un país católico?*. El título y la tesis tenían que chocar. ¡Es tan dulce dormirse sobre la ilusión de una cifra estadística: ¡Es tan fácil excusarse de la acción profunda, diciendo: ¡Chile es un país católico! ¡Es tan cómodo abandonar los problemas vitales de la Iglesia que exigen sacrificio constante y reemplazarlos por unas cuantas manifestaciones bullangueras! Pero el Apóstol de verdad ha sido puesto como "dardo agudo" que se clava en las

El Apóstol de verdad ha sido puesto como "dardo agudo" que se clava en las carnes dormidas, como vigía que rompe con su grito estridente el silencio cómplice de la noche.

carnes dormidas, como vigía que rompe con su grito estridente el silencio cómplice de la noche. Y pese a las incomprendiones y a las críticas, el libro quedó como una interrogante angustiosa que golpea, urgiendo, las conciencias cristianas: "¿Es Chile un país católico?".

Si un gran examen de conciencia comienza hoy a hacerse entre los católicos chilenos; si la distinción entre lo vital y los aparentemente cristiano va penetrando en muchos espíritus; si la necesidad de una acción profunda que nace de una vida íntegramente vivida se hace sentir más fuertemente; si, en una palabra, nuestra acción se basa en realidades que no por amargas, dejan de ser realidades; tendremos en el futuro que señalar la audacia de un Apóstol que con magnífica libertad dijo fuerte lo que su mente veía y supo de esa misma realidad sacar las normas de la acción.

El libro del Padre Hurtado marca una etapa decisiva en la historia de nuestro apostolado chileno.

LAS VOCACIONES Y LOS JÓVENES

Y porque era realista su mirada debió dirigirse hacia las necesidades vitales y primordiales de una Iglesia: las vocaciones.

Una Iglesia que no da el número de vocaciones sacerdotales y religiosas que requiere, está enferma en sus raíces.

El avanzar cristiano es interno y si faltan los órganos generadores de esa vida, esa Iglesia está fatalmente condenada a decaer.

Y él supo dar a su vida la inmensa llama apostólica que lo consumió, supo también encenderla en otras almas juveniles.

Como el poeta de la antigüedad clásica el Padre Hurtado pudo repetir su célebre verso: *sicut cursores, vitae lampades traunt*. "Como corredores que se transmiten las lámparas de la vida".

"El Padre Hurtado pesca vocaciones", decían aquellos padres y madres temerosos, que en su mezquindad egoísta, niegan sus hijos al llamado de Dios. Y no comprendían que esas vocaciones nacían al contacto del alma inflamada de un Apóstol y eran la realización en el tiempo de la eterna Palabra de Jesús: "he venido a traer fuego a la tierra y ¿qué otra cosa quiero sino que se abraze?".

El Noviciado de Loyola dirá, en su realización material, en el número de sus novicios y en el espíritu que lo alienta, de lo que es capaz un alma que sabe, como el Fundador de su Orden, repetir: "preferir la gloria de Dios a todas las cosas".

Y su alma grande no se encerrará tampoco en los marcos de su familia espiritual y sabrá dar vocaciones a los demás seminarios diocesanos y religiosos.

Hace apenas cuatro días ofrecía sus dolores con un "¡qué bueno eres, Señor!" por las vocaciones del Seminario de Santiago.

Y la mirada del Apóstol seguía, al imperio de la enseñanza divina, contemplando los campos donde blanquea la mies.

Y vio a la juventud con sus anhelos e inquietudes, con sus flaquezas y desmayos y como su Maestro "intuitus.... dilexit", la miró hondo y la amó.

A través de Chile entero la juventud sintió la mano firme de un timonel que le decía: "avanza mar adentro" y en su Asesor Nacional vio al Jefe que aguardaba.

Sobre todas las dificultades les enseñó la lección que forma el corazón del joven: la generosidad.

Los quería fuertemente hombres y profundamente cristianos. Inquietos a todas las angustias y prontos a toda donación. Mirada abierta, frente alta mano que sabe darse con sinceridad, sonrisa fresca en los labios y sobre todo, auténtico sentido cristiano de su misión.

Para ello tuvo una sola pedagogía y un sólo secreto: amar y servir.

Quizás no siempre se ha reparado en el hondo significado de su característico saludo familiar: "¿qué hay, patroncito?" Y lo llamaron cariñosamente el "patroncito". Y estaban equivocados. El "patroncito" no era él, eran precisamente los otros, porque como Jesús "él no había venido a ser servido sino a servir".

Han pasado ya ocho años desde que dejara su cargo de Asesor Nacional de los jóvenes, pero sobre el tiempo sigue su figura íntimamente unida al destino de nuestra juventud.

Los jóvenes de ayer ya son hombres. Sobre sus vidas maduras comienza a caer el peso del

MUERTE DEL PADRE HURTADO

Señor director:

Pieza 467 en la Clínica de la Universidad Católica, piso 4°. Hay una placa: "Aquí pasó su enfermedad el Reverendo Padre Alberto Hurtado Cruchaga, desde el 5 de junio hasta el 18 de agosto de 1952, en cuya tarde entregó su alma al Creador".

Su muerte —si así puede llamarse— fue a las cinco diecisiete minutos pasado meridiano. Estuve presente en esos momentos. Me persiguen hasta hoy. Él estaba agónico. El doctor Armás Cruz, a su cabecera, aferrado a ese monumento de valores humanos.

No había "mucha gente", sino tanta, que esa pieza de clínica se hallaba abarrotada de jesuitas, ex alumnos, amigos de por vida, los que allí cabíamos. Y afuera, una masa humana en el pasillo, en los cuatro pisos de la escalera, en la calle Marcoleta. ¡Miles! Nadie hablaba; sólo lloros, lágrimas, rezos.

En mi larga vida he visto morir a muchas personas. Sí, morir. Pero, lo que llamamos "muerte del Padre Hurtado" fue otra cosa. Hay realidades cuya grandeza no cabe en nuestro vocabulario. Aquello fue éxtasis, idilio, enamoramiento, suprema fe y esperanza, sobrenatural arrobamiento;

brutalmente contrastante con su rostro reseco por el cáncer al páncreas y su voz —estremecedora de corazones y bolsillos a favor de sus pobres— ahora, tenue, casi imperceptible, hasta callar para siempre. Y más penetrante que nunca. A la hora de morir no se finge.

Pidió que el crucifijo de su cabecera se lo pusiesen en el muro de enfrente para verlo.

Con Él fueron los últimos deliquios en los cuales su corazón se ensanchaba hasta el Infinito; y los nuestros se apretaban hasta el sollozo incontenible. Hoy, después de 41 años, resuenan en mi espíritu algunas de sus frases entrecortadas y declinantes: "Se...ñor, qué f...ino has sid...o co...nmigo. Gr...aci...as... Je...sús... p...p...per...dó...na...me..." Y no se escuchó más. Respiró algunos minutos y expiró.

Allí, un montón de hombres grandes soltamos el llanto como niños chicos. Afuera corrió la noticia por pasillos, escaleras, calles, radios, prensa, todo Chile. A las cinco diecisiete minutos de aquella tarde se produjo en nuestra patria un temblor de lágrimas, gratitudes, amores, sentimientos inconsolables. "¡Murió el Padre Hurtado!" Nadie lo podía aceptar.

Pongo en su boca los requiebros de Santa Teresa de Ávila: "Vivo sin vivir en mí; porque tan alta vida espero, que muero porque no muero".

Andrés Cox Balmaceda

(Carta dirigida a *El Mercurio*, 18 de agosto de 1993)

día y del calor, pero en sus ojos sigue reflejándose el fulgor que el Asesor de entonces pusiera y sigue resonando el grito de las eternas ascensiones, "excelsior" más arriba.

Pero el sacerdote es antes que todo el "pontífice que puede condolerse de los que ignoran y yerran porque también está circundado de miseria y debilidad". Y por eso es juez y médico de las conciencias enfermas, amigo insuperable, que quizás se olvida en los momentos de dicha, pero al cual siempre se acude en los instantes de dolor. Y eso fue el Padre Hurtado. Nadie podrá decir su acción callada en esos problemas silenciosos, que sólo a Dios y a sus ministros se descubren. Los que de cerca y de lejos se congregan junto a sus despojos, los que con un nudo muy fuerte en la garganta apenas pueden modular una oración, sienten que en el Padre han perdido un médico que sanaba sus llagas, un consejero que recibía sus confidencias y orientaba, un amigo que "supo hacerse todos para todos, para ganarlos a todos para Cristo".

SU MISIÓN SOCIAL

Y he dejado para el último lo que caracteriza su vida: su honda y trascendente misión social.

El Padre Hurtado comprendió plenamente lo que la doctrina social de la Iglesia encierra y representa. Sabía bien claro que el Cristianismo o es social o no es.

Con su realismo de Apóstol genuino, vio lo que S.S. Pío XI llamara "el gran escándalo del siglo XX; los obreros alejados de su Madre la Iglesia", y con otro gran apóstol moderno, sintió "que la Iglesia sin la clase obrera no es la Iglesia de Cristo". Y a sanar esta gran llaga se dio por entero en esa su trascendente y vasta misión social. Le dio su mente, y fruto de ella fueron sus obras de sociología, que sirvieron para recordar los grandes postulados sociales de la Iglesia y a urgir a los católicos su aplicación.

Qué claro aparece en sus escritos la posición del católico; el cristiano no puede optar entre dos materialismos, sino abrazar plena, íntegra y totalmente la doctrina que la Iglesia le ha señalado con carácter de estricta obligación.

Le dio sus energías, y sus últimas palabras fueron para ofrecer el holocausto de su vida



por el Hogar y la Asich.

EL SENTIDO DEL POBRE

Le dio, sobre todo, su corazón. El Padre Hurtado vio cumplida en él las palabras del salmista: *beatus qui intelligit super egenum et pauperem*. Y tuvo como pocos el sentido del pobre.

Sobre la capital de la República hay un terrible escarnio que abofeteó nuestro rostro de chilenos y cristianos. Los hombres sin techo, las viviendas inhumanas, las multitudes que no tienen "el espacio vital para que se desarrolle una familia", los hijos de Dios que no gozan de aquel *minimum* de bienestar humano que el Angélico señala como requisito indispensable a la práctica de la virtud.

¡Qué fácil es arrojar unas cuantas frases hechas, como se pega un cartelón sobre un muro, para calmar nuestra conciencia que grita; qué fácil es decir: vicio, incultura, no se logra nada; como si con esas palabras sacudiéramos nuestra responsabilidad social!

El Padre Hurtado sintió esa lacra y enfrentó esa responsabilidad.

Amaneceres escarchados de un invierno santiaguino; los prados blanquean al llegar el día; y en los quicios de las puertas o sobre un banco de nuestros jardines, duermen, peor que animales, hermanos de nuestra raza e hijos de un mismo Padre celestial.



Y SU HISTORIA

SU VIDA Y SU HISTORIA

La prensa lacónicamente informa en sus hechos policiales: "Ayer fueron hallados muertos por el frío, tres, cuatro, seis personas".

El corazón del Padre Hurtado no puede más. Callar sería complicidad. Y habla con su palabra de fuego que remueve. Muchos han comprendido. Una señora ha llegado esa tarde trayendo la única joya que le queda: el Hogar de Cristo ha nacido.

Y como el grano de mostaza de la evangélica parábola, crece para dar techo, comida, y, sobre todo, amor a tantos que sólo han tenido por hogar el lecho del río, por pan el infortunio y por única familia, la orfandad.

Cuando en el siglo III el Diácono Lorenzo se oyó, en la persecución, decir por el Juez "entregame los tesoros de la Iglesia", llamando a los menesterosos se los presentó, diciéndole: "aquí están los tesoros de la Iglesia".

He aquí, señores, la que, en la Tierra primero y desde el Cielo ahora, nos dice el Padre Hurtado, señalándonos el Hogar de Cristo: "aquí están los tesoros de la Iglesia."

¡Qué gran lección nos entrega!

¡El sentido del pobre! En ellos vio a Cristo. En sus llagas curó las del Maestro. En sus miembros ateridos cubrió la desnudez de Jesús.

Y hace dos días, me atrevo a decirlo con íntima certeza, allá en los cielos resonó, con especial acento, la voz del Juez Supremo que dictaba su sentencia de eternidad:

"Ven, bendito de mi Padre, a poseer el reino que te tenía preparado. Era peregrino sin techo y me recibiste. Estaba desnudo y me vestiste. Enfermo y me visitaste. Hambriento y me diste de comer.

Tuviste el sentido del pobre. Lo que hiciste a uno de esos desvalidos, me lo hiciste a Mí. Entra en el gozo de tu Señor".

Pero el Hogar de Cristo no contenta las ansias apostólicas del Padre. Hay que dar casa permanente a las familias. Y la Cooperativa de Edificación surge con este fin. Si su acción es limitada, tiene mil alcance más vasto: despertar nuestra conciencia social en este pavoroso problema de la habitación. El Apóstol se revela no sólo en lo que crea sino en las proyecciones que su misma creación produce.

Junto a su lecho de enfermo, llega la Primera Dama de la República, cuyo gesto maternal, dando a nuestro pueblo el hogar que imperiosamente necesita, recogerá la historia; y el Padre Hurtado le sonríe, prometiendo bendecir,

desde el Cielo, esa obra.

Ella sabe cómo el Padre alentó su obra y cómo, fiel a su promesa, continuará, desde arriba, protegiéndola.

LA ASICH

Pero la "sensibilidad social" de que nos habla el Pontífice actual a los chilenos es algo más que mera beneficencia. La caridad que se dispensa de la justicia, no es caridad.

El obrero y el empleado necesitan ser defendidos en sus derechos y amparados en sus justas reivindicaciones. Y para ello, en las condiciones actuales, ha de ir imprescindiblemente al sindicato.

El Padre Hurtado comprendió toda la trascendencia de la acción sindical y la necesidad de preparar para ella a sus dirigentes, y fruto de su visión y de su energía, nació la Asich, Acción Sindical Chilena.

Para ella estuvieron hasta el final sus mejores actividades y desvelos. Para ellos escribió su obra *Sindicalismo*. Ella fue su visión de Apóstol, el medio de esa redención proletaria, que Pío XI señala como nieta de nuestra actividad social.

Pero más que la Asich, el Hogar de Cristo, la Cooperativa de Edificación, está el llamado que esas obras encierran. Ha dicho Lacordaire que "es propio de los grandes corazones el descubrir la necesidad más urgente de su época y consagrarse a ella".

El gran corazón del Padre Hurtado nos deja este imperativo llamado; nuestro deber social.

El católico tiene una misión social que cumplir. El tomar conciencia de las exigencias sociales del Cristianismo, es dar a nuestra fe su expresión plena y perfecta. Seguir a la Iglesia y no seguir con lealtad plena, con integridad máxima, con sinceridad generosa su enseñanza social, es como pretender separar a Cristo de su Evangelio.

Podrán las obras que él fundara morir en el transcurso de los años, como muere y perece todo lo humano, pero "monumento más perenne que el bronce", *aere perennius*, proyectará en el tiempo el gran llamado a nuestro deber social que el Padre Hurtado nos dejara.

LA HUELLA QUE DEJÓ EL P. HURTADO

Como genuino Apóstol, no le faltó en esa

¡El sentido del pobre! En ellos vio a Cristo. En sus llagas curó las del Maestro. En sus miembros ateridos cubrió la desnudez de Jesús.

tarea el sello inconfundible de la Cruz. Fue uno más que se sumó a los que en la implantación de estas doctrinas han debido probar entre nosotros el acíbar de la crítica y la hiel de la incomprensión.

Ni utopía de soñador ni exaltación de avanzado, ni odio de amargura inspiraban su firme posición y su tajante palabra. Porque no es utopía lo que está en la raíz misma del alma humana, ni amargura lo que tiene como savia vivificante el mandato supremo de la Caridad.

Y por eso fue valiente en la posición adoptada.

Ser testimonio de una doctrina, no ceder ni ante el temor ni ante el halago, no claudicar en una posición muchas veces incomprensida, no desviar esa misma doctrina de la dirección rectilínea que debe seguir, no es cosa fácil, y para ello se requiere esa fortaleza que nace de la convicción profunda, esa serenidad que sabe que Dios y el tiempo hacen justicia, esa visión de eternidad que da a los hombres y problemas su verdadero valor.

Ese es el legado que el Padre Hurtado nos deja y la huella que trataremos de seguir.

Y ahora, señores, una pregunta tan sólo: ¿de dónde sacaba el Padre Hurtado las energías extraordinarias de su acción?

Y a esta pregunta una respuesta. Junto a sus cualidades destacadas de hombre, el Padre Hurtado sumaba la fuerza incontestable de una eminente virtud.

Religioso en el pleno y amplio sentido de la palabra, amó a la Compañía y en ella a la Iglesia con toda la vehemencia y la pasión de su corazón generoso.

Forjado en el rico molde ignaciano, centró su vida en la ofrenda total que San Ignacio pone al final de sus Ejercicios.

TOMAD, SEÑOR, Y RECIBID...

Si se me pidiese una síntesis de la espiritualidad del Padre que explicara todos y cada uno de los actos de su vida, sin duda yo la encerra-

ría en el llamado del Rey Temporal a seguirlo y en la ofrenda con que el alma responde al amor apremiante de Dios.

“Tomad, Señor, y recibid mi libertad, mi memoria, mi inteligencia y voluntad toda entera. Todo lo que tengo o que poseo, de Ti lo he recibido; a Ti, Señor, lo retorno. Dame tu amor y tu gracia, que eso me basta”.

Apóstol de Jesucristo, todo lo ofrendó y su vida fue una perpetua oblación: “Tomad, Señor, y recibid”.

Apóstol de Jesucristo, su muerte ejemplar consume el holocausto de su vida. “Dame tu amor y tu gracia. Esto sólo me basta”.

Nos deja como a cristianos, un luminoso ejemplo.

Pero nos deja como a hombres, un inmenso vacío.

Por eso, a pesar del “fiat”, muchas veces repetido, las lágrimas nos traicionan.

Por eso en estos días, como un escalofrío, ha recorrido de norte a sur de la República la frase, que más que pronunciarse, se solloza: el Padre Hurtado ha muerto.

Y la frase resuena en el fondo de la mina oscura, a donde su palabra, como un mensaje de esperanza, penetró. Y sopla como el puelche helado en nuestros caseríos campestres que escucharon, con la sencillez del campesino, el eco de su palabra evangélica. Y vibra sobre nuestras pampas calicheras, donde el nortino, hecho esfuerzo y empuje, comprendió la buena nueva divina que, en palabras tan humanas, este Apóstol obrero le traía. Y cae, como la lluvia de invierno sobre los techos de fonolita de nuestras poblaciones callampas para repetir como un gran gemido: el Padre Hurtado ha muerto.

Y el pobre angustiado en su tugurio siente que un gran amigo se le ha ido. Y bajo los puentes del Mapocho, el huérfano sabe que ya no existe el que quiso reintegrar su vida de vago a la sociedad. Y sobre el féretro, en un desfile continuo, ha ido cayendo como una oración, el llanto de los humildes y la plegaria de los que

«Tomad, Señor, y recibid mi libertad, mi memoria, mi inteligencia y voluntad toda entera. Todo lo que tengo o que poseo, de Ti lo he recibido; a Ti, Señor, lo retorno. Dame tu amor y tu gracia, que eso me basta».

EL P. HURTADO: HIJO GLORIOSO DEL CONTINENTE AMERICANO

por él supieron del aproximarse a Dios. Para el que no tuvo más reposo en su agitada vida que la enfermedad y la muerte, ya ha resonado el "dencanse en paz" de la Iglesia. Y entre los que amó con predilección, va a dormir su eterno sueño.

Y cuando el tiempo pase y la ley fatal del olvido vaya dejando caer sobre los hombres y sucesos su polvo sutil, junto a ese sepulcro vivirá el recuerdo de un sacerdote que amó mucho a Dios y a sus hermano, que amó a los pobres y a los humildes, y por ellos, en suprema oblación, ofrendó su vida.

"Tomad, Señor, y recibid".

Pero no podemos llorar como los que no tienen esperanzas. Él ya habita el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz.

Fue su alma ardiente como llama; resplandezca como luz.

"No busquemos a un vivo entre los muertos". Imploramos su valiosa intercesión.

Y mientras el corazón sangra, la plegaria sube.

"Tú, Señor, nos lo diste. A Ti también te lo entregamos".

Cíñele la corona de justicia que has prometido a los que saben pelear el buen combate por tu Nombre.

Y a nosotros y a mí, ante quien llegó arrastrándose en su enfermedad, para dar su última predicción¹, danos el consuelo y la fuerza, en su ausencia, para poder, con voz entera, repetir la palabra del poeta de los grandes infortunios de la vida:

Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est. Sit Nomen Domini benedictum.

"El Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó. Como al Señor le plugo, así fue hecho. Sea bendito el nombre de Dios". [P.H.]



El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir" (Mc 10,45). El Beato Alberto Hurtado se hizo servidor para acercar los hombres a Dios. Su profunda vida interior dejaba en quienes le trataron la imagen imborrable de hombre de Dios siempre dispuesto a la ayuda generosa. Su figura de religioso ejemplar en el cumplimiento heroico de sus votos cobra especial realce precisamente en estos días en los que se está celebrando el Sínodo de los Obispos dedicado a la vida consagrada.

En su ministerio sacerdotal, marcado por un vivo amor a la Iglesia, se distinguió como maestro en la dirección espiritual y como predicador incansable, transmitiendo a todos el fuego de Cristo que llevaba dentro, especialmente en el fomento de vocaciones sacerdotales y en la formación de laicos comprometidos en la acción social.

La vida del nuevo Beato nos recuerda que el amor a Cristo no se agota en la sola persona del Verbo Encarnado. Amar a Cristo es servir a todo su Cuerpo, especialmente a los más pobres: fue ésta una gracia singular que el Beato Alberto Hurtado recibió y que nosotros hemos de pedir incesantemente a Dios. Impactado por la situación de los pobres y movido por su fidelidad a la doctrina social de la Iglesia, trabajó por remediar los males de su tiempo, enseñando a los jóvenes que "ser católicos equivale a ser sociales". Hijo glorioso del continente americano, el Beato Alberto Hurtado aparece hoy como signo preclaro de la nueva evangelización, "una visita de Dios a la patria chilena".

De la homilía de Juan Pablo II durante la celebración eucarística de beatificación, 16 de octubre de 1994.

¹ El 16 de abril de 1952, ya gravemente enfermo, el P. Hurtado se trasladó a la ciudad de Talca a predicar en el 25° aniversario de la ordenación sacerdotal de su amigo, Mons. Manuel Larraín. (N. de la R.).

Rasgos de la santidad del P. Hurtado

Alberto Hurtado vive la vida en el Espíritu con una gran unidad. Su amor a Cristo es inseparable de su confianza en el Padre, del amor a la Virgen, del servicio al prójimo, de la oración, la Iglesia, los jóvenes, los pobres, el sentido social, la eucaristía, el sacerdocio en la Compañía de Jesús, los diversos llamados apostólicos y las obras que él acomete. Su vida espiritual no lo conduce a encerrarse en sí mismo para huir del mundo y sus tareas. No hay desafío que le sea extraño. Y, sin embargo, vive todo esto profundamente unificado por su apasionado amor a Cristo, el Enviado del Padre para servir y salvar a sus hermanos, los hombres. Este será el tema de este artículo.

Para partir de algún punto, tomo como hilo conductor su deseo de santidad y entrega a Dios. Otros aspectos irán saliendo conjuntamente. Me limito a ofrecer algunos textos y temas, dejando en lo posible hablar al mismo P. Hurtado. Y me extenderé más en el período menos conocido de su vida —los años de su formación de jesuita— lo que nos permite captar el proceso de su crecimiento espiritual.

VIDA COMO SANTIDAD Y ENTREGA

Alberto no nació santo: se fue haciendo de a poco por la fuerza del Señor. Tuvo un excelente punto de partida en la piedad que respiró desde niño en su familia y en el colegio San Ignacio. Aquí perteneció a la Congregación Mariana (la actual CVX), donde se familiarizó con los rasgos y los medios típicos de esta asociación: dirección espiritual personal y práctica de los Ejercicios ignacianos, cultivo de la fe en comunidad, búsqueda de Cristo en la meditación de los Evangelios y la Eucaristía, círculos de estudio, obras sociales y visita a los más pobres.

Al salir del colegio Alberto se pregunta por su futuro. Le es claro que es Dios quien debe marcarle el camino de su vida. Por eso se pone con mucho ahínco a buscar conocer la volun-

Si toda persona es un misterio de riqueza inabarcable, un santo lo es mucho más. Porque lo característico suyo es vivir con enorme calidad e intensidad su unión con Dios y los demás. Estas páginas quieren hablar de la santidad del Padre Hurtado, destacando el aspecto más propio suyo. La santificación en y por el trabajo apostólico. Así el P. Hurtado actualiza para nuestro tiempo y circunstancias el ideal ignaciano de santificarnos en el servicio a los prójimos.

tad divina. Se le ofrecen dos posibilidades. El matrimonio y ser jesuita. La vocación más fuerte es al sacerdocio en la Compañía de Jesús: “Allí desearía yo servirte; la primera tendencia de mi espíritu va allá” (56,16)¹. Pero siente un deseo tan grande del matrimonio y de tener hijos, que le mueve a pensar que este es el camino que Dios le señala: “Señor, yo quisiera seguirte, pero veo que en mi corazón hay un deseo tan vehemente de completarse con otro ser, de procrear... deseo que no puede venir sino de Ti, y que por tanto Tú me llamas al matrimonio...” A este motivo se añade otro de carácter apostólico. Ve con claridad el mucho bien que podría hacer como apóstol seglar, y piensa específicamente en los obreros del taller de una imprenta en que trabajaba como secretario por las tardes.

Pero la atracción y las razones a favor de ser jesuita se le imponen con mucho mayor fuerza. En 1918 escribe: “Más facilidades de ser santo” (37,6,4). Pocas líneas más abajo especifica: “... cuando pienso con calma veo la necesidad de la perfección, la siento con tal fuerza

Juan Ochagavía, S.J.

¹ Las citas textuales están sacadas del *Archivo del P. Hurtado*. El primer número corresponde a la carpeta, el siguiente al documento, y el tercero, si lo hubiere, a la página.

que debo buscarla. Es necesario que siga a Jesús de cerca, muy de cerca, que ponga los medios más seguros para no perderlo. Yo creo que en la Compañía encuentro esos medios..." (37,6,6). Termina esta elección de estado con esta oración:

"Señor, yo quiero ser tu jesuita, y para prepararme quiero ser santo, quiero grabar tu imagen en mi alma y aplicarla en mi vida. Ayúdame, oh buen Jesús, Señor, yo soy débil y malo, pero Tú muy clemente y bueno. Alcánzame la gracia de serlo" (37,6,6).

Entrado ya al noviciado jesuita de Chillán, en unos Ejercicios de 1924 ve que la santidad pasa por el camino de la obediencia. Con su estilo directo y campechano, anota:

"Seré 'caballo de bombero' pronto a uncirme al carro de la obediencia pero con iniciativa, actividad y alegría. Debo evitar ser un obediente pasivo (...) a todo un sonoro y alegre 'all right', 'very well'" (12,3,2).

Alberto Hurtado tenía una cierta timidez, producto de una sensibilidad que lo hará gozar y a la vez sufrir mucho. Era vulnerable a las críticas y a las faltas de delicadeza de los demás. Pero esto mismo le sirve para comprender mejor cómo Nuestro Señor sufre con sus propias faltas de delicadeza:

"¡Qué poca fe, poco entusiasmo por la santidad! ¡Cuántas desconfianzas! ¡Qué poca delicadeza con Nuestro Señor! ¡Y Él es tan sensible a estas infidencias!..." (12,3,8).

Durante sus estudios humanísticos, en Córdoba, Argentina, su búsqueda de la santidad de Dios se colorea con las notas siguientes: confirmación de su vocación, purificación de los ensueños grandiosos, búsqueda de la humildad y la cruz, énfasis en el servicio, sentido social, caridad activa hacia los compañeros, acogida valiente y confiada de los buenos deseos y cultivo de un trato personal con Dios más íntimo y afectivo.

MOMENTOS DUROS: PURIFICANDO EL IDEAL DE SANTIDAD

En el período de 1925 a 1927 Alberto Hurtado atravesó por momentos duros. Lo dice en sus notas de Ejercicios de 1926:

"Puedo perder la vocación: en alguna época de melancolía bien lo experimenté: la vida en la Compañía se me presentaba dura, tétrica; en cambio el mundo me sonreía..." (12,3,17-18).

En momentos como estos se eleva con fe sobre sus dificultades y ora:

"¡Señor!, me ofrezco a remar hasta la cuarta vi-

gilia, es decir toda mi vida, hasta que amanezca la eternidad. ¡Señor!, hazme valiente, esforzado, luchador. ¿Y la Santísima Virgen no asiste a mis luchas? Acordarme de Luján, de Nuestra Señora del Milagro, de Montserrat. ¡Cómo me regala esa Madre!" (ibid., 26).

Ser esforzado, valiente y luchador, identificando su querer con el de Cristo y procurando formarse un carácter firme y constante.

Alberto advierte que bajo la búsqueda de la santidad puede introducirse un sutil egoísmo: "Egoísmo en mis ideales sobrenaturales: no debo buscar mi perfección ni santificación por serme provechosas, sino porque es el medio más seguro de glorificar a Dios y el que más le glorifica" (12,3,31).

DIOS EN LO COTIDIANO

Junto a estas grandes actitudes, se preocupa de hacer la voluntad de Dios en el tejido concreto de las actividades y detalles que conforman la vida de un estudiante: preparación minuciosa de la oración diaria (12,3,15), evitar cosas y libros superfluos (ibid.); no perder tiempo en el estudio; "No reírme de errores ajenos especialmente si llego a notar cierto espíritu de venganza, malquerencia o deseo de humillar al otro" (12,3,27); "Si hay alguna antipatía, vencerla con trato frecuente y amable" (12,2,29); hablar en los recreos "aunque esté abatido, triste, mustio; aplicar aquí aquello de: qué debo hacer por Cristo" (12,3-29).

El tema de buscar la santidad en el cumplimiento de la voluntad concreta de Dios lo acompaña a lo largo de sus años de estudiante jesuita. Pero, a medida que crece, se nota menos voluntarismo y más vivir a la escucha del Señor y abandonarse a su voluntad. En un texto de 1930 dice:

"El que abandona su voluntad a la de Dios participa de la inmortalidad de Dios. ¡Qué fuente de paz! Preguntarme constantemente *Domine quid me vis facere?*, y hacer eso, y no sueñe con otras santidades" (18,2,13).

Crece siempre más en Alberto Hurtado el impulso a la amistad, el amor a los demás (12,4,1), a tomar con amor sus mismos defectos (12,3,38). El motivo hondo de este amor al hermano es Cristo.

Crece siempre más en Alberto Hurtado el impulso a la amistad, el amor a los demás, a tomar con amor sus mismos defectos. El motivo hondo de este amor al hermano es Cristo.

En palabras suyas: "...pensaré que Jesús ha dejado aquí su Cuerpo Místico, mis hermanos: los amaré como a Cristo, como a Él los respetaré y serviré..." (12,3,44).

No es la doctrina abstracta del Cuerpo Místico la que sustenta su amor al prójimo. Es el amor directo y tierno a Jesús —ligado muchas veces a su Corazón— lo que lo mueve a entregarse y a amar. El texto siguiente es una meditación suya sobre la Encarnación:

"Llegará un momento en que la Santísima Trinidad se apiadará del desorden y miseria que reinan en mi alma y Jesús querrá encarnarse en mí. No podrá hacerlo si María no está en mi corazón. Que mi corazón sea su Nazareth: oración, silencio, tranquilidad. Para la tranquilidad confianza en ella y en Jesús" (12,3,40).

CENTRARSE EN DIOS Y DESNUDEZ DE SÍ

Entre los años 1928 a 1930 su búsqueda de la santidad se aleja cada vez más de sí y se centra en el amor que Dios le tiene:

"Confianza ilimitada a que Jesús me dará a sentir internamente su amor y todo lo que necesito para propagar su devoción..." (18,2,3).

Un poco más adelante:
"¡Qué rebueno es Jesús!
¡Acompáñame, confiar y mien-

tras más miserable, más confiar, pues más seguro estoy que soy de los que vino a buscar" (18,2,12). En otro texto, que titula "Amor de Dios por mí", anota:

"Estar cierto que Dios me ama. Jesús es el amor infinito que con sus brazos abiertos se lanza a mí y por mí al pesebre, para nacer y formar el cuerpo místico del que Él es la cabeza y yo un miembro; al calvario, para enseñarme el camino: obediencia, sufrimiento; al Sagrario, para alentarme cuando desfallezca, consolarme y alegrarse conmigo... Si Jesús me ama ¿qué me importa, pues, de lo demás?" (32,4,4-5).

Este desplazamiento espiritual hacia el amor de Dios por él lo hace aspirar a despojarse:

"... no queriendo sino a Jesús y sólo a Jesús y confiando en que es Jesús quien más lo desea, y al aspirar a este ideal prescindir de los consuelos de Jesús" (38,20,2).

LA ACCIÓN COMO ADORACIÓN

El llamado a ser "contemplativo en la acción", que caracteriza la espiritualidad de San Ignacio de Loyola, Alberto Hurtado lo explica así en unas notas que son probablemente de 1934:

"Nuestro fin es la mayor gloria de Dios por la acción, ie. hacer aquellas obras que sean de mayor gloria de Dios. Fin *plenamente sobrenatural*: nuestras obras deben proceder del amor de Dios y deben tender a unir más estrechamente las almas con Dios.

Las obras que no realicen directa o indirectamente este fin no son jesuitas. Esto supuesto, tales obras son nuestra *adoración*.

Esta acción no puede nacer sino de la unión con Dios" (59,1,1).

Del cumplimiento de la voluntad de Dios como principio unificante, que buscaba en su época de Sarriá (Filosofía en España), Alberto ha profundizado hasta hallar el amor a Dios por sobre todas las cosas como respuesta a la experiencia de ser amado por Jesús.

Reconociéndose pecador y que falta muchas veces, añade: "Si noto faltas esté cierto que junto con pedir perdón de ellas estoy perdonado. Que nada, pues, me quite la habitual alegría" (Ibid.).

La oración es la unión con Dios. Para Alberto Hurtado es ante todo orar al Padre en unión con la oración de Cristo:

"Mi oración en unión con la de Cristo: Nuestras peticiones, para que sean escuchadas, han de ir unidas a las de Cristo... Él ha de inspirármelas, arran-



carlas y hacerlas eficaces... Pedirle, pues, que suscite mis peticiones y les dé eficacia. Y así lo hace... Vaya, pues, si sabrá inspirarme lo que necesito y lo que querrá" (51,7,1).

"Como mi oración se une a la de Jesús... no nace un buen deseo en mí que no lo suscite y arranque Jesucristo, y uniendo entonces su voz a la mía, lo presenta al Padre... van tan unidas las voces que el Padre podría preguntar: ¿quién ora?, ¿es el alma o es mi Hijo?" "A Jesús nada se le niega, y mi oración es la suya: Luego..." (51,7,2).

"Fácilmente concebimos a Jesús obrando desde el Cielo y desde el Sagrario... con más dificultad, residiendo y obrando en mi interior... Rogar al Señor me esclarezca esta verdad y pedir al Espíritu Santo me la explique" (51,7,4-5).

Alberto sabe que hay modos diversos de vivir la oración. En unas notas tituladas "Plan de vida espiritual", probablemente del año 1934, afirma:

"Nuestra vida no es contemplativa, por tanto: 1. Ejercicios Espirituales limitados; 2. Adoración sobre todo en la acción (brevemente en la oración); 3. El sacrificio de la unión actual continua con Dios Nuestro Señor, a menos de gracia especialísima" (59,1,1). "Lo fundamental es mantener una visión sobrenatural... y habrá que hacer tanta oración como sea necesario: lo que ha de quedar como esencial es que la oración y la mortificación no son en nuestra vida de jesuitas un fin, sino un medio —por tanto *tantum quantum*— que nos permita realizar una acción sobrenatural, que es nuestra manera peculiar de dar gloria a Dios" (59,1,2).

Estos textos indican que las búsquedas de Alberto Hurtado han dado un considerable paso adelante. Desde la meditación que busca innumerables propósitos ha llegado a esta oración centrada en Dios, afectuosa, que busca sobre todo mantener la calidad de la vida sobrenatural.

SENTIDO DE LA MORTIFICACIÓN Y ABNEGACIÓN

En este mismo escrito traza el P. Hurtado un cuadro de lo que Dios le pide en materia de mortificación y abnegación:

"Todas las mortificaciones que exijan la pureza de corazón y la paz del alma son absolutamente necesarias y ofrecen un campo indefinido a la abnegación y a la mortificación propiamente tal, pues la pureza de corazón significa el descarnar el corazón de todo lo que es puramente humano y nuestro sentido espiritual se irá afinando a medida que nos dispongamos en paz a oír al Espíritu Santo. Toda la abnegación que exija el cumplimiento pleno de mi

deber de estado; que será mucha: humildad, caridad, renunciamiento, mortificación sensible... Luego un mínimum fijo de mortificación corporal, dispuesto a aumentarlo cuando el Espíritu Santo me lo haga sentir, v. gr. por las necesidades de las almas. Si Dios Nuestro Señor me llama a una vida de mayor mortificación corporal y vigiliat me lo hará sentir y me hará la gracia y entonces no me dañarán como lo vemos en los santos que trabajaron tanto tiempo, tan intensamente y con tan poco reposo. Mientras esto no sienta, cuide de la salud A.M.D.G., desechando todo escrúpulo y aplíqueme sobre todo a la paz y pureza de corazón, oración virtual, deber de estado pleno" (59,1,2,-3).

Esta larga cita nos muestra a P. Alberto llegado a la discreción de la madurez. No hay voluntarismo sino sano realismo.

EL SACERDOCIO

Alberto Hurtado sintió desde joven y en forma inequívoca el llamado al sacerdocio (37,6,2). El sacerdocio estuvo presente y fue madurando en él a lo largo de los prolongados años de estudio. Su búsqueda de Dios y de la santidad estaba teñida del sacerdocio. Dejémoslo hablar a él en estos cuatro textos:

- "Los cristianos saben que hay un solo sacerdote en quien reside la plenitud del sacerdocio, el de Cristo, pero Él sabe que nosotros necesitamos signos palpables, y ¿qué signos más palpables que las personas humanas? Y por eso Él, que se dejó ver y tocar por los habitantes de Palestina, ha querido continuarse en todos los puntos del espacio y del tiempo por sacerdotes hombres y sujetos a un hombre, a quienes los cristianos miren como los ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios" (47,22,159).

- "Mientras el sacerdote no aspire al martirio para regar con su sangre la semilla del Evangelio, no podemos decir que somos apasionados por Cristo... Mientras no santifiquemos nuestro trabajo con considerables sacrificios personales, nuestra labor será estéril. ADIMPLEO EA QUAE DESUNT PASSIONUM CHRISTI" Col. 1,24. (45,1,2,).

- "Debemos volver nosotros los sacerdotes del siglo XX al Salvador pobre, doliente, crucificado,

"Los cristianos saben que hay un solo sacerdote en quien reside la plenitud del sacerdocio, el de Cristo, pero Él sabe que nosotros necesitamos signos palpables, y ¿qué signos más palpables que las personas humanas?"

A. Hurtado

para ser como Él y por Él, pobres, sencillos, dolientes, y si fuera necesario, muertos por Él" (45,1,3).

• "Un sacerdote santo trabaja más que diez tibios y produce frutos más abundantes que todos ellos. El problema sacerdotal encierra, pues un problema de santidad en primer lugar: de correspondencia a la gracia; de abnegación, de formación seria y profunda en las disciplinas sagradas y en los conocimientos humanos. El sacerdote es mediador entre Dios y los hombres, instrumento en manos del Redentor para salvar a los hombres, y el instrumento debe estar unido a la causa que lo mueve y al objeto a que se aplica".

MEDIOS DIVINOS Y MEDIOS HUMANOS

Para terminar este cuadro de la vida interior del P. Hurtado, preguntémosnos por el punto focal que da razón y nos ayuda a comprender la actividad sacerdotal tan intensa y variada del Padre Hurtado. ¿Por qué esa laboriosidad y tesón tan sobrehumanos? ¿Qué explica la eficacia duradera de tantas obras?

El P. Hurtado fue acusado de activismo, de dar excesiva importancia a la organización de la Acción Católica descuidando los elementos sobrenaturales, de ser avasallador, de confianza excesiva en lo humano (64,18,1-2).

La carta respuesta a estas acusaciones es una obra maestra de caridad, tino, amor a sus críticos, humildad, deseo de ser corregido.

Pero al mismo tiempo es una defensa apasionada y objetiva de la espiritualidad y de los medios por él empleados.

Poco después escribirá una conferencia 'Medios divinos y medios humanos', para orientar a los jóvenes. A partir de la controversia —siempre actual— entre San Agustín y Pelagio, busca sus expresiones en las corrientes espirituales del Santiago de 1940 (19,13,1).

Apela a la autoridad de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa y de San Ignacio, y afirma que una polémica que oponga contemplación y acción, medios divinos y medios humanos, es una discusión vana porque ha olvidado el punto central de la santidad cristiana: el vivir *en* Dios, el hacer su voluntad, aceptar esta voluntad, y adherir a ella. La contemplación sin la unión de voluntades es tan estéril como la acción puramente humana; igual cosa, la acción humana es inmensamente fecunda cuando está la voluntad humana unida a Dios (Ibid., 4).

A partir de este razonamiento de fuerza tan tradicional en el pensamiento católico, previene con-

tra el peligro de las almas pseudo-contemplativas y contra una acción puramente natural.

"Pensar en Dios, meditar su palabra son ocupaciones excelentes pero no pueden considerarse como exclusivas, pues no menos excelente fue María Santísima cumpliendo sus deberes de madre, de esposa, haciendo los deberes domésticos de su casa. Esta tendencia establece un divorcio entre la *religión* y la *vida* y puede llegar hasta hacer despreciar el cumplimiento de los deberes de estado, aun los más elementales. El miedo de la acción, la convicción que la actividad humana aleja de Dios, arrojan estas almas en la mediocridad y la rareza; no pocos se vuelven orgullosos y testarudos" (Ibid, 4-5).

El Padre Hurtado recuerda cómo San Ignacio precavió a sus discípulos contra los peligros del iluminismo. Recoge la conocida frase del santo que afirmaba que de cien personas de mucha oración, apenas se encontrarían diez que fuesen verdaderamente mortificadas, despegadas de su propio yo y de sus quehaceres egoístas.

"No es raro que estas personas ilusionadas no tengan sino desprecio por las cosas de este mundo. No consideran a Dios como causa de su obrar y como alma de sus operaciones sino como un fin al cual hay que tender y este fin situado más allá de lo creado se alcanza por una elevación intelectual que ellos creen mística. Se desinteresan estos de los progresos terrestres y de las calamidades que pesan sobre la sociedad humana. Allí no está Dios, Dios está en el cielo. De aquí una concepción de la vida espiritual centrada alrededor de algunas virtudes pasivas y secretas que ellos entienden a su manera" (Ibid., 5).

Esta actitud no hace sino desacreditar las virtudes pasivas y la oración. Millones de no creyentes reprochan al cristianismo ser una doctrina alienante, desinteresada de las cosas del mundo, que no mira sino a un paraíso de ultratumba.

ESPIRITUALIDAD DE LA COLABORACIÓN

"Toda esta concepción de la vida nace de un desconocimiento de la doctrina de la colaboración del hombre con Dios. Si Dios no actúa en este mun-

Preguntémosnos por el punto focal que da razón y nos ayuda a comprender la actividad sacerdotal tan intensa y variada del Padre Hurtado. ¿Por qué esa laboriosidad y tesón tan sobrehumanos? ¿Qué explica la eficacia duradera de tantas obras?



Su laboriosidad intensa no es activismo porque brota de su profunda convicción de ser instrumento en las manos de Dios, de un Dios que es todo amor

do sino que únicamente nos aguarda en el otro, es evidente que es una locura detenerse a considerar esta vida mortal y preocuparse en algo de las cosas finitas que nos alejan del Infinito. Pero al que considera esta vida como la obra amorosa de un Padre que nos la ha dado hasta el punto de enviar a su Hijo único a esta tierra, a revestirse de nuestra carne mortal y tomar nuestra sangre e incorporar en sí como en un resumen todas las realidades humanas: para el que esto piensa, este mundo tiene un valor casi infinito. Este mundo, sin embargo, lo mira no como el estado definitivo de su acción sino como la preparación para la consumación de su amor con el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.

Mientras tanto con su sacrificio de oraciones se une al Verbo Encarnado y agrega en lo que falta a la pasión de Cristo para salvar otras almas y dar gloria a Dios" (Ibid., 6).

De aquí el P. Hurtado fundamenta la audacia y la actividad del apóstol:

"El que ha comprendido la espiritualidad de la colaboración toma en serio la lección de Jesucristo de ser misericordioso como el Padre Celestial es misericordioso, procura como el Padre Celestial dar a su vida la máxima fecundidad posible. El Padre Celestial comunica a sus creaturas sus riquezas con máxima generosidad. El verdadero cristiano, incluso el legítimo contemplativo, para asemejarse a su Padre se esfuerza también por ser una fuente de bienes lo más abundante posible. Quiere colaborar con la mayor plenitud a la acción de Dios en él. Nunca cree que hace bastante. Nunca disminuye su esfuerzo. Nunca piensa que su misión está terminada. Tiene un celo más ardiente que la ambición de los grandes conquistadores. El trabajo no es para él un dolor, un gasto vago de energías humanas ni siquiera un puro medio de progreso cultural. Es más

que algo humano. Es algo divino, es el trabajo de Dios en el hombre y por el hombre".

Por eso se gasta sin límites. Sabe que Dios está dispuesto a obrar mucho más de lo que lo hace, pero está encadenado por la inercia de los hombres que deberían colaborar con Él. Como San Ignacio, piensa "que hay muy pocas personas, si es que hay algunas, que comprendan perfectamente cuánto estorbamos a Dios cuando Él quiere obrar en nosotros y todo lo que haría si no lo estorbáramos"

(Ibid., 6).

Al estudiar la espiritualidad del P. Hurtado, encontramos desde los primeros años de su vida un amor y entrega a Dios extraordinarios. Cristo es para él, simplemente, todo: la razón de su vida, la fuerza para esperar, el amigo por quien y con quien acometer las empresas más arduas para gloria de Dios Padre. Ve a Cristo en los demás hombres y mujeres, especialmente en los pobres: "El pobre es Cristo". Como sacerdote se siente signo personal de Cristo, llamado a reproducir en su interior los sentimientos del Maestro y a derramar en torno suyo palabras y gestos que animen, sanen y den vida.

Su laboriosidad intensa no es activismo porque brota de su profunda convicción de ser instrumento en las manos de Dios, de un Dios que es todo amor, todo deseo de darse de manera desbordada, siempre mayor que la pequeñez de nuestras humanas limitaciones. El P. Hurtado hizo tanto porque sabía que no hay nada que pueda poner límites al deseo de Dios de tomarnos como colaboradores eficaces suyos, en Cristo, su Hijo, salvo nuestras propias desconfianzas y mezquindades.

Alberto Hurtado se acerca a Dios con atrevimiento filial, con confianza de ser hijo en el Hijo, y por eso obtuvo el llamado y la fuerza para realizar cosas siempre mayores, siendo una de las más maravillosas de éstas su manera de vivir su enfermedad y su muerte. **[P.H.]**



La regla de oro



¿Qué haría Cristo en mi lugar?

P. ALBERTO HURTADO, S.J.

Reproducimos algunos textos que indican el verdadero secreto del camino de santidad del P. Hurtado: No se trata de imitar mecánicamente lo que hizo Jesús... sino de tener la capacidad de discernir qué haría Él hoy día.

"La imitación de Cristo ¿qué significa?

No ciertamente fría repetición de lo que hizo, ya que sus condiciones de personalidad, de vida, de ambiente son tan diferentes de las actuales. Él era el Hijo de Dios, actuó en Palestina, ante un mundo pagano. Nosotros pobres mortales, en un ambiente tan diferente.

... Supuesta la gracia santificante, que mi actuación externa sea la de Cristo, *no la que tuvo, sino la que tendría si estuviese en mi lugar.* Hacer yo lo que pienso ante Él, iluminado por su Espíritu: *¿qué haría Cristo en mi lugar?* Ante cada problema, ante los grandes de la tierra, ante los problemas políticos de nuestro tiempo, ante los pobres, ante sus dolores y miserias, ante la defección de colaboradores, ante la escasez de operarios, ante la insuficiencia de nuestras obras, *¿qué haría Cristo si estuviese en mi lugar?* Si en estas circunstancias de ahora



Cristo se hubiese encarnado y tuviese que resolver este problema, ¿cómo lo resolvería? ¿Obraría con fuerza o con dulzura? ¿Empuñaría el látigo con que arrojó a los vendedores del templo, o las palabras de perdón del padre del pródigo, las tiernas palabras de perdón que dirigió a la Magdalena, a Pedro: las de paciencia que repitió tantas veces ante sus rudos apóstoles...? Y lo que entiendo que Cristo haría, eso hacer yo en el momento presente. *Aquí está toda la perfección cristiana: Imitar a Cristo en su divinidad por la gracia santificante, y en su obrar humano haciendo en cada caso lo que Él haría en mi lugar".*

*(De una plática a los obispos
chilenos en el año 1940)*

En este mismo sentido resulta iluminador el texto de una conferencia dada a los profesores de la Universidad Católica, en 1940: "Cómo imitar a Jesucristo".

Después de señalar que para algunos la imitación de Cristo se limita a un estudio histórico, y para otros es un asunto especulativo que no cambia nuestra vida... describe otros dos modos erróneos de imitar a Cristo que nos parece interesante reproducir por su actualidad:

"Otro grupo de personas creen imitar a Cristo preocupándose —al extremo opuesto— únicamente de la observancia de sus mandamientos, siendo fieles observadores de las leyes divinas y eclesiásticas, escrupulosos en la hora de la llegada a los oficios divinos, en la práctica de los ayunos y abstinencias.

Contemplan la vida de Cristo como un prolongado deber y nuestra vida como un deber que prolonga al de Cristo. A las leyes dadas por Cristo agregan ellos otras, para completar los silencios, de modo que toda la vida es un continuo deber, un reglamento de perfección, descon-

necedor en absoluto de la libertad de espíritu. Las leyes centrales son desmenuzadas en multitud de aplicaciones rigurosas...

El cristianismo es un fariseísmo, una casuística. Se cae en la escrupulosidad. ¡Cuántas veces se ha deformado la conciencia cristiana haciéndola creer que eso es imitar a Cristo! Y tenemos como consecuencia almas apocadas, que no se preocupan sino de conocer ajenas interpretaciones sobre el propio obrar, que carecen de toda libertad de espíritu y para quienes la vida cristiana es un prolongado martirio. El confesor para estas personas es un artículo de bolsillo a quien deben consultar en todos los instantes de la vida. El foco de su atención no es Cristo sino el pecado. El sacramento esencial en la Iglesia no es la Eucaristía, ni el bautismo, sino la confesión. La única preocupación es

huir del pecado, y su mejor oración, el examen de conciencia. El sexto mandamiento en especial los atormenta, los preocupa, e imitar a Cristo para ellos es huir de los pensamientos malos, evitar todo peligro, limitar la libertad de todo el mundo y sospechar malas intenciones en cualquier acontecimiento de la vida.

No; no es ésta la imitación de Cristo que proponemos. Esta podría ser la actitud de los fariseos, no es la de Cristo. Puede un alma estar tentada de escrúpulos y esta prueba es una prueba y dolor verdadero, tan verdadero como un cáncer o la pobreza o el hambre, pero la escrupulosidad, el rigorismo y el fariseísmo no son la esencia del catolicismo; no consiste en ello la imitación de Cristo. Nuestra actitud ante el pecado la expresa admirablemente San Juan: *¡Filioli mei!*... (Hijitos míos).

Para otros, la imitación de Cristo es un gran activismo apostólico, una multiplicación de esfuerzos de orientación de apostolado, un moverse continuamente en crear obras y más obras, en multiplicar reuniones y asociaciones. Algunos sitúan el triunfo del catolicismo únicamente en actitudes políticas; lo esencial para ellos es el triunfo de una combinación o de un partido; el cambio de un ministro, la salida de una profesora...

Para otros, lo esencial es una procesión de antorchas, un *meeting* monstruoso, la fundación de un periódico... Y no digo que eso esté mal, que no haya de hacerse. Todo es necesario, pero no es lo esencial del catolicismo. Cuando eso falla o no puede realizarse, no por eso dejo yo de imitar a Cristo. Cuando estoy enfermo y no puedo trabajar... Cuando preso, cuando vencido, cuando las fuerzas del mal se enseñorean, no por eso Cristo reina menos en la sociedad, no por eso se le imita menos.

Verdadera solución. Nuestra religión no consiste como en primer elemento en una reconstrucción del Cristo histórico (los que no supieran leer o no tuvieran letras, o vivieran antes de que se hubiera escrito el Evangelio); ni en una pura metafísica o psicología o política; ni en una sola lucha fría y estéril contra el pecado, que es una manifestación del amor, pero no el amor salvador; ni primordialmente en la actitud de conquista que puede darse en individuos muertos a Cristo por el pecado mortal; nuestra imitación de Cristo no consiste tampoco en hacer lo que Cristo hizo (nuestra civilización y condiciones de vida son tan diferentes).

Nuestra imitación de Cristo consiste en vivir la vida de Cristo, en tener esa actitud interior y exterior que en todo se conforma a la de Cristo, en hacer lo que Cristo haría si estuviera en mi lugar". [P.H.]



la regla de oro

PADRE HURTADO

Ec



ducador



Conocí al Padre Hurtado a comienzos de mi penúltimo año de Humanidades según se decía entonces, en 1941. Estuve a su lado, como dirigido espiritual, como colaborador en la Asociación de Jóvenes de la Acción Católica y como amigo, hasta el día de su muerte.

Las más de las veces nos veíamos en Ejercito 3 y en su pieza en el colegio San Ignacio. También, durante largos viajes a provincias, en machacones carros de tercera o en alguna helada casa de retiro. Por excepción —lo recuerdo perfectamente— una vez en la casa de mis padres de la calle Diagonal Oriente. Él venía de bendecir unas argollas de novios y yo estaba en la terraza. Conversamos con naturalidad, si se quiere de igual a igual. Ya los afares de ser sacerdote iban pasando y se vislumbraba mi vocación de profesor. Al padre le costaba entenderla:

la Sequentia de Pentecostés y otras por el estilo. Ojalá llegues a connaturalizarte con la vida litúrgica en el sentido más pleno, con el canto de los salmos, con la adoración eucarística. Lo que más te deseo —te lo repito una y mil veces— es que vuelvas con mucho espíritu de adoración, con mucha paz interior, con una gran disposición a ser un instrumento de Cristo. En esto está la Santidad”.

Este sentido de adoración, necesario siempre, me era particularmente importante luego de los ajetreos incesantes de la presidencia nacional de la Juventud Católica y de las intervenciones curiosas del obispo auxiliar de Santiago, que pusieron término a esas tareas.

Pero como el Padre Hurtado era práctico y estaba convencido de la bondad de la causa en que sus discípulos andábamos, escribe:

Formador d

“¡Qué extraña, qué distinta e inesperada... los caminos de Dios son diferentes a los del hombre...!”.

Tenía predilección por la juventud. Para ella se preparaba, buscaba renovarse, rezaba. Con prodigiosa memoria, llamaba a muchos por sus nombres. Era alegre y cordial y sabía establecer una relación que, sin ser perentoria, daba paso a la confianza y hasta la intimidad. Oía con atención total, sin prisa, y daba consejos específicos, ciertamente acertados. Es claro que se entendía mejor con los varones, aunque fueron numerosas las señoras que lo seguían de cerca y lo ayudaron a formar el Hogar de Cristo. Solía despedirse con un “adiós, patroncito”, precedido de un afectuoso golpe en la rodilla.

Me escribió a menudo. Cartas largas, entrañables y personales, fechadas en Barcelona, en Roma, en París. Reproduzco un párrafo cualquiera, en el que se evidencia su preocupación por una religiosidad honda y seria:

“Te recomiendo mucho que saborees oraciones como el Gloria de la Santa Misa,

“Creo indispensable que se informe al Vaticano sobre todos estos asuntos... Tú comprendes que Roma tiene que saber lo que pasa en Chile. Por eso redacten un informe dirigido a Monseñor Armando Lombardi (Secretario de Estado, Citá del Vaticano), que es la autoridad competente en los asuntos relacionados con la América Latina y que contenga una breve historia de las dificultades desde Jorge Gómez, Alberto Rencoret, Padre Hurtado y ahora... Eso cuanto antes”.

SU LEGADO

Me pregunto a la distancia de más de cuarenta años cuál es el legado fundamental que me dejó el Padre a raíz de la vinculación larga y estrecha a que he hecho referencia. La respuesta es clara: Una formación cristocéntrica intensa con acentuado sentido social y solidario, de amor cabal a la Iglesia, las Sagradas Escrituras y los sacramentos. Misa y comunión diaria, confesión semanal, dirección espiritual con sesiones periódicas eran parte del programa de vida que

Hugo Montes Brunet*

* Educador, Premio Nacional de Educación, 1995.



e jóvenes

proponía a los jóvenes. Nada aguado ni suelto. Exigencias que uno debía asumir libremente después de reflexiones personales tranquilas y despaciosas. Pero tales prácticas y otras como el rezo del rosario, suponían una conversión de vida, un entusiasmo por las cosas de Dios, un amor grande a N. S. Jesucristo. Era un mensaje apasionado y apasionante a la vez que equilibrado y coherente. Los jóvenes que lo escuchaban con buen corazón no podían quedar indiferentes. La personalidad atrayente del predicador concitaba respuestas generosas, de las que son testimonio elocuente las numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas nacidas de su palabra.

A través de toda una vida ejemplar, en fin, el Padre Hurtado lo encaminaba a que uno saliera de sí mismo y se entregara a los demás, al Señor en primer lugar.

El Padre Hurtado no nos envolvía en las polémicas que suscitó su obra. Buscaba siempre lo positivo. No recuerdo siquiera una palabra de crítica a quienes tanto lo criticaron. Era como si no diese importancia a las controversias. Prefería ciertamente continuar dando

su mensaje. No buscaba ahondar en la polémica ni aceptaba revolver en su corazón el menor espíritu de resentimiento.

AFÁN DE AVANZAR

Otro aspecto que recuerdo era su afán de avanzar en el estudio. En Las Brisas cerca de Santo Domingo, solía pasar semanas y semanas, no tanto para descansar, cuanto para preparar los retiros próximos. Leía en francés y en inglés. En más de una ocasión me puso enfrente de pasajes de *La Anunciación a María*, de Paul Claudel, drama de moda en esos años. Recién terminada la Guerra Mundial, dio una conferencia en la Universidad Católica acerca de la inmoralidad del uso de las bombas atómicas. Citaba con generosidad en sus libros y pláticas a los autores preferidos, el padre Pierre Charles, entre otros. De sus maestros hablaba con reverencia, sobre todo del padre Vives, del cual tenía una fotografía en su escritorio. Monseñor Manuel Larraín era el amigo que más evocaba en sus conversaciones y charlas.

A través de toda una vida ejemplar, en fin, el Padre Hurtado lo encaminaba a que uno saliera de sí mismo y se entregara a los demás, al Señor en primer lugar. Daba así un sentido al quehacer, al pensar y al sentir. Nadie se sentía aburrido o sin una misión luego de conocerlo y de escucharlo. Surgía en todos un afán de solidario deseo de avance espiritual y social. Los amigos nos juntábamos a comentar sus palabras y a recordar sus actuaciones. Nos entreteníamos leyendo sus libros y hasta imitando sus gestos y sus frases favoritas: "Un santo triste es un santo... Contento... Dar hasta que duela..."

Así formó a muchos jóvenes, de los más diversos ambientes y condiciones sociales o económicas. No hacía acepción de personas. Todos le interesaban por igual. Tenía sus preferidos, empero: los que aceptaban más de cerca su mensaje y se disponían a seguirlo con generosidad.

¡Cómo faltan más padres Hurtado en la vida de los jóvenes de hoy! Los que fuimos y seguimos siendo sus discípulos tenemos la responsabilidad de prolongarlo frente a las nuevas generaciones.

¡Qué él nos ayude desde el cielo, así como tanto nos ayudó en la tierra! **P.H.**

Alberto Hurtado:

El hombre es un ser que necesita educarse. Tiene que descubrir la razón de su estar en el mundo. No sólo hacer ese descubrimiento. Si eso únicamente hiciera, entendería lo que ha de llegar a ser: necesita aceptarlo. Porque, si no lo acepta, se queda sin su ser, afuera, no es.

Los grandes riesgos de un ser humano son, pues, el de no saber en qué consiste ser un hombre y el de saber en qué consiste y no atreverse a serlo. Sólo el que hace esto último se educa, pues educarse es hacerse hombre, serse: no es, simplemente, tomar conocimiento de la vocación humana.

Ni descubrir ni aceptar el propio ser es fácil. A veces la capacidad de oír está ensordecida; así que el llamamiento llega apenas audible. Otras veces la convocación es clara, nítida, sin confusión alguna; y, sin embargo, quien la recibe se sobresalta y trata de esquivarla, de sacársela de encima.

Por eso, es tan frecuente el hombre a medias, el que se mueve entre el no ser y el ser, el que se ha habituado a transar, el que posterga, una y otra vez, su consentimiento definitivo al llamado que lo convoca. Muchos seres humanos viven en una semieducación.

Pero hay, también, hombres que siguen decididamente su ser. A veces por hacerlo, sufren el abandono, la persecución. Ellos siguen. En ocasiones, las dificultades son tan rigurosas que quienes se interesan en su éxito los instan a capitular. Ellos siguen firmes en sus esperanzas. Sufren tanto como los demás. Lloran como otros lloran. Caen y tropiezan como otros caen y tropiezan. Y, sin embargo, su signo es la alegría. Dan la impresión de tener la certeza de que no será la injusticia la que dirá la última palabra y que la vida ganará la batalla final contra la muerte.

Cuando uno de estos hombres surge, en un grupo social, produce una fuerte conmoción. No porque cambie a las personas. En los hechos, algunas personas experimentan una clara transformación; pero otras, siguen igual; y alguna tal vez puede endurecerse más. La conmoción se genera porque ha aparecido un hombre. Porque lo que era un sueño, lo que se guardaba en los libros o se exponía desde la cátedra, el ideal humano, está ahora presente, tiene rostro y nombre,

se lo puede ver, oír, tocar. Se le ha revelado al grupo la altura a la que puede llegar la condición humana. Uno, como Jonás, puede huir a Tarsis; pero el mensaje ya fue recibido y, se acepte o no, sigue sonando en la intimidad.

ERA COMO ESTAR JUNTO A CRISTO

Quisiera, ahora, hablar sobre Alberto Hurtado, un hombre que siguió su ser y que

Gabriel Castillo I.*

* Educador, Premio Nacional de Educación, 1997.



Educ



ador

habitó entre nosotros.

Quisiera hablar. Porque no podré hacerlo. ¿Cómo explicar lo que un hombre de esa altura fue? Se puede contar lo que dijo, lo que escribió, lo que hizo. Pero ¿cómo dar cuenta de lo que era?

Si pudiera hablar de lo que era, podría dar una idea de su acción educadora, esto es, de la motivación al crecimiento humano que provocaba el ser que en él resplandecía.

No puedo hacerlo. No sé cómo hacerlo. Pero haré un esfuerzo de acercamiento.

Cuando murió el P. Hurtado, Manuel Larraín, el obispo de Talca, quiso resumir lo que el padre había sido comparándolo con Cristo. Para el obispo de Talca, Cristo había venido de nuevo a la tierra y se había ido.

Alguien habrá tomado esta relación como una hermosa imagen. Y no es así. Quienes pasamos varios años junto al padre lo podemos decir: la impresión básica que se tenía al estar con Alberto Hurtado era la de estar junto a Cristo. O, si así se comunica mejor, al estar con el Padre Hurtado, uno podía ya entrever lo que significaría estar con Cristo, o cómo se sintieron los que se encontraron junto a Él.

Quien estuvo junto a Alberto Hurtado ya no lee el evangelio sólo con sus palabras y sus hechos. Aunque sea desde muy lejos, podrá imaginarse la imagen del redentor, el tono y el énfasis de la voz, el gesto, la mirada. Quien vio a Alberto Hurtado rezar el Padre Nuestro tiene que haber sentido la confianza, la unción, la devoción con que el hijo de Dios se dirigía a su padre.

Quien estuvo junto a Alberto Hurtado tiene que sufrir serias dificultades con la imagen del Cristo serio y agobiado de las estampas. Alberto Hurtado era alegre. Tenía una capacidad inmensa de sufrir el dolor de los demás. Y, sin embargo, expresaba una persistente alegría. Cristo tiene que haber sido más alegre todavía. ¿Cómo no, si el Padre Dios estaba con Él y su ser se extendía en su plenitud?

Una tarde, con un grupo de compañeros dimos en imaginar cómo sería un día o una semana en la vida de Cristo. Cada uno había estado en distintos momentos de un día o de una semana con Alberto Hurtado y había quedado impactado con la manera como hacía donación de su vida. No se trataba sólo de que estuviera ocupado mucho tiempo en el servicio de los demás, sino que a cada cual se diera totalmente. Si alguien estaba cinco minutos con él, salía de ese encuentro seguro de que el padre había guardado ese tiempo sólo para él.

Por eso nos preguntábamos: ¿Cómo sería un día en la vida de Cristo? ¿Qué será el tiempo para un hombre que se deja comer como un pan por la gente? ¿En qué momen-



EL P. HURTADO RESPONDIÓ AL LLAMADO HASTA EL FIN

Esto es lo que sucede cuando se quiere hablar de un educador.

De un pedagogo se puede analizar su pensamiento educativo y su particular aporte a la historia de la educación. De un especialista en educación es posible comentar su saber sobre sistemas y procesos educacionales. De un instructor se puede dar a conocer su habilidad didáctica. Pero, ¿de un educador qué se puede decir? Un educador puede ser, al mismo tiempo, pedagogo, especialista en educación e instructor. Pero lo que le da su carácter no es ni su aporte al pensamiento educacional, ni su conocimiento ni su habilidad, sino su capacidad de provocar educación, su capacidad de revelarle a otro el ser que espera manifestarse en él.

El educador no causa la educación en otro. La propia educación es una decisión que toma, sobre sí, cada cual. Lo que el educador hace es darle, a un hombre, la buena nueva de su llamamiento al ser, la gran noticia de que la nueva sociedad no se hará sin él, y que la naturaleza entera espera su aporte en el cuidado de la vida. Tal revelación no la entrega el educador, con las palabras, sino con el ser que pone detrás de ellas. No la muestra con los hechos, sino por el ser con que interioriza esos hechos. El educador habla y actúa; pero antes que nada, es. De modo que, desde fuera, parece que educa hablando palabras y realizando acciones: pero, desde adentro, se advierte que educa realizando su ser, siendo.

Eso fue Alberto Hurtado entre nosotros. Lo llamó, un día, el Padre Dios y Alberto contestó afirmativamente. Lo llamó, también, el pobre y Alberto se puso de su lado. Muchos hombres lo solicitaron y él estuvo dispuesto. Lo buscaron el ser y el amar y se fue tras ellos. Y descubrió que los llamamientos no eran varios sino uno: Que cuando el hombre llamaba, Dios llamaba; que cuando el pobre mostraba su abandono era la sociedad total la que clamaba por justicia; que cuando el ser llevaba a alguien hasta el amar, el amar lo iba a dejar junto al ser.

Alberto Hurtado siguió ese llamado único y plural y lo siguió hasta el fin. Y de allá volvió y vino a contárnoslo a nosotros. [P.H.]

to Jesús descansar? A Nicodemo lo recibió en la noche. ¿Cuántos más lo buscaron a esa hora?

Esta relación entre el Padre Hurtado y Cristo era, para nosotros, una realidad frecuente. No sólo porque el padre nos hablara constantemente de Jesús o porque viera en cada ser humano, particularmente en cada pobre, el rostro del hijo de María. Lo que más lo asemejaba a Cristo era la alegría y la fuerza que producía su presencia como fruto de la habitación que, en él, parecía hacer el anhelo de Dios.

Cuando alguien ha sido testigo de un acontecimiento sorprendente suele tener graves dificultades para explicarlo. Tiene gestos y palabras que aluden al hecho, pero que no lo describen. La gente le pide que trate de abandonar su reacción subjetiva y se empeñe en narrar, en objetivar su testimonio. Él lo intenta. Sin embargo, no puede evitar a cada instante el rompimiento de su relato con la frase "Habría que haber estado allí". El testigo se resiste a contar el afuera de los hechos. Y aunque para los otros la frase no comunique nada, él la repite porque no puede evitarlo, porque sabe que allí reside la verdadera historia. Con el "Habría que haber estado allí" desea dar cuenta de lo que efectivamente ocurrió.

Eso fue Alberto Hurtado entre nosotros. Lo llamó, un día, el Padre Dios y Alberto contestó afirmativamente. Lo llamó, también, el pobre y Alberto se puso de su lado. Muchos hombres lo solicitaron y él estuvo dispuesto.



Obras del P. Hurtado

“Revista *Mensaje* es una de la obras, de las tantas y fecundas iniciativas, que dejó como legado Alberto Hurtado Cruchaga. Ningún medio más indicado entonces para recordarlo, especialmente cuando en el presente año se cumplen un siglo desde su nacimiento y exactamente 50 años desde la aparición del primer número de *Mensaje*.

Es, pues, una fecha cargada de simbolismo para la Compañía de Jesús, para el mundo católico y para todos los chilenos. El Beato Hurtado, más allá de su fe y de sus creencias, enseñó con sus obras y estas pertenecen y son responsabilidad de todo Chile.

Y eso es algo que todos debemos tomar en cuenta y mirar como lección. Porque es fácil hacer promesas y establecer principios; lo difícil es vivir de acuerdo a ellos y encarnar esos principios en obras, en obras que permanezcan, en obras que ayuden efectivamente a quienes más lo necesitan.

Los pobres. Los vagabundos. Los jóvenes. Los campesinos. Los huérfanos. Ellos fueron el objeto de su preocupación. De ahí su esfuerzo por concretar obras que los ayudaran, de manera muy concreta y desde luego desinteresada. Y, como es por todos sabido, tuvo éxito en esta

tarea. Ahí están las instituciones que él fundó para dar testimonio de su iniciativa creadora, al servicio de la gente, al servicio del país.

Pero también le preocupaban el país, el destino de Chile, su rumbo. Alberto Hurtado fundó la revista *Mensaje* para actualizar y promover la reflexión cristiana sobre los desafíos de Chile. En ello fue visionario, como en tantas otras áreas. Y *Mensaje* ha sido un medio que ha dado firme testimonio del humanismo, la generosidad y la amplitud de su fundador.

Por ello, en esta oportunidad, junto con participar del homenaje a Alberto Hurtado, un hombre ejemplar que se ha ganado el cariño y el respeto de todos los chilenos, quiero también saludar a uno de los medios más antiguos vigentes del periodismo nacional.

Alberto Hurtado hizo de Chile un país mejor, con un rostro más humano. Un país más solidario. Un país más generoso. Y lo hizo a través de obras y gestos muy concretos. Y por ello está en el corazón de todos los chilenos”.

Ricardo Lagos
Presidente
República de Chile

Alberto Hurtado:

Signo y apóstol de la solidaridad



La figura del Padre Hurtado se ha convertido en un símbolo de la entrega a los demás y del amor a los pobres y necesitados. Su vida es un verdadero modelo de lo que significa una solidaridad evangélica.

Fernando Montes, S.J.*

Muchas veces en Chile hemos contrapuesto la solidaridad asistencial y la justicia. A algunos les parece inconveniente darle un plato de comida al pobre porque eso no va al fondo estructural de los problemas. La justicia global parece importar más que las personas. Alberto Hurtado percibió que era fundamental alojar a un pobre en una noche de invierno, porque ese infortunado no podía esperar el otro día para espantar el hambre y el frío. Pero, al mismo tiempo, sintió con fuerza que era necesario trabajar simultáneamente por la justicia y por un cambio de estructuras. Caridad y justicia no se contraponen; se necesitan y complementan mutuamente cuando hay que enfrentar al

hombre concreto. Esta mirada con doble dimensión es profundamente cristiana.

CONOCIÓ EN SU PERSONA LA POBREZA

Siendo niño, Alberto Hurtado perdió a su padre. La pequeña familia, formada por la viuda y sus dos hijos, quedó en una muy precaria situación económica. Comenzó entonces un largo peregrinaje para ese grupo que debió vivir como «allegado» en casa de tíos y parientes. Los hermanos de doña Ana, la madre de Alberto Hurtado, tuvieron siempre mucha caridad y delicadeza para no hacer sentir esta situación, pero el hecho era en sí doloroso. Los niños debieron estudiar en el colegio gozando de una beca. Ciertamente no se trataba de la pobreza de los marginados, pero era tal vez más humillante, aunque no se carecía de lo más fundamental como la educación, la alimentación, el vestido y la casa.

En el ambiente del hogar, el futuro jesuita conoció el respeto y la preocupación por el pobre, pues la madre participaba asiduamente en un patronato organizado por los padres franciscanos. Ella solía repetir que *«es bueno tener las manos juntas para rezar, pero es mejor abrirlas para dar»*.

* Artículo publicado en agosto de 1993.

SU PRIMERA FORMACIÓN SOCIAL

Sin embargo, lo que más marcó la vida del P. Hurtado fue su relación con el padre Fernando Vives, su director espiritual en el colegio San Ignacio. Este hombre tuvo la sensibilidad para captar los cambios que se producían en el mundo y que hacía absolutamente inadecuada una solución «paternalista» al problema de los pobres. Él previó que era necesario introducir profundas reformas en la estructura social y económica del país si se quería evitar una explosión social. Era necesario formar líderes obreros que pudiesen actuar libres de la tutela de los partidos para defender los intereses de los trabajadores. En torno a ese sacerdote se empezó a hablar abiertamente de promover el movimiento sindical. Tales ideas obligaron al maestro a salir de Chile más de una vez, porque su doctrina parecía imprudente. La segunda salida significó una ausencia de la patria que se prolongó por 14 años. Desde la distancia tomó conocimiento de que su discípulo había entrado a la Compañía de Jesús y lo siguió formando con una correspondencia llena de aprecio, buen sentido y religiosidad. Se cuenta que a su vuelta a Chile y poco antes de morir habría dicho a sus amigos: «*Yo estoy viejo y cansado... pero ayuden al que ha de venir...*». Se refería entonces a su discípulo Alberto Hurtado que había viajado a Europa a proseguir sus estudios. La semilla estaba echada. La doctrina social de la Iglesia encontraba no sólo nuevas formas y contenidos, sino nuevos apóstoles.

El Padre Hurtado había asimilado y profundizado las ideas recibidas en el colegio. El tema que escogió para hacer su memoria de abogado es sintomático de una inquietud social profunda: «El trabajo a domicilio». Allí, entre otras cosas, insistía en la necesaria intervención de la autoridad para establecer justicia en las relaciones laborales, lo que supone una especial atención a los más débiles.

LA EVOLUCIÓN SOCIAL DE UN APÓSTOL

Al volver a Chile, el Padre Hurtado comienza un intenso apostolado. El flamante doctor en Educación dedica la mayoría de

sus fuerzas a la educación y a la dirección espiritual. Clases en el colegio San Ignacio, en la Universidad Católica, en la escuela nocturna que funciona cerca del colegio, conferencias y retiros, llenan el tiempo del joven sacerdote. Más adelante entrega muchas de sus energías a la Acción Católica de jóvenes. Sin embargo, desde un comienzo, la dimensión social del cristianismo es medular en su mensaje religioso. En esto fue realmente un precursor de las grandes opciones de la Compañía de Jesús en el último cuarto del siglo XX. Hay un constante llamado a abrir los ojos para mirar con honestidad la realidad social del país y a tomar conciencia de que tal realidad se contradice con el pretendido cristianismo de nuestra patria. Fruto de esta perspectiva es el libro *¿Es Chile un país católico?* Él va a acelerar un proceso creciente de toma de conciencia de la necesidad de cambiar en profundidad las costumbres, valores y estructuras que producen injusticia.

EL HOGAR DE CRISTO, LA ASICH Y MENSAJE TRES CARAS DE LA SOLIDARIDAD

En los últimos ocho años de su vida, el P. Hurtado, junto a su trabajo educativo y específicamente espiritual, se dedicó a la fundación de tres obras: Hogar de Cristo, Asich y *Mensaje*. Para comprender la magnitud de su solidaridad es necesario asumir esas tres fundaciones como dimensiones complementarias y necesarias del trabajo social. El extraordinario y providencial desarrollo del Hogar y la ulterior desaparición de la Asich, en cierto sentido pueden haber empobrecido y hasta distorsionado la polifacética figura de su fundador.

En esos últimos años, el P. Hurtado fue explicitando más y más las consecuencias de sus opciones sociales. Pero esa evolución no fue negando lo valioso de las etapas precedentes. Al dedicarse más intensamente a lo social, no abandona el trabajo espiritual; al preocuparse por lo sindical, no abandona lo asistencial; al encarar el mundo de la cultura y de la creación de una nueva mentalidad en un mundo intelectual y profesional, no deja su contacto con los más pequeños. A menudo avanzamos restándole valor a lo anterior, como si fué-



mos superando etapas. El Padre Hurtado supo integrar y profundizar con mucha coherencia el conjunto de sus experiencias.

Conmovido por la indigencia de los más pobres, por el abandono de los niños y por las miserias que veía, el Padre funda en 1944 el Hogar. La obra marcada por el sello de su fundador ha seguido evolucionando, abriendo surcos, expandiendo extraordinariamente las rutas de la solidaridad. Hogares de menores, centros abiertos, hogares de ancianos, policlínicos, hospederías, talleres de capacitación, viviendas, se han ido esparciendo de norte a sur del país; e innumerable cantidad de otras instituciones e iniciativas, como Infocap para formar y capacitar a los más pobres, algunos centros de rehabilitación de drogadictos y alcohólicos, etc., han recibido también el apoyo del Hogar de Cristo para llevar adelante sus programas. La conciencia solidaria del país tiene en la institución fundada por el Padre Hurtado uno de sus principales focos.

HUMANISMO SOCIAL

Sin embargo, el Padre Hurtado era cada vez más consciente de que «*la caridad comienza donde termina la justicia*». Su importante libro *Humanismo Social* aparece en 1947 y él nos dice que ahí está «*el fondo de lo que he predicado durante tiempo*». Poco cuidado tal vez en su forma, sin pretensiones de novedad ni de espíritu científico, ese texto es testigo de lo que significa la dimensión social del cristianismo. Precisamente en ese año el Padre Hurtado pasa un período largo en Europa. Tiene allí la oportunidad de conocer personas como el Cardenal Suhard y experiencias como la de los sacerdotes obreros, que lo impresionarán profundamente. Se encuentra con el superior general de la Compañía de Jesús y con el Papa Pío XII, quienes lo alientan en su proyecto de emprender un trabajo en el mundo obrero para procurar su formación y organización. De vuelta de Europa, nace la Acción Sindical Chilena (Asich). Es un paso importante en la evolución del apostolado del Padre Hurtado. Muchos de los que lo habían seguido hasta la fundación del Hogar rechazan este nuevo paso del amor encarnado al prójimo.

En 1949, el Padre escribe *El orden social cristiano* y al año siguiente su libro sobre el sindicalismo.

Su lucha por la justicia se inserta ciertamente en su profundo amor al Señor y en la idea casi mística de que en el pobre está Cristo.

Es iluminador conocer las aprensiones que tenía el Padre Hurtado frente a un tipo de inquietud social que descuidaba, en Europa, la más profunda formación religiosa tradicional. Escribía a un jesuita amigo: «*Se han dado cuenta muchos sacerdotes de la inmensa apostasía obrera por falta del cumplimiento de la justicia y caridad y esa visión los absorbe, esto los va a dejar a corto plazo sin dirigentes auténticamente cristianos, sino con hombres con mística social, pero no cristiano-social*». El Padre Hurtado tuvo una visión de justicia clara pero no absorbente, pues supo integrar armónicamente las diversas dimensiones del cristianismo y nos ofreció una imagen polifacética de la solidaridad.

HACIA LOS PROFESIONALES E INTELLECTUALES

La preocupación cada vez más global del impacto de una nueva cultura que ejercía su influencia sobre todas las dimensiones de la vida, llevó al P. Hurtado a extender hasta el mundo de los profesionales e intelectuales una visión que marcara de fondo los valores de la sociedad. Hoy hablaríamos de la evangelización de la cultura. Para responder a ese desafío funda, cuando ya la enfermedad estaba en su cuerpo, la revista *Mensaje*. No es sino otro aspecto de un gran designio que toma al hombre y a la sociedad en toda su complejidad. Él quería anunciar un mensaje cristiano para el mundo de hoy, según la expresión suya que se ha con-

En un país que quiere reconstruir su tejido social, la figura de este apóstol muestra un camino integral de solidaridad cristiana. Él es en nuestra patria realmente un símbolo de unidad.

EL P. HURTADO QUISO TRABAJAR COMO OBRERO

En 1947, el P. Hurtado tuvo tres largas entrevistas con quien fue su maestro en Bélgica y era en ese momento Superior General de la Compañía. El Padre escribió a su Provincial una relación detallada de todo lo que él habló con el Superior General. Extractamos algunos párrafos de esas memorias: impresiona la sabiduría de los consejos del P. Janssens, que el P. Hurtado tratará después de aplicar, y sus deseos de experimentar personalmente el trabajo como obrero.

"Solicité permiso al P. General para ir un tiempo a Economía y Humanismo, de los Padres Dominicos, a fin de conocer sus métodos de investigación social, permiso que me concedió inmediatamente. Le pregunté si me permitía trabajar un tiempo como obrero de fábrica en Francia, ya que en Chile me sería difícil. Me dijo: creo que sacaré poco resultado en Francia, porque las condiciones son tan diferentes. Le insistí en la necesidad de conocer el sufrimiento obrero en forma más experimental. No veo claro el provecho para usted, me dijo, pero le dejo libertad para que usted resuelva. Ahora, si usted quiere hacerlo en Chile, ahí sí que creo le sería provechoso... Aunque, claro, sería un escándalo, pero si su Provincial lo aprueba, por mí no hay dificultad".

vertido en divisa de la revista.

La revista debía atreverse, aun a riesgo de equivocarse, a asumir los problemas concretos que enfrenta nuestra sociedad. En sus ya 50 años de vida, ha sido sin duda un aporte importante de los cristianos a la conciencia social, a la defensa de los derechos humanos y a la verdadera modernización del país. Ha tenido posiciones discutibles que podrían haberse evitado, pero en la línea fundamental ha estado en el verdadero sentido de la historia, que debe ir creando en Chile una sociedad más igualitaria y justa. Releyendo los escritos del Padre Hurtado, se puede decir que esta publicación ha sido sustancialmente fiel a su fundador que sentía apasionadamente los dolores e injusticias de su patria. Muchos de los que criticaron la posición de la revista ante el problema de los derechos humanos, reconocen hoy que ella dijo la verdad. De haber sido oída, muchas penurias y conflictos que aún perduran se habrían evitado. Curiosamente, quienes callaron o negaron los hechos pasaron a la historia como prudentes. Ese tipo de prudencia no le hubiese gustado al fundador de *Mensaje*.

UNA VISIÓN INTEGRAL DE LA SOLIDARIDAD

En un país que quiere reconstruir su tejido social, la figura de este apóstol muestra un camino integral de solidaridad cristiana. Él es en nuestra patria realmente un símbolo de unidad. Colocado por encima de todas las diferencias políticas, no rehuyó sin embargo bajar a las cosas más concretas basado en su amor a Dios y al hombre. Por eso, él nos ofrece un modelo que actualiza entre nosotros la solidaridad que nos enseñó Jesús. Allí se amalgaman en una extraordinaria unidad la educación y la acción directa, la caridad y la justicia, la persona y las estructuras, lo religioso y lo social, el hombre y Dios.

Muchos han seguido al Padre Hurtado sólo en un aspecto de su compleja visión del mundo y del hombre... pero el futuro de Chile necesita de esta visión totalizante de la solidaridad, que desgraciadamente algunas veces puede acarrear conflictos y tensiones, pero que está en el camino encarnado de Jesús de Nazareth. **P.H.**



Ilustre Municipalidad de La Reina

EN LA COMUNA DE LA REINA

TRATAMOS DE SEGUIR LA
HUELLA INDELEBLE DE

Amor y Solidaridad

que nos dejara el

Padre
Hurtado

Sanctus Spiritus



LA OBRA VOCACIONAL DEL P. HURTADO



Noviciado cuya construcción se encargó al P. Hurtado. Hoy Casa de Ejercicios.

Sin duda alguna una de las “obras” más importantes realizadas por el P. Hurtado en sus cortos 16 años de trabajo fue el fomento de las vocaciones sacerdotales. Muchos de los que conversaron con él su vocación siguen todavía sembrando la semilla que entonces recibieron. Ellos han multiplicado a lo largo de los años y han hecho fecundo el sacerdocio del Patroncito. Por eso, esta obra vocacional en cierto modo continúa.

Es normal que una persona con el atractivo personal que él poseía, fuese su imán para atraer vocaciones. Muchos jóvenes, viendo a este jesuita entregado a los demás, lleno de Dios, alegre, con sensibilidad por los problemas del pobre, viril y entusiasmado, sintieron los deseos de hacer el mismo camino.

Desde su llegada a Chile, el Padre Hurtado se impactó por la crisis sacerdotal y escribió a ese respecto un libro. Más adelante, preguntándose si Chile era un país católico, subrayó la falta grave de sacerdotes en el país. En los últimos años, sin descuidar nunca la promoción vocacional, que era para él algo fundamental, insistió también en la promoción del

laicado y en la necesidad de suscitar vocaciones laicales comprometidas.

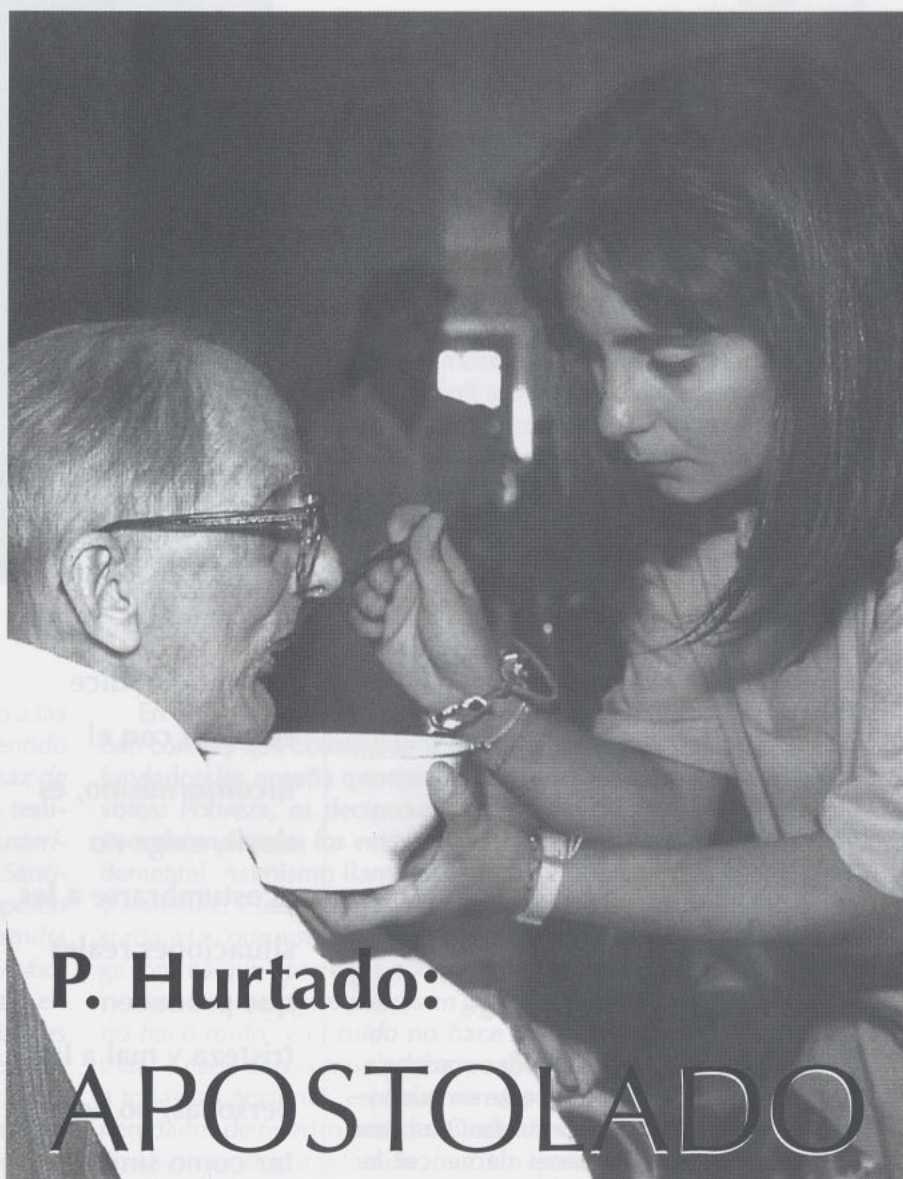
Más que un trabajo directamente “vocacional”, el P. Hurtado se preocupó de generar una experiencia espiritual profunda y apostólica. Por medio de la dirección espiritual y de los Ejercicios de San Ignacio fue moldeando el corazón de centenares de muchachos. Su primo y ahijado Carlos González nos cuenta en un librito su experiencia como dirigido del Padre Hurtado y la delicadeza de este para respetar su vocación.

El trabajo en el área vocacional le atrajo a Alberto Hurtado algunas dificultades. Lo acusaron de desviar hacia la Compañía de Jesús a todos los jóvenes que conversaban con él. Se llegó a decir que mandaba a los jesuitas la “crema” y que dejaba para el clero la “leche descremada”. Él se sintió y consideró injusta esta apreciación. Escribió al respecto una larga carta a monseñor Caro explicándole su modo de trabajo y los criterios que empleaba. El Arzobispo le contestó el 21 de julio de 1944: “He leído con todo interés su memorial sobre su actuación como asesor de la Juventud Católica en relación con las vocaciones sacerdotales. Lo encuentro muy satisfactorio, aun para los que tuvieron alguna prevención contraria a su labor. Por mi parte, me es grato reiterarle que mi confianza en su valiosa cooperación, lejos de debilitarse, se confirma y acrecienta...”.

Se dice que más de cien muchachos trataron con el P. Hurtado el problema de su vocación. **[P.H.]**

En los trabajos más importantes del P. Hurtado estuvieron presentes las mujeres. Tanto en el Hogar de Cristo como en la ASICH, se preocupó de organizarlas en pequeños círculos de acción. En el contexto de las grandes diferencias sociales y económicas de los años cuarenta, el P. Hurtado comparte con las mujeres sus profundas inquietudes religiosas y sociales. Como pastor y hombre de acción, se interesa por orientarlas y acompañarlas en un compromiso integral, a fin de enfrentar los nuevos desafíos que presenta la sociedad desgarrada por conflictos e injusticias.

A través de algunos escritos del P. Hurtado y de la conversación con personas que lo conocieron, podemos descubrir facetas importantes de su pedagogía pastoral. No sólo se aprecia su cercanía y sencillez, sino también su conocimiento de las vivencias propias de las mujeres. Por eso, al dialogar con ellas podía partir de su realidad concreta: los dolores cotidianos, la familia, el trabajo. Para el fundador del Hogar de Cristo, una mujer de profunda fe es capaz de *derramar a Jesús* no sólo en su familia, sino también en el trabajo y en su barrio. De esta manera, la mujer podía y debía participar en la gran *misión social* que el P. Hurtado quería im-



P. Hurtado: APOSTOLADO con la MUJER

pulsar a lo largo del país. Animado por un gran amor a los pobres y marginados de su tiempo, él estaba convencido de que era posible transformar a Chile en una sociedad más justa y fraterna y que la mujer tenía en esta tarea la gran responsabilidad de entregar su amor, su fuerza y su originalidad.

De hecho, muchas de sus confidencias y enseñanzas sobre el pobre, y su visión del apostolado, las entrega en charlas y retiros dados a mujeres.

■ Mónica Poblete I.*

* Psicóloga. Artículo publicado en septiembre de 1994.

LAS MUJERES Y EL APOSTOLADO

Lo que más le interesaba al P. Hurtado era motivar la acción apostólica de las mujeres. Por ello puede decir que *“la señora de buen corazón, la mujer honrada, preocupada de su casa, pero que no piensa en el prójimo, es mundana completamente”*. Y así nos cuestiona en un nivel profundo. En efecto, por muy importante que sea la familia, el marido y los hijos, es preciso y urgente ir más allá y salir de la casa. El evangelio nos llama a servir a los demás, a los que están lejos, a los que más nos necesitan. De esta manera, Alberto Hurtado muestra la importancia que tiene el apostolado: *“Si vosotras le quitáis el cuerpo al apostolado, habrá almas que dejen de conocer a Cristo”*. Y el apostolado se desarrolla en todos los rincones de la sociedad, en la familia, en los barrios, en las fábricas, en las organizaciones sociales y sindicales. Las mujeres deben convertirse en apóstoles, ser misioneras del evangelio. En un retiro, el P. Hurtado les presenta los rasgos principales que deben caracterizar a “las mujeres con alma de apóstol”.

MUJERES INCONFORMISTAS

Para que las mujeres puedan mostrar a Cristo y transformar el ambiente en que viven tienen que *“ser soñadoras, idealistas, con corazón positivo”*, capaces de vencer la amargura. Por ello, insiste el P. Hurtado, es necesario que las mujeres sean como quijotes, con mirada amplia, almas grandes, inconformistas, que no pactan con el mal ni se resignan a los males del presente. En el fondo, deben ser capaces de superar el pecado de omisión al que nos arrastra el conformismo del ambiente, o actitudes como querer quedar bien, mantener amistades que, muchas veces, nos llevan a tolerar el mal. Pero, al mismo tiempo, para él no se puede medir la vida sólo por el criterio del pecado, sino por la ley del amor. Parafraseando a León Bloy, él dice: *“La única tristeza digna de un cristiano es la de no ser santo. Santo es inconformismo con todo lo malo...”*. La santidad dice relación con el inconformismo, es decir, exige no acostumbrarse a las situaciones reales que producen tristeza y mal a las personas, no aceptar como simple

La santidad dice relación con el inconformismo, es decir, exige no acostumbrarse a las situaciones reales que producen tristeza y mal a las personas, no aceptar como simple fatalidad los hechos de injusticia y mentira.

fatalidad los hechos de injusticia y mentira. Para lograrlo, el P. Hurtado aconseja alimentarse con la oración, el discernimiento constante y la Eucaristía.

ORGANIZARSE DE LO PEQUEÑO A LO MÁS GRANDE

Todo apóstol que no trabaja y que sólo desarrolla una labor puramente personal e interior, no sirve. *“Gasten tiempo —les dice el P. Hurtado a las mujeres que colaboraban en sus obras— en reuniones, secretaría, kardex, cuotas, todo lo necesario de organizar para que el bien sea más grande y duradero. Algunas personas indiferentes y soberbias no se resignan a ser ruedas de un engranaje. Hay que pertenecer a la maquinaria, que hace obras grandes y extensas... id juntas en el tren que Él va a conducir”*. Se manifiesta aquí una pedagogía que consiste en ir entusiasmando a las mujeres en el compromiso de organizar pequeñas acciones para llegar a lo más grande, para llegar a lo que es hoy día el Hogar de Cristo y otras obras. Se trata de organizar no sólo la labor personal e interior, sino de comprometerse con aquellas pequeñas labores que en el conjunto del engranaje van a resultar en una gran obra. La unidad de los diversos y sencillos aportes conduce a insospechadas realizaciones.

TRABAJAR CON ALEGRÍA

Es preciso, enseña el P. Hurtado, *“gastarse en el trabajo, no sólo dar órdenes, sino*



ejecutarlas. *'Si el grano de trigo no muere, no da frutos'... hay que ser constructivo. Que el buen propósito no dure lo que las ganas... deben trabajar llueva o no llueva, con frío o con calor, con salud o sin ella*". Y todo esto con alegría: *"Hacer apostolado de la alegría, de la sonrisa... si sois alegres es señal infalible de que estáis en la gracia de Dios"*. Es necesario darse siempre, preocuparse por los demás, ser alegría para el que está triste. Esto implica estar alegres, hacer la caridad con alegría: *"Andar arregladitas... no hagan que la religión y la caridad tengan que ser con facha de cateca triste"*. En medio del trabajo, cultivar la adhesión personal a Jesús y preguntarse siempre: ¿Qué haría Cristo en mi lugar?

SANTIDAD Y HEROÍSMO, NO MEDIOCRIDAD

"Sean heroicas y santas", dice el P. Hurtado a las mujeres. *"Necesitamos mujeres que tengan sentido heroico de la vida... La mujer moderna es capaz de una concepción heroica de la vida"*. Para un testimonio cristiano y transparente *"debe haber austeridad... No una vida centrada en la vanidad. Santidad y heroísmo, no mediocridad. No la concepción burguesa de la vida, en que las mujeres y su familia van el domingo a Misa, pero mínimo trabajo, máximo dinero y comodidad"*. El P. Hurtado es claro en mostrar la necesidad y las condiciones de mujeres apóstoles que rebasan el ámbito de lo doméstico, de lo familiar, para empaparse del Señor e ir avanzando en una vida centrada en la santidad austera, de un Cristo en la pobreza. La mujer apóstol se pregunta siempre qué hacer por Cristo en adelante y se dispone a orar y trabajar al mismo tiempo.

A un numeroso grupo de "oficinistas", el P. Hurtado le muestra la importancia de seguir a Jesús con toda la vida. Les decía: *"Se necesita heroísmo. Entregarse por entero a Dios con generosidad. Para la santificación de nuestras almas, hay una vida, un Señor a quien imitar, que es Cristo. Contemplémoslo en su vida pública. Ese hombre de carne y hueso, igual a nosotros; imaginarlo en las diferentes etapas de su vida en Nazaret. Ese hombre es Cristo Jesús. Está unida su naturaleza humana a su naturaleza divina"*. El cristianismo que muestra Alberto Hurtado significa en primer lugar un seguimiento de Jesús, un seguir sus criterios y recrearlos en nuestra propia existencia. De ahí la importancia de mirar al Jesús de los evangelios, contemplar su vida pública, sus relaciones con la gente, con las autoridades, con las mujeres y hombres que lo acompañaban, ver el modo cómo enfrentaba las diversas y a veces con-

flictivas situaciones. De esa manera podemos también nosotros aprender a vivir como Jesús. Sólo de esa manera podremos amar sin condiciones, servir incansablemente, solidarizar con los desesperados, hacer el bien que nuestra historia necesita. Y viviendo como Jesús aprenderemos también a morir como Él murió. *"Ser santa con humildad, aceptar nuestros defectos... y cuando llegue el momento de la muerte decir: 'Contenta, Señor, contenta'"*.

Jesús, que nos ama a cada uno en particular y que sabe cada uno de nuestros problemas y enfermedades, se preocupa de cada persona... *"A cada uno nos tiene un camino distinto de santidad. Ser santa es aceptar la voluntad de Dios, diciéndole: 'Estoy contenta con todo lo que me mandes'"*.

LOS CUATRO VOTOS

En un retiro en 1943, a las mujeres que trabajaban con él y que constituían el grupo más cercano y fundador, les enseña que tienen que realizar cuatro votos: *Pobreza*, es decir, no hacer gastos inútiles, *"no viviendo para los embelecados"*, vivir con lo fundamental. Asimismo llama a vivir con moderación y sencillez. Cuestiona la ostentación ridícula y absurda. Hay que aprender a ser generosas; quien tenga fortuna que aprenda a compartirla, *"hay muchas ricas en fortunas, pero pobres en generosidad; el bien no hace ruido, y el ruido no hace bien"*. Llama a tratar a cada uno como se debe, con respeto y amor a todas las personas, especialmente a los más desheredados de nuestro mundo. *Castidad*, vivir amando a sus maridos, a la familia, pero sin que este amor prevalezca al amor de Dios. El amor casto hace prevalecer el amor de Dios. *Obediencia*, a las autoridades de la Iglesia, a sus propios padres, al esposo, sobre todo a la gracia de Dios.

Finalmente, el voto que me parece más fundamental: *Obediencia al pobre*, tener el sentido del pobre, dar testimonio y obedecer al pobre. Hacer lo mejor posible en las tareas que pretenden levantar a los más desposeídos. Me pregunto cómo vivir hoy estos cuatro votos. ¿Qué significa en la actualidad ser obediente al pobre? He aquí un desafío siempre presente.

Como se puede observar, con las mujeres el P. Hurtado va mostrando una espiritualidad que parte del dolor, de la vida diaria, de las inquietudes de la época, de las personas concretas que rodean nuestra vida y, sobre todo, de la necesidad de que la mujer en particular se convierta en discípula de Jesús y colabore, a la vez, en la transformación social y en la superación de la pobreza. **P.H.**

Finalmente, el voto que me parece más fundamental: Obediencia al pobre, tener el sentido del pobre, dar testimonio y obedecer al pobre. Hacer lo mejor posible en las tareas que pretenden levantar a los más desposeídos.



Una tarde de octubre de 1944, el Padre Alberto Hurtado sintió un designio divino y removió muchas conciencias para iniciar su gran obra. Desde entonces, miles de hombres, mujeres y niños, hijos de la miseria, han podido acceder a una vida digna como consecuencia de que a otros tantos les ha inculcado un sentido social que los ha instado a dar...

El Hogar de Cristo o

Blanca Arthur*

Hay dolor en sus rostros, soledad en sus almas, abandono... pero también esperanza. Han golpeado una puerta y esa puerta se les ha abierto.

—¿Por qué está aquí?

—Porque no tengo a nadie.

El obrero de 35 años clava su mirada. Parece sonreír con sus ojos tristes. La noche anterior había dormido en un banco de la plaza en Miraflores al costado del Cerro Santa Lucía y alguien le dijo que podía ir hasta allí.

Como él, muchos, muchos más. Cientos, miles de hombres, mujeres, jóvenes o niños son los que encuentran acogida. Todos aquellos que viven en el desamparo, para quienes la vida no tiene sentido o cuyo único horizonte es irse de este mundo.

Esa puerta que se les abre es la del Hogar de Cristo. La gran obra del Padre Alberto Hurtado o quizás su gran milagro... un verdadero milagro de amor.

Es difícil imaginar qué habría ocurrido con tantos niños vagabundos o pobres desamparados, si este sacerdote jesuita no hubiera sentido un día ese impulso que él mismo vio como un designio de la Providencia.

Era 1944. La tarde de un 19 de octubre. Estaba predicando un retiro a un grupo de señoras de la sociedad santiaguina. En el segundo día, el tema era el sentido del Cuerpo Místico de Cristo, pero sin proponérselo él y sorprendiendo a su auditorio, se quedó en silencio y antes de seguir adelante con sus observaciones teológicas reflexionó acerca de lo que le había ocurrido la

noche anterior:

"Tengo algo que decirles. ¿Cómo podemos seguir así? Anoche no he dormido y a ustedes les habría pasado lo mismo al ver lo que yo vi. Llegaba a la casa cuando me atajó un hombre en mangas de camisa a pesar de que estaba lloviznando. Estaba demacrado, tiritando por la fiebre. Ahí mismo, a la luz del farol, vi cómo estaban inflamadas sus amígdalas. No tenía dónde dormir y me pidió que le diera lo necesario para pagarse la cama en una hospedería. ¡Hay centenares de hombres así en Santiago y son nuestros hermanos, realmente hermanos!"

Estaba sobrecogido. Su rostro lo reflejaba y prosiguió:

"Cada uno de esos hombres es Cristo. ¿Y qué hacemos por ellos? ¿Qué hace la Iglesia católica por esos hijos de la calle que duermen en los huecos de las puertas y suelen amanecer helados? Y eso pasa en un país cristiano. Esta noche un mendigo puede dormir en la puerta de la casa de cualquiera de ustedes..."

El mensaje golpeó fuerte a su auditorio. Una señora le ofrece un terreno, otra dinero y una tercera le entrega una joya para que inicie alguna obra en favor de los indigentes.

Fue el comienzo de una cadena. No pasaron dos meses cuando ya se bendecía la primera piedra y, a través de la prensa, el P. Hurtado mostraba su satisfacción y gratitud por la acogida a su llamado:

"En nombre de Jesucristo y por amor a Él, será posible que tengan donde dormir muchos

* Periodista.

habitantes de Santiago que hoy pasan las noches debajo de los puentes del Mapocho, en las puertas de las casas o simplemente deambulando por las calles... El Hogar de Cristo aspira a dar posada al peregrino con el mismo cariño y el mismo respeto con que se le daría a Cristo, a quien los pobres representan".

Se iniciaba así la misión a la que el P. Hurtado se entregó, sin descanso ni fatiga, hasta los últimos días. Era la primera piedra de esa gran obra que hoy, medio siglo después de su muerte, sigue creciendo y multiplicándose en su doble espíritu que la hace diferente a todas las obras de benefi-



que piden ayuda: que la necesiten".

Así llegan impulsados por el frío, el hambre o la soledad, sabiendo que serán acogidos. En la principal hospedería que existe en la capital, en calle P. Hurtado con General Velásquez, se aloja diariamente un promedio de 300 hombres y 150 mujeres con sus niños pequeños. Allí, además de techo, encuentran comida, agua caliente, asistencia médica y ayuda social... pero por sobre todo, cariño y comprensión.

—Estoy feliz— confidencia una madre de 23 años, mientras acurruca a sus tres pequeños en la cama en una de las habitaciones que compar-

ese milagro de amor

cencia: la ayuda a los necesitados pero, para ello, siendo el aguijón de la conciencia social de los chilenos que ha logrado el compromiso de los que tienen y pueden dar...

LA ACOGIDA EN LAS HOSPEDERÍAS

Quizás solo un hombre detrás del cual se escondía ese espíritu de santidad, esa increíble constancia y tesón, pudo tener la fe y la fuerza para emprender esta verdadera cruzada ante esa realidad de miseria humana que vio, conoció y... no aceptó.

Fue la experiencia de un caso lo que llevó al P. Hurtado a despertar las conciencias. Pero él sabía y todos sabían que no era el único. Eran muchos...

Por eso la primera misión del Hogar de Cristo fue darles un lugar para dormir y alimentarse dignamente a quienes no tenían dónde ni cómo hacerlo.

Desde entonces, los vagabundos saben que pueden golpear las puertas de alguna de las 79 hospederías que existen en Santiago o a lo largo del país, porque como decía el P. Hurtado, la acogida debía ser para todos. "A todos abre sus puertas el Hogar de Cristo, a todos, sin distinción de creencias ni ideologías. Una sola cosa pide a los



te con otras mamás que han encontrado ahí un lugar limpio y digno para dormir con sus hijos.

—¿Por qué estás feliz?

—Es que me tocó caseta— dice aludiendo a una vivienda básica, sin ocultar su ilusión de que, teniendo un techo, podrá volver a trabajar vendiendo helados.

Como ella, numerosas madres solteras, muchachas abandonadas, jóvenes y adultos casi perdidos en el vicio de la prostitución deambulan en este hogar pasajero. —Vine a buscar cama. Mi familia nunca me ha apoyado porque nadie me comprende. ¿Me siente olor a trago?— confiesa un hombre de 41 años con los ojos enrojecidos por el alcohol. Y agrega:

—Es que quiero autoeliminarme. A lo mejor con los "tíos" puedo salir adelante.

Él es uno. Pero está Juan, Pedro, María o Inés. En el año 2000 hubo un millón 600 mil atenciones en el área hospedería, prácticamente cuadruplicando la cifra en menos de 10 años.

Benito Baranda, el "tío Benito", como lo llaman —un sociólogo que junto a su mujer ha entregado su vida a esta obra— cuenta que a quienes llegan a las hospederías se les cobra \$100 diarios, pero más que nada para que se sientan dignos y con derecho a ese alojamiento, comida y atención de salud que se les da.

Como nunca la idea fue convertir a las hospederías en asilos, la norma es que sólo abre sus puertas de noche y la permanencia del hospedado es por un plazo no mayor a 15 días, aunque en algunos casos calificados, la necesidad y

el abandono permiten que la estadía se prolongue.

Hay algunos que, por falta de solución social a sus problemas, se quedan por períodos más largos, especialmente las mujeres con sus niños, u hombres mayores a quienes les cuesta valerse por sí mismos. Pero de acuerdo a los últimos índices, cada vez la permanencia es más breve, porque con el correr del tiempo y el crecimiento del Hogar de Cristo han surgido nuevos programas que permiten darles otras soluciones a quienes acuden en busca de techo.

Unos, como aquella madre feliz, se van con su "caseta" o mo-



"¡Si pudiéramos recogerlos a todos y darles educación!"

desta solución de vivienda a la que muchos aspiran, mientras que para facilitar la búsqueda de trabajo de las mamás, se han creado salas cunas y jardines infantiles anexos a las hospederías infantiles que permiten que sus hijos permanezcan en un lugar saludable.

Otros, como aquellos con deterioro físico y síquico, son atendidos por la Fundación Rodrigo Zaldívar Larraín, especialmente dedicada a los discapacitados, la que en el último tiempo ha puesto énfasis en el trabajo con sus familiares a fin de que logren el mayor grado de autonomía. Y muchos se van si no con una ayuda con algún tipo de solución, como una pensión que al menos los saque de su condición de indigencia.

En forma creciente quienes llegan un día a golpear las puertas del Hogar de Cristo o son recogidos en las calles, pueden aspirar a una vida que, aunque de pobreza, no sea de miseria... sobre todo espiritual.

FUTURO PARA NIÑOS Y JÓVENES

Quizás una de las grandes motivaciones de la gran obra del P. Hurtado eran los niños vagabundos, para quienes aspiraba a una nueva vida,

una esperanza... un futuro.

En uno de sus artículos, publicado en *El Diario Ilustrado*, decía que nada ni nadie podía hacer que se perdiera la confianza en que en esos seres "se ocultan almas capaces de todas las virtudes, semillas de hombría, futuros artífices de un mundo mejor, con una sola condición: que el trabajo de regeneración se emprenda a tiempo".

Lejos de perder la confianza, la tuvo y con inmensa fuerza. Por las noches recorría el mismo P. Hurtado con su camioneta los rincones donde esos niños vagabundos se disponían a dormir. Los recogía y los llevaba al Hogar.

Retenerlos no siempre era fácil. Pero nunca se intentó hacerlo a la fuerza, sino ofreciéndoles aquello de lo que no disponían, y así muchos libremente se iban, pero volvían... y volvían a quedarse.

"¡Si pudiéramos recogerlos a todos y darles educación!" exclamaba el P. Hurtado poco antes de morir. Tal vez a todos ha sido imposible, pero su deseo ha tenido una inmensa respuesta a través de los numerosos programas destinados a los niños que se han puesto en marcha en estos años.

Con el fin, precisamente, de capacitar a los jóvenes y ayudar a nivelarlos en su retraso educacional se creó la Fundación Padre Álvaro Lavín, que tiene una rama destinada a encontrarles fuentes de trabajo.

Es una nueva iniciativa que se suma a aquel trabajo más primario que se hace a través de programas como los Hogares Familiares, en los cuales se acoge a jóvenes y niños, pero siempre estimulando un trabajo conjunto con las familias de origen, por el carácter transitorio de la estadía que se aspira tengan los niños en el Hogar de Cristo. Una idea similar se desarrolla a través del plan de Colocaciones Familiares, que ubica a los pequeños en familias dispuestas a acogerlos, pero siempre con el objetivo de su reencuentro final con sus progenitores.

Uno de los programas más exitosos del último tiempo ha sido el de las Casas de Acogida de la Mujer, ya que últimamente se han desarrollado planes para enfrentar el problema de la violencia intrafamiliar al recibir a las madres con sus hijos, entregándoles ayuda psicológica y preparación —como al resto— para que puedan te-



ner las herramientas que les permitan salir de sus, muchas veces, dramáticas situaciones.

Pese a todo este esfuerzo, es imposible detener el fenómeno de la droga o la acción delictiva que se ha apoderado de la juventud. Pero para quienes han caído en la adicción, también se han buscado respuestas creando hogares especiales, entre otros, los programas destinados a la rehabilitación de drogadictos.

La esperanza de lograr rehabilitar a esos cientos de niños o jóvenes que por pobreza y falta de expectativas caen en el vicio y en la delincuencia, no se pierde. La tarea no siempre es fácil, pero con la diversificación de los programas para los niños, los preferidos del P. Hurtado, las expectativas de éxito han ido en creciente aumento: sólo en el año 2000, más de 487 mil menores fueron atendidos por el Hogar de Cristo.

EL AMPARO DE ANCIANOS Y ENFERMOS

Sacar adelante a los niños y jóvenes en problemas es lo que abriga la esperanza de que cada vez sean menos los ancianos que lleguen al Hogar de Cristo en situación de desgarradora necesidad y que hoy son muchos. Pero esa promesa que hizo el P. Hurtado "a los amigos del Hogar de Cristo", en su último mensaje de Navidad antes de morir, se ha cumplido.

Casi con carácter de testamento, afirma que "los ancianos tendrán también su hogar, es decir el afecto y el cariño que no les puede brindar un asilo. Para ellos quisiéramos que la tarde de sus vidas sea menos dura y triste. ¿No habrá corazones generosos que nos ayuden a realizar este anhelo?"

Los hubo. Hoy, cuando se conmemoran 100 años del natalicio del P. Hurtado, el Hogar de Cristo exhibe con orgullo 71 Hogares para el Adulto Mayor y más de 61 Centros Diurnos, además del novedoso programa de ayuda intrafamiliar, por el cual los voluntarios acuden a los domicilios de los ancianos a fin de no desarraigarlos de su medio.

Muchos de los esfuerzos de esta obra están

Hoy, cuando se conmemoran 100 años del natalicio del P. Hurtado, el Hogar de Cristo exhibe con orgullo 71 Hogares para el Adulto Mayor y más 61 Centros Diurnos, además del novedoso programa de ayuda intrafamiliar.



centrados en el adulto mayor, tema al que se le dio especial énfasis el año pasado. "La pobreza mayor está ahí" comenta Benito Baranda, al estimar que quienes sufren de más desamparo en el país son las personas de la tercera edad.

Es por eso que —cuenta Baranda— en el año 2000 la preocupación por esta área fue una de las más fundamentales, esperando poner en marcha para este año, además de los programas existentes, un plan de salud mental para el adulto mayor, para lo cual se está terminando la construcción de un nuevo pabellón en el Hogar de Lampa.

Lamentablemente, a pesar de los esfuerzos por asistir al adulto mayor permitiéndole que pase sus últimos días con una vida lo más digna posible, la mayoría de esos ancianos desamparados está ya en estado de deterioro avanzado o con su salud gravemente afectada. Pero para ellos también el Hogar de Cristo abre sus puertas a fin de ayudarlos a morir.

Muchos llegan a la Sala Padre Hurtado que acoge a enfermos terminales. Es sobrecogedor...

—¿Y cómo se siente?

—Estoy muy bien aquí. Mire, ¿dónde iba a estar mejor? Ni en mi casa si la tuviera, ni en un hospital...

Es un hombre indigente que padece de cáncer prostático. Está rezándole al P. Hurtado, y casi con esa misma alegría contagiosa que él tuvo hasta el final en su lecho de enfermo, le agradece por la atención y el cuidado que está recibiendo.

Las camas de esos moribundos son nuevas. Todo está impecable. La imagen se repite en las otras salas donde se les brinda atención y cuidado a esos seres humanos que no tienen posibilidad siquiera de acceder a un hospital y que se ven afectados por enfermedades propias de su miseria, como afecciones respiratorias o úlceras varicosas.

No se equivoca aquel enfermo que dice que difícilmente estaría mejor. Es impactante el cariño y profesionalismo con que son atendidos por el personal médico y paramédico que los cuida, muchos de ellos sin más recompensa que tener la posibilidad de dar...

DESPERTAR CONCIENCIAS

Lo dijo el Padre Hurtado... "El Hogar de Cristo, obra de simple caridad y evangelio, trabaja por crear y fomentar un clima de verdadero amor

y respeto al pobre, porque el pobre es Cristo".

La afirmación fue recogida posteriormente en la Declaración de Principios como reflejo del verdadero anhelo de su fundador. Y es que ella encierra el espíritu que reina en esta inmensa obra que ha sensibilizado el corazón de cientos de miles de chilenos.

Hace casi ya medio siglo que el P. Hurtado logró despertar las conciencias de quienes podían y debían cooperar. Y así esta obra ha cumplido también esa misión de poder "ayudar a ayudar".

Para cumplir esa doble misión del Hogar de Cristo tendiente a crear conciencia en la sociedad chilena, a su ex capellán, el padre Renato Poblete, no le faltó imaginación para desarrollar las más diversas iniciativas. Destaca entre ellas la que llamó "Universidad sobre ruedas", en que a partir de las 8.30 de la mañana sube a un bus a un grupo de empresarios a quienes lleva a recorrer los lugares donde se vive la miseria.

Con orgullo, esta verdadera empresa puede afirmar hoy que cuenta con más de 528 mil socios. Son los que se han comprometido a dar un aporte mensual que numerosos voluntarios recaudan en sus domicilios. O los que participan en el programa "uno más uno" de las empresas, que consiste en que cada trabajador da una cuota de su sueldo, y la empresa la dobla... o muchos niños que al ser tocados por la miseria de otros pequeños como ellos, se han comprometido a privarse de algo para compartir.

Gracias a la generosidad de los chilenos, el Hogar de Cristo ha crecido a lo largo de todo el país y cuenta con 47 filiales que entregan todos los servicios de ayuda en 115 localidades a esos más necesitados entre los necesitados.

En muchas de estas filiales existen obras relacionadas con la salud, que ha sido otra de las áreas que ha tenido un crecimiento en el último tiempo. Más de 2.000 atenciones mensuales presta la Unidad Móvil, que con especialistas y voluntarios recorre los sectores de mayor miseria para atender las necesidades básicas de quienes tienen como única otra opción ir a hacer una cola y esperar... y esperar en un hospital.

LA ENTREGA Y LA ALEGRÍA DE LOS VOLUNTARIOS

Conociendo la obra, son pocos los que pueden negarse a prestar su ayuda. Lo hacen como

pueden. Unos con aportes económicos, pero muchos también con la entrega de parte importante de su tiempo, colaborando como parte de

Gracias a la generosidad de los chilenos, el Hogar de Cristo ha crecido a lo largo de todo el país y cuenta con 47 filiales que entregan todos los servicios de ayuda en 115 localidades a esos más necesitados entre los necesitados.



esa legión de voluntarios que se acrecienta día a día entre jóvenes universitarios que se suman a los religiosos e infinidad de laicos, incluso extranjeros que llegan desde Bélgica, España, Estados Unidos, Francia o Italia, motivados por la labor de esta institución de beneficencia, la más grande y diferente de toda América Latina.

Es impactante el espíritu que hay en el Hogar de Cristo. En todos los lugares en donde están esos miles de hijos de la miseria hay dolor, pero también se siente esa contagiosa alegría del P. Hurtado. Con su impecable uniforme celeste, una cocinera termina de lavar las ollas en una inmensa cocina después de haber preparado la comida a los hospedados de esa noche.

—¿Cuánto tiempo lleva acá?

—¡Ay! Si Dios quiere y el P. Hurtado, voy a cumplir 11 años. Me siento realizada cada día —comenta.

Con ese mismo entusiasmo y abnegación que traslucen todos los empleados, llegan noche a noche los voluntarios a cooperar lavando a los ancianos, a las guaguas, a darles la comida... a entregar.

Como dijo el Papa Juan Pablo II cuando visitó el Hogar de Cristo en su paso por Chile: "La Iglesia muestra su vitalidad por la magnitud de su caridad, y la Iglesia —y también el laico que es Iglesia— no ha de ahorrar esfuerzo en mostrar entrañas de misericordia hacia los más necesitados, ayudándolos y sirviéndolos".

Ya no hay oídos sordos para este llamado. La obra que emprendió aquella tarde de octubre de 1944 el P. Hurtado, provocó un verdadero remezón en la conciencia de los chilenos, convirtiendo al Hogar de Cristo en un verdadero milagro de amor. **[P.H.]**

Proyecto de trabajo social

El 10 de octubre de 1947 desde Europa y el 12 de febrero de 1948 desde Calera de Tango, el P. Hurtado escribe al P. Provincial su proyecto de dedicar su vida más estrechamente al trabajo social y a la dirección de jóvenes. Reproducimos algunos párrafos de la interesante carta de 1947. Se ve en ese documento el estilo de obediencia jesuítica, donde se une la iniciativa e imaginación con la disponibilidad total.

"Quiero exponer a V.R. filialmente las ideas que tengo sobre trabajo social y sobre los modos que se me ocurren de realizarlo.

Toda mi vida, desde el colegio, he sentido inclinación especial por la acción social, pero el trabajo tan atrayente y por la gracia de Dios fructuoso en medio de jóvenes, orientado más especialmente a la dirección espiritual, me ha tomado estos años. De ninguna manera he pensado ni por un instante en desentenderme de la dirección espiritual de los jóvenes, de los ejercicios, ni de la preocupación vocacional, orientaciones que me parecen definitivas para mi vida, cualquiera que sea el trabajo que me ocupe, pero sí desearía dejar totalmente el Colegio para realizar el plan que le someto. (...)

Las razones que me mueven a hacerle esta petición son las siguientes:

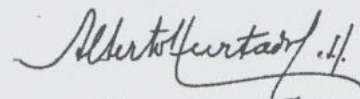
1. El abandono de las masas obreras que cada día se alejan más de Cristo, sobre todo porque no nos ven a los católicos interesarnos bastante en sus problemas humanos.

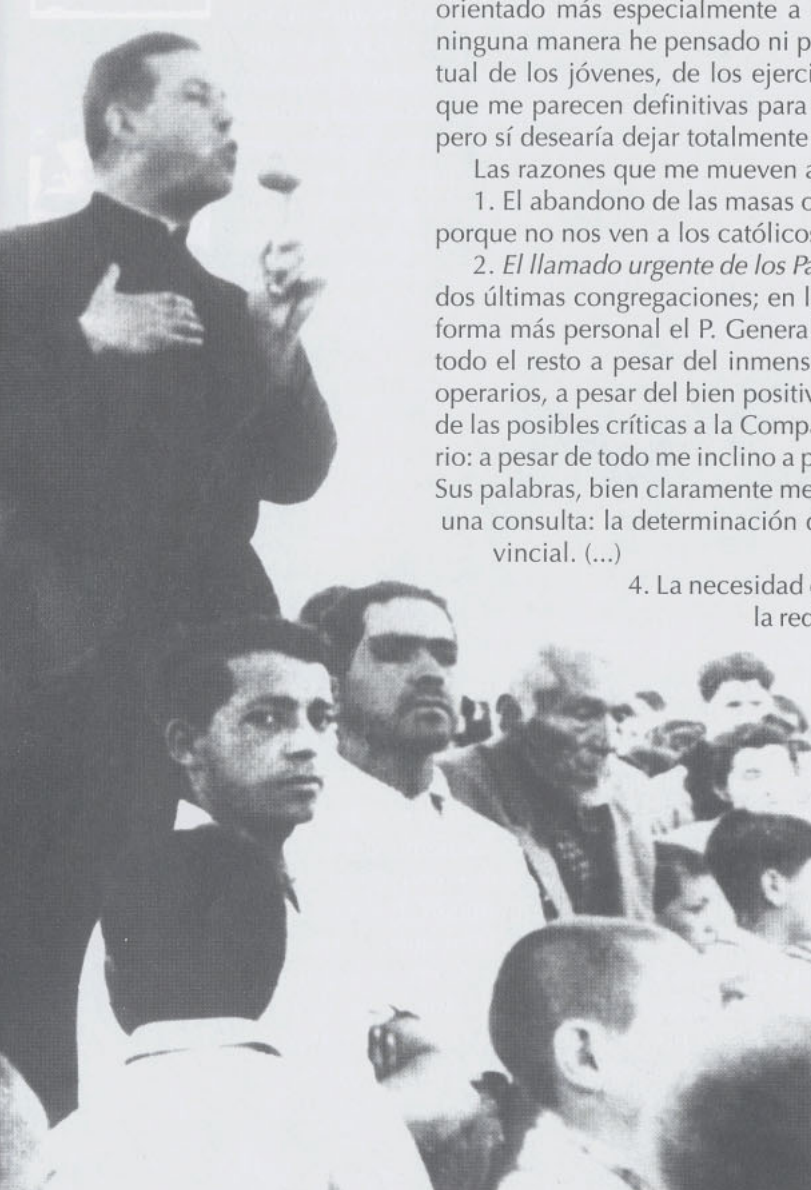
2. *El llamado urgente de los Papas.* A este llamado se juntan los de la Compañía en sus dos últimas congregaciones; en la carta del P. General actual sobre los ministerios. Y en forma más personal el P. General me daba el consejo de proponerle a usted abandonar todo el resto a pesar del inmenso trabajo de la Compañía en Chile y de la escasez de operarios, a pesar del bien positivo que puedo hacer en otros campos, y a pesar también de las posibles críticas a la Compañía porque uno de los jesuitas se dedica a este ministerio: a pesar de todo me inclino a pensar, me decía, que usted debería abordar este trabajo. Sus palabras, bien claramente me lo dijo, no eran una voz de orden, sino una respuesta a una consulta: la determinación de mi trabajo depende inmediatamente del P. Vice Provincial. (...)

4. La necesidad de que la Compañía en Chile se encargue seriamente de la redención proletaria. Ella hace un esfuerzo serio en el apostolado educacional y en los ministerios inmediatamente sobrenaturales; hace falta que intensifique su acción social. (...)

Hace mucho tiempo que doy vueltas en mi cabeza a un proyecto de trabajo social. He barajado muchas ideas, descartado muchas, consultado bastante... y después de rezar y meditar he llegado a las conclusiones que arriba le expongo. Si V.R. después de leer mi proyecto me dice: muy bonito, pero le doy la quinta división, créame que quedo igualmente contento, pues será la voluntad de Dios. Perdone estas líneas mal hilvanadas que escribo a medianoche antes que se vaya Manuel. En carta aparte van otras materias.

Affmo. En Cto.


Alberto Hurtado, S.J."



Una nueva revista

Presentamos el primer editorial de Mensaje, escrito por el Padre Hurtado, y publicado en octubre de 1951. Este texto ha orientado el servicio que esta revista intenta entregar en cerca ya de medio siglo.

Hoy, 1° de octubre de 1951, nace nuestra revista. Ha sido bautizada "Mensaje", aludiendo al Mensaje que el Hijo de Dios trajo del cielo a la tierra y cuyas resonancias nuestra revista desea prolongar y aplicar a nuestra patria chilena y a nuestros atormentados tiempos.

Jamás como ahora el mundo ha atravesado una tan dura prueba de sus valores espirituales. Lo que tiene de más grave nuestra época es su ideología o su falta de ideología. La verdad no interesa; lo que importa es la eficacia. La moral se confunde con la utilidad de un pueblo, de una raza, de una clase social o de particulares intereses. Nietzsche, Sartre y mil otros en pos de ellos afirman que ha muerto Dios y, junto a Él, la verdad, el bien, la justicia, el progreso. Para millones de hombres la vida ha perdido todo sentido y, por añadidura, sienten cernirse sobre sus existencias adoloridas el horrible fantasma de una guerra que muchos consideran inminente e inevitable.

Y, sin embargo, en medio de todas esas angustias de nuestro mundo, hay un Mensaje de verdad y de vida que puede devolverles la tranquilidad y la paz. Nuestros contemporáneos dan la triste impresión de peregrinos que cruzan un desierto, muriendo de sed, y sin saberlo están pasando por sobre ríos subterráneos: con sólo cavar un poco, tendrían fuentes de agua vivas que saltan hasta la vida eterna.

Un grupo numeroso de católicos chilenos, conscientes de la gravedad de nuestra hora, ha ido madurando el deseo de lanzar una revista que sea el reflejo de sus inquietudes, de sus búsquedas, de sus esfuerzos comunes por penetrar más plenamente la Verdad evangélica y por aplicarla con objetividad a la realización de un mundo mejor, más justo, más fraternal.

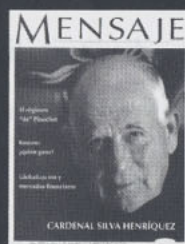
La Compañía de Jesús en Chile, sabiéndose apoyada por sacerdotes de ambos cleros y por numerosos seglares que la han instado a hacerse cargo de coordinar esos esfuerzos, no ha querido negar su aporte a obra tan urgente. Emprende por eso la publicación de "Mensaje" y ofrece cordialmente sus páginas a todos los que deseen estudiar y discutir con realismo, altura de miras y visión ajena a crite-

rios partidistas, los grandes problemas que interesan a nuestro tiempo y contribuir así a insertar el Mensaje de Cristo en las inteligencias, los corazones y la vida de sus hermanos.

La revista, dentro siempre de un criterio estrictamente católico y sin más limitaciones que las de él, abarcará tanto el campo de la teología y de la filosofía, como el de los problemas económicos y sociales, de la historia, de la literatura y del arte. También procurará "Mensaje" vincular a los sectores chilenos con los problemas que agitan al mundo entero: el hombre ya no puede vivir aislado, pues cada día lo convierte más en ciudadano del mundo. De una manera especial, eso sí, atenderá a lo tocante a Chile mismo, no sólo para conocerlo, sino también para buscar en común soluciones de mejoramiento en la vida religiosa, intelectual y social.

Quienes emprenden la publicación de "Mensaje" saben sobradamente que no serán capaces de ofrecer un pensamiento siempre adecuado a problemas que sobrepasan las fuerzas no sólo de muchos hombres, sino hasta del espíritu humano. Pero confían en Aquel que es el Padre de las luces y por cuyo amor inician esta obra; confían en la dirección doctrinal que emana continuamente de la Santa Sede y del Episcopado, apoyo precioso para comprender mejor la verdad y evitar errores; y confían en la ayuda fraternal de las almas de buena voluntad a quienes el Romano Pontífice ha invitado tantas veces a unirse para esa causa común: la salvación de los valores fundamentales del espíritu humano.

Y, aun sintiendo la desproporción de las fuerzas para la tarea, "Mensaje" pretende ser un estímulo para realizar el audaz pensamiento de S. Em. el Card. Saliége: "Nosotros somos en parte responsables del destino de la humanidad. Estamos llamados a hacer la historia, más bien que a ser moldeados por ella. Demos muestra de imaginación creadora. El pasado vive en el presente. El presente lleva en sí el porvenir. ¿Cuál será el mundo de mañana? Lo que lo hagan nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad".



H.

ALBERTO HURTADO:

profeta

DE LA CARIDAD Y LA JUSTICIA

■ M. L. Cornejo*
B. Baranda

Sin lugar a dudas los rasgos más notables del P. Hurtado están asociados a su encarnación del Evangelio, a esa progresiva identificación con Jesucristo y, por lo tanto, a una creciente conversión que lo llevó a reconocer lo medular de la fe, a gozarlo, a sufrirlo y a vivirlo. La no siempre fácil comprensión de la justicia y la caridad estrechamente entrelazadas entre sí, es lograda por el P. Hurtado no sólo en el discurso sino también en los hechos. En él encontramos una coincidencia casi plena entre su "persona" y su "misión".

Hoy cuesta mucho cambiar radicalmente como lo hizo él, hasta llegar a comprender y a "sentir internamente" lo esencial de la Buena Nueva. Buscamos mil pretextos para evadir la respuesta a Cristo, nuestro estilo de vida se va acomodando, intelectualizamos la pobreza, nos quedamos en las cifras y terminamos por enfriar el corazón. Perdemos la hermosa, privilegiada y transformadora oportunidad de entregarnos, sacrificarnos, en una palabra de donarnos en los demás, especialmente en los "privilegiados" del Señor.

AL FONDO DEL EVANGELIO

En la raíz de la experiencia del Mesías encarnado, encontramos la profunda identificación entre el pobre y Cristo, explicitada y vivida por el Beato Alberto.

Como lo indica el P. Costadoat, "por mediación de Cris-

* María Luisa Cornejo y Benito Baranda son un matrimonio de psicólogos que trabajan en el Hogar de Cristo y pertenecen a la CVX. Artículo publicado en agosto de 1998.

to, el P. Hurtado ha visto a Dios en el prójimo, particularmente en el pobre. Al concebir la transformación del mundo a partir de los que a los ojos del mundo nada valen, los miserables, el P. Hurtado ha puesto las bases de una nueva y más cristiana forma de ver Iglesia y de ser nación que aún está por verificarse en todo su alcance evangélico¹. Este es el "motivo hondo del amor al hermano en Cristo", como lo dice el P. Ochagavía al referirse a la espiritualidad del padre Alberto², su amor al más miserable de los seres humanos y su reconocimiento de las justicias debidas.

"Yo sostengo que cada pobre, cada vago, cada mendigo es Cristo en persona que carga su cruz. Y como a Cristo debemos amarlo y ampararlo. Debemos tratarlo como a un hermano, como a un ser humano como somos nosotros. Si todos iniciáramos una campaña de amor hacia el indigente, terminaríamos en corto plazo con los espectáculos deprimentes de la mendicidad callejera, de los niños durmiendo en los quicios de las puertas y de las mujeres que fallecen con sus niños en brazos". Palabras del P. Hurtado que podríamos repetir hoy al caminar por muchos países del mundo, recorriendo los campamentos y algunas de las calles de nuestras mismas ciudades. Estas reflexiones encuentran su origen en el radical mensaje de Jesús reportado por San Mateo (25, 34-40).

La certeza de encontrarse y experimentar a Cristo en el más marginado, debería ser un potente motor que moviera a la sociedad a actuar con mayor justicia y caridad. "La vida es vida en la medida en que se posee a Cristo, en la medida en que se es Cristo, por el conocimiento, por el amor, por el servicio", señalaba el Beato Hurtado. Sin embargo, se relativiza hoy la igual dignidad y la presencia de Cristo en el pobre, y constantemente vuelven a aparecer aquellos que con sus actos consideran al más pobre como un ser inferior, incapaz e inhábil.

¿Por qué aún tanto discurso, tanta discusión sobre la realidad y las soluciones para los más pobres? La responsabilidad es de una comunidad humana, y cuando ésta se escuda en que sólo le corresponde al Estado o a los "ricos", se equivoca, como dijo

el P. Hurtado: "Frente a las miserias de los más pobres, existe una responsabilidad colectiva e individual que en justicia debemos remediar... Y si somos culpables es porque en vez de considerarlos hermanos nuestros y de ofrecerles amor y caridad, les escupimos desprecio..." En la reflexión personal y colectiva podríamos responder al entusiasta desafío que nos pone él: "...pensaré que Jesús ha dejado aquí su cuerpo místico, mis hermanos: los amaré como a Cristo, como a Él los respetaré y serviré..."

LA CARIDAD: EL ALMA DE LA JUSTICIA

El P. Arrupe señalaba que "la verdadera caridad es para el cristiano como el alma de la justicia; concebir esta sin aquella sería

¹ Jorge Costadoat, S.J., «El talante social en la espiritualidad del P. Hurtado», *Cuadernos de Espiritualidad*, N 93, sept.-oct., 1995.

² Juan Ochagavía, S.J., Alberto Hurtado. *Su personalidad espiritual*. Imprenta Salesianos, agosto de 1996, 72 pp.

³ Para profundizar esta comprensión del Padre Arrupe ver: "Homenaje al Padre Arrupe: Hombre de fe, luchador por la justicia"; Tony Mifsud, S.J., en *Cuadernos de Espiritualidad Ignaciana* N°21-22, 1983.



privar nuestra acción por la justicia de su principal motivación y fuerza”³. La comprensión y/o minimización de ambas lleva a prácticas que producen por lo general mayor inhumanidad, mayor dependencia en algunos casos o mayores injusticias en otros, y que al final de cuentas no representan lo integral del mensaje de Jesús⁴.

“El que practica la caridad pero desconoce la justicia se hace la ilusión de ser generoso cuando sólo otorga una protección irritante, protección que lejos de despertar gratitud provoca rebeldía”, afirmaba el P. Hurtado, y agregaba: “la caridad tiene un presupuesto, un pedestal macizo que suele olvidarse: es la justicia. A veces se coloca la caridad sobre pedestal de cartón y se viene abajo”.

Ambas van de la mano, son el corazón del mensaje de Cristo y encuentran su más espléndida realización en el contacto, en la vivencia y cercanía con la pobreza, realidad cada día más despreciada, negada e ignorada por considerarse en muchos ámbitos fruto de la opción personal y/o del fracaso y no de la injusticia. El Beato Alberto, en cambio, exigía que “el respeto al prójimo tome el lugar de la suspicacia: que en cada hombre, por más pobre que sea, veamos la imagen de Cristo y lo tratemos con ese espíritu de justicia, dándole todos los medios que necesita para una vida digna, dándole toda la confianza, el respeto, la estima de su persona que es lo que el hombre más aprecia, pero, oigámoslo bien, la estima debida al hermano, no la fría limosna que hiere”.

Esta caridad, este amor, dignifica al otro haciendo justicia a su realidad de hijo de Dios y hermano nuestro.⁵

LA CONVERSIÓN: HACIA UN MODO DE PROCEDER NUEVO

Para vivir la caridad y justicia en cercanía a la pobreza, experimentando a Jesucristo, es necesaria una conversión. La vivió el P. Hurtado al tocar la realidad de los “vencidos por la miseria”, aquellos que habían perdido la confianza, olvidado la alegría y renunciado a la esperanza; la realidad de los más pobres nos interpela, y esto sin lugar a dudas requiere un cambio radi-

cal en las personas, una conversión que posibilite un trato diferente. Este último debería facilitar la dignificación de las personas, lo que implica un proceso de crecimiento humano. A muchos les ha ocurrido así.

En Isaías (58, 6-8) encontramos un texto elocuente al respecto: “¿No saben cuál es el ayuno que me agrada? Romper las cadenas injustas, desatar las amarras del yugo, dejar libres a los oprimidos y romper toda clase de yugo. Compartirás tu pan con el hambriento, los pobres sin techo entrarán a tu casa, vestirás al que veas desnudo y no volverás la espalda a tu hermano. Entonces tu luz surgirá como la aurora y tus heridas sanarán rápidamente. Tu recto obrar marchará delante de ti y la Gloria de Dios te seguirá por detrás”.

La contundencia de este texto, que invita a acciones concretas a partir de un cambio en la forma de concebir mi relación con Dios, identifica con claridad las acciones que más van de acuerdo con nuestra naturaleza divina y que por consecuencia nos provocan mayor plenitud. Santa Teresa de Jesús insistía en que “obras quiere el Señor”, y San Gregorio nos recordaba volviendo los ojos al Evangelio, “los pobres son nuestros maestros; los humildes, nuestros formadores”. Palabras que el P. Hurtado acompaña señalando con energía que “el que se da, crece”⁶.

¿Cómo uno puede “darse con caridad y justicia” —y no sólo “dar”— a los más pobres?

La experiencia nos demuestra que toda relación humana con los pobres, conlleva un desarrollo que —para reconocer y salvaguardar su dignidad— por lo menos implica tres dimensiones: la formación de un vínculo, la generación de confianza y la facilitación de la autonomía.

El desconocimiento o mala realización de alguna de estas tres dimensiones lleva a un maltrato contra los más pobres. Por ejemplo, el “hacerlos dependientes” no sólo de recursos materiales sino también de mis afectos (obteniendo una gratificación egoísta a partir de ello); o el “tratarlos como números” a los cuales se les entregan beneficios por “ventanilla”, sin relación alguna de índole personal; o por último, la duda perma-

⁴ “El amor a Dios y el amor al prójimo se condicionan mutuamente; el amor al prójimo no es una obra exigida por el amor a Dios y subsiguiente a ese amor, sino que en cierto sentido es una condición que lo procede” (K. Rahner). Aquí está la raíz de la justicia.

⁵ El P. Hurtado indicaba que “hemos de creer en la dignidad del hombre y en su elevación al orden sobrenatural. Es un hecho triste, pero creo que tenemos que afirmarlo por más doloroso que sea: La fe que la mayor parte de los católicos tenemos en la dignidad de nuestros hermanos no pasa de ser una fría aceptación intelectual del principio, pero que no se traduce en nuestra conducta práctica frente a los que sufren y que mucho menos nos causa dolor en el alma ante la injusticia de que son víctimas”.

⁶ “Darse, es cumplir la justicia. Darse, es ofrecerse a sí mismo y todo lo que tiene. Darse, es orientar todas sus capacidades de acción hacia el Señor. Darse es dilatar su corazón y dirigir firmemente su voluntad hacia el que los aguarda. Darse, es amar para siempre, y de manera tan completa como se es capaz. Cuando uno se ha dado, todo aparece simple. Se ha encontrado la libertad”.



Caridad y justicia, los pilares de un nuevo mundo que requiere ser vivido con esa magnífica herencia que nos dejó el P. Alberto Hurtado.

nente que genera desconfianza e impide el crecimiento. Caridad y justicia, una sola cosa en nuestra donación al otro: "Finalmente nuestro amor ha de ser más que pura filantropía, ha de ser entrega al otro, una donación justa que dignifique al prójimo.

LA SANTIDAD

La práctica de la caridad y la justicia tiene como efecto indirecto, no necesariamente buscado, un crecimiento en "santidad", en cercanía y experiencia con el Cristo encarnado y redentor. Esto implica actuar en concordancia con la dignidad de cada ser humano marginado, vinculándonos a él, confiando en su historia y creyendo en la

autonomía de su vida.

Todos estamos llamados a ser santos (Pedro 2,15-16) y la "santidad" nace y/o se forma esencialmente en el "servicio". Así lo encontramos en el texto de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio llamado "Principio y fundamento": "El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor..."

Frente a la realidad del mundo contemporáneo, el vivir en lo cotidiano la caridad y la justicia implican "actos heroicos": "no amemos con puras palabras y de labios afuera, sino verdaderamente y con obras" (1 Juan 3,18). Los efectos del amor, servicio o donación a los demás, los encontramos relacionados a "permanecer en la luz" (1 Juan 2,10); "permanecer en Dios y en su gloria" (1 Juan 4,17; Isaías 58,8); y directamente con la "salvación" (Mateo 25, 34-40).

Por lo tanto, ante un mundo que muchos critican, que analizan y discuten, donde generalmente "otros" son responsables de las "injusticias y miserias", en donde recurrentemente nos "lavamos las manos" al tocar los problemas de los "más pobres", comprendemos la siempre vigente invitación del P. Hurtado: "Una generación de santos se impone para que en nuestra época se despierte en la masa de los cristianos el sentido heroico de su fe y arrastre en pos de sí a sus contemporáneos, haciendo nacer una nueva civilización".

Haciendo de nuestras vidas actos diarios de justicia y caridad, podremos afectar la comunidad de vida más pequeña (familia y trabajo) y el colectivo más amplio (ideas y sociedad). El maestro del Beato Alberto, el padre Fernando Vives, lo repetía con sabiduría: "Predicando infatigablemente la caridad, manteniéndola en las almas, es como ella lleva a los seres humanos a dar, no solamente su dinero, sino también su tiempo, sus fuerzas y lo que vale más que todo, su corazón..." Y a esto agregamos que "cuando la complicitad del corazón está ganada ¡qué diferentes resultan las soluciones!" (P. Hurtado).

Caridad y justicia, los pilares de un nuevo mundo que requiere ser vivido con esa magnífica herencia que nos dejó el P. Alberto Hurtado. Hoy más que antes Chile clama por hacer carne estas dos realidades salvadoras. **[P.H.]**

El beato Alberto Hurtado, UN PRECURSOR Y GUÍA TUTELAR

El P. Alberto Hurtado fue declarado beato el 16 de octubre de 1994 por Juan Pablo II en la plaza de San Pedro, en Roma, junto con otros cinco religiosos. Al día siguiente, el cardenal Angelo Sodano, secretario de estado de Su Santidad, ante miles de peregrinos de nuestro país, pronunció la siguiente homilía en la Eucaristía de gratitud por la beatificación del jesuita chileno.

Cardenal Angelo Sodano

"Te Deum laudamus!" A ti, oh Dios, te alabamos! De hecho, el Dios vivo ha vuelto a convocar en una cita histórica a la patria chilena con la Iglesia de Jesucristo. Aún resuenan aquí los cánticos de aquel 21 de marzo del año recién pasado, cuando Juanita Fernández Solar fue canonizada como Teresa de Jesús de los Andes. Ahora, la alabanza se eleva porque el jesuita Alberto Hurtado es ya beato de la Iglesia Católica.

Permitidme que proponga algunas aproximaciones al mensaje de este religioso santamente ejemplar. Si recorro su intensa biografía y atiendo al eco de su vida en los hijos de su sacerdocio, me atrevo a caracterizar esa "visita de Dios" que es el P. Hurtado, en los siguientes términos: El Beato Alberto se nos da como un precursor de la renovación del Concilio Vaticano II, y se nos ofrece como una señal promisoría en el camino de la Nueva Evangelización.

PRECURSOR DE LA RENOVACIÓN CONCILIAR

Según la intuición primera y motriz de Su Santidad Juan XXIII, el Concilio Vaticano II debía significar para la Iglesia una nueva hora de los Apóstoles reunidos junto a María en el Cenáculo. Por ello, en la convocatoria conciliar, implora al Espíritu Santo, solicitándole que "renueve en nuestro tiempo los prodigios de un nuevo Pentecostés. La Esposa de Cristo debía abrirse a una nueva irrupción del Paráclito, que la rejuveneciera en su amor por Jesús y en su celo en la proclamación del Evangelio. Algunos santos, algunos profetas, algunos visionarios ya presintieron ese acontecimiento crucial de este siglo. El Espíritu, que es pedagogo de la Iglesia, suscita tales figuras providenciales para preparar en el seno del Pueblo de Dios las respuestas a los grandes retos históricos. El nuevo Beato Al-

berto fue uno de estos adelantados.

Él anuncia una primavera de santidad que el Concilio propuso como el más hondo programa de renovación (Cf. LG 40-41). Él vivió e irradió un estilo fraterno de comunión eclesial, que encontrará en la Constitución *Lumen Gentium* la adecuada definición en el concepto de Pueblo de Dios (Cf. LG 9, 13). Él fue vigía que oteó un horizonte distinto y promisor en las relaciones entre la Iglesia y el mundo: inspirándose en la más genuina tradición, él la proyectó audazmente como evangelizador de la cultura, como apóstol social dedicado a los más pobres y a los jóvenes. Verdaderamente el Concilio Vaticano II, y sus ecos en las Conferencias Plenarias del Episcopado Latinoamericano de Medellín, Puebla y Santo Domingo, tienen en el Padre Alberto Hurtado un precursor que allanó montes y abrió caminos.

La renovación pentecostal de la Iglesia ocurre en los santos que viven en y desde Cristo. Una pequeña escena de la vida del Padre Hurtado lo ilustra bien. Un joven estudiante jesuita, deseoso de prepararse bien para el apostolado ulterior, le pregunta en qué le conviene especializarse. La respuesta cae como un rayo: "especialízate en amar y conocer a Cristo, patroncito". Esta es su pasión. Este es el acuciante programa que lo lleva a proponerse y proponer una renovada interrogación escrita con letras de fuego: "¿Qué haría Cristo en mi lugar?" En 1940 la plantea a los Pastores reunidos en Conferencia Episcopal: "...Ante cada problema, ante los grandes de la tierra, ante los problemas políticos de nuestro tiempo, ante los pobres, ante sus dolores y miserias, ante la defección de colaboradores, ante la escasez de operarios, ante la insuficiencia de nuestras obras, ¿qué haría Cristo si estuviese en mi lugar?" Y el predicador, con palabras taxativas agrega a los obispos que lo escuchan: "... aquí está toda la perfección cristiana". El mismo encarna estos postulados en una vida coherente y ardorosa. De allí nace ese estilo de celebrar la Eucaristía que impacta a los jóvenes por su unción varonil. De allí el Padre Alberto Hurtado busca la intimidad entrañable de las noches en adoración, cuando él mira los ojos del Maestro y es mirado por él con predilección. De aquí se gesta una memoria que será el bullente hontanar de cuanto empre-

da por el Reino.

Este secreto se le escapa en una página enviada a los Asesores de la Acción Católica: "El que ha mirado, por lo menos una vez siquiera, a los ojos de Jesús, no lo olvidará jamás". Y volverá a apuntar hacia el mismo hondón del alma, en la última prédica; la que pronuncia para los veinticinco años de sacerdocio de su gran amigo, el obispo

Monseñor Manuel Larraín. En esa homilía presenta la intimidad con Cristo como una suerte de separación. "Separado por Dios, marcado por el carácter sacerdotal, el sacerdote se convierte en el hombre de Dios, en su casa, su bien, su servidor, en su herencia... es algo solitario, hombre del Sinaí, aunque combate en el llano, algo de él queda siempre en lo alto".

Este lenguaje revela el alma claramente ignaciana de Alberto. Tal parentesco lo señalará el mismo obispo Larraín en su célebre oración fúnebre, cuando afirma que la síntesis de la espiritualidad de nuestro beato, la que explica "todos y cada uno de los actos de su vida", se contiene en la venerable plegaria de San Ignacio: "Tomad, Señor, y recibid mi libertad, mi memoria, mi inteligencia y voluntad toda entera. Todo lo que tengo o poseo, de ti lo he recibido, a ti Señor, lo retorno. Dame tu amor y tu gracia, que eso sólo me basta". De esa adoración arrodillada y dócil emerge el imperativo que lo hace exclamar como a Pablo de Tarso: "¡El amor de Cristo nos urge!" (2 Cor 5, 14). La tradición eclesial formulará un adagio que expresa el mismo genio espiritual: "*contemplata aliis tradere*: entregar a los otros lo contemplado".

Para el Beato Alberto hay aquí dos momentos inseparables del respirar cristiano, que emanan del misterio central de la Encarna-



Beatificación del P. Hurtado en Roma, 16 de octubre de 1994.

ción, cuando el Verbo Eterno se hace uno de nosotros en las entrañas inmaculadas de María. Él mismo se encarga de darnos la exégesis de su pregunta-programa, indicando lo que implica: "Imitar a Cristo en su divinidad por la gracia santificante y en su obrar humano, haciendo en cada caso lo que él haría en mi lugar". Y en otra parte señala que para el joven chileno enamorado de Cristo "su suprema aspiración debe ser reproducir la vida del Maestro, prolongar la Encarnación, hacer del hijo de Dios un chileno, así como la encarnación histórica lo hizo... un judío.

Hay aquí una voluntad encarnacional, una *simpatía redentora por todo* lo histórica y concretamente humano. Esto caracteriza al Concilio Vaticano II y a las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano. No es difícil percibir en nuestro Beato Alberto esta convergencia. Por ejemplo, cuánta profunda sintonía hay entre él y el premio de *Gaudium et Spes*, cuando se dice: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón" (GS I).

Encarnación palpitante y realista de Jesús fue este jesuita santo. Él quería "hacer del Hijo de Dios un chileno". Pero, a la vez, fue generosamente universal. Llama la atención la amplitud de los registros de sus actitudes cristianas y de sus emprendimientos evangélicos: él se empeñó en el servicio a los pobres e intelectuales, a jóvenes y mayores, a mujeres, a políticos, a las vocaciones sacerdotales y los sindicatos, fundó instituciones nuevas y atendió el confesonario y la dirección espiritual, escribió el artículo rápido, el libro candente y entregó la prédica multitudinaria. Este sacerdocio plétórico late en una comunión viva con la Iglesia universal. Él es un ejemplo de catolicidad: él vibra con todo lo que la Compañía de Jesús representa y realiza a lo ancho del mundo. Y, sobre todo, su íntima devoción, y su vigorosa entrega filial al Sumo Pontífice, lo constituyen en una antorcha que, desde Chile, trasciende al ámbito latinoamericano y desde allí, brilla señera como una cumbre de amor

eclesial en este agitado siglo XX. Esta fidelidad a la Iglesia no tiene nada de sentimental o fácil, fue purificada en el crisol ardoroso de la fecunda y victoriosa obediencia, una obediencia ignaciana, franca e irrestricta.

UNA SEÑAL PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

En el tan vasto horizonte de la vida del Beato Alberto, hay acentos muy propios que son señal indicadora hacia el futuro, para el tiempo propicio de la Nueva Evangelización.

Con buenas razones, la Iglesia en Chile ha tomado por lema en el tiempo preparatorio de la beatificación la frase: "El Padre Alberto Hurtado, un padre para Chile". Siempre que hablamos de padre o de madre o de

hijos o de hermanos, estamos aludiendo al designio de Dios que quiere que cada uno de los hombres viva y crezca en familia. Hay aquí una exigencia y una gracia que provienen de nuestro origen trinitario, es decir, de esa comunión eterna que nos convocó a la existencia para hacernos personas libres en la comunión del amor. Así lo formuló Su Santidad Juan Pablo II en Puebla, durante su primer viaje a América Latina. "Se ha dicho, en forma bella y profunda, que nuestro Dios en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor. La paternidad del Padre Alberto Hurtado y la vocación humana y eclesial a ser familia nos evocan necesariamente el nombre de una de sus obras predilectas, el Hogar de Cristo. Allí este padre sacerdote acogió, sirvió y significó a los desamparados. Y nos dejó así un legado de la mayor trascendencia, porque toda la Iglesia quiere ser familia de Dios en la tierra, hogar de Cristo para el mundo. Esta Iglesia tiene vocación de madre y de María, "aprende la propia maternidad".



Encarnación palpitante y realista de Jesús fue este jesuita santo. Él quería "hacer del Hijo de Dios un chileno". Pero, a la vez, fue generosamente universal. Llama la atención la amplitud de los registros de sus actitudes cristianas y de sus emprendimientos evangélicos.

La paternidad sacerdotal de nuestro beato es muy amplia, y sin embargo, ella se focaliza privilegiadamente en tres preocupaciones mayores: su amor por los pobres, su dedicación a los jóvenes y su acción evangelizadora de la cultura.

SUS HIJOS: LOS POBRES

Los más necesitados fueron sus predilectos. El Espíritu Santo, desde muy temprano, le mostró el rostro de Cristo en los menesterosos. Esa visión recorre toda su biografía, desde los años de estudiante de leyes, en su trabajo en el Patronato de Andacollo, hasta esas últimas recomendaciones el día de su muerte: "Les confío, en nombre de Dios, a los pobrecitos".

La clave de comprensión será invariablemente la misma. Él dice: "Cristo vaga por nuestras calles en la persona de tantos pobres, dolientes, enfermos, desalojados... Cristo, acurrucado bajo los puentes en la persona de tantos niños que no tienen a quien llamar padre... Cristo no tiene hogar". Él funda la casa y se atreve a ser padre de esos huérfanos.

En esta entrega suya convergen el vigor y la calidez, vive la reciedumbre del apóstol y la ternura de la Iglesia Madre. En él sucede lo que con San Pablo, en quien, según el decir del Sumo Pontífice, "el Apóstol-varón siente la necesidad de recurrir a lo que es por esencia femenino, para expresar la verdad sobre su propio servicio apostólico". En esta armonía hay una sapiencia cristiana de gran actualidad. Nuestro beato es un consagrado que posee una alta estima por la mujer. Tal disposición lo llevará a escribir al morir su madre: "Su vida ejemplar y santa iluminó nuestra existencia presente". Más tarde, en una charla sobre la cuestión social, afirmará: "El día en que la mujer, con su alma femenina, aborde seriamente el problema social, éste irá camino de rápida solución". Precisamente por ello la Virgen María ocupará un espacio tan preferente de su amor. Así dirá en una conferencia a oficinistas: "En el fondo, María representa la aspiración de todo lo más grande que tiene nuestra alma... En el cristianismo tenemos una mujer fecunda y tierna como Madre, pero al mismo tiempo con todo lo intacto de la virginidad". Este cari-

Cuantos le conocieron atestiguan que su sonreír es memoria inolvidable. En tiempos de prisas, de rostros crispados o insolentes, el P. Alberto brilla como beato, como alguien feliz, que comparte su hallazgo.



ño lo traía en su sangre, lo cultiva en la escuela de la Compañía de Jesús, lo proyecta en las Congregaciones Marianas, lo tiene por dulce cercanía al morir. Esa piedad mariana la predica a menudo como, por ejemplo, en esa noche de antorchas juveniles en el Estadio Nacional. Entonces habló del "amor paciente y tierno de María... que por encargo de Jesús vela junto a mí como la más tierna de las madres". Pero, siempre alerta, el Padre Hurtado pondrá en los labios de la Mujer Santísima el requerimiento insoslayable: "Si me amáis de veras como Madre, haced cuanto podáis por estos mis hijos los que más sufren, por tanto, los más amados de mi corazón".

En la espiritualidad cristiana del hogar, los que son la cabeza, el padre y la madre deben ser los servidores más abnegados. Al clausurar el Concilio Vaticano II, Pablo VI lo recordará y lo hará una propuesta programática del postconcilio. Él hablará de la Iglesia como "sirvienta". El Padre Hurtado, por su parte, lo dice con una cariñosa y lúcida inflexión del lenguaje chileno, modulado con un prístino

tono cristiano. De continuo, él llamará "patroncito" a los jóvenes, a los pobres y a cuantos se acercan a él. En su sentir, el Padre Dios era el Patrón, palabra que, precisamente, arranca del latín "pater", padre. Ese Jesús es el reflejo del Padre: "Quien me ve a mí, ve al Padre" (Juan 14,9). Ese mismo Jesús vive en cada redimido. Por ello, cada uno que se acerca al sacerdote es su "patroncito". Cada otro es el mayor, cada otro es el jefe, el

que manda; y este Padre Hurtado, hombre culto y prestigioso, es el menor, es el sirviente, es el último. Podemos decir que en el Beato Alberto, Cristo volvió a lavar los pies de los actuales pescadores de Galilea, volvió a dar ejemplo del humilde amor del Jueves Santo. Hoy están aquí presentes testigos directos de ese servicio sacerdotal suyo. En esta Eucaristía participan algunos de esos huérfanos que tuvieron en el Beato Alberto el auténtico padre que enalteció sus vidas

para siempre, porque las sumergió en la vida de Cristo. Con gran beneplácito, constatamos un signo de que el espíritu del Padre Hurtado está vivo en Chile.

SUS HIJOS: LOS JÓVENES

Comprendió y amó a los jóvenes, los sirvió como a sus "patroncitos", rescatándolos para Cristo. Los escuchó, los hizo libres en el Señor, los hizo fuertes y los contagió con su gozo. Su labor en la Acción Católica de la época fue ejemplar, su creativa pastoral vocacional es un hito de la historia de la Iglesia en Chile, en razón de la fecundidad espiritual de los sacerdotes y religiosos que fueron discípulos suyos.

Juventud y alegría son un binomio de Dios que queda como testamento exigente del Padre Hurtado. Para nuestro beato, la alegría es don de la sustancia misma de la fe, es la característica victoria del Evangelio en el corazón del hombre. Cuantos le conocieron atestiguan que su sonreír es memoria inolvidable. En tiempos de prisas, de rostros crispados o insolentes, el P. Alberto brilla como beato, como alguien feliz, que comparte su hallazgo.

"¡Contento, Señor, contento!", clamará o susurrará Alberto Hurtado. "¡Contento, patroncito, contento!" propondrá o exigirá el formador de juventudes. Tal imperativo no tiene nada de un consejo color de rosa, ingenuo o voluntarista. "Contento, Señor, contento" es el programa pasual de un corazón de antemano resucitado con Cristo. Quien lo pronuncia no es un romántico que desconoce las crucifixiones y los lanzazos. "Contento, Señor, contento" es fruto que nace de la tierra madre de la obediencia total. Cuando el P. Hurtado lo pronunciaba, tenía tras sí noches de descanso muy breve, llevaba sobre sus hombros fatigas acumuladas y cargaba la pesadísima cruz de la incomprensión de amigos y, a veces, de algunos superiores. Dolores del alma y de la carne, soledades y estrecheces, acusaciones sin fundamento, envidias, mezquindades... nada le arrancó la sonrisa de sacerdote crucificado y resucitado con Cristo.

Esta espiritualidad se sostiene en su corazón filial, que vive en "el Espíritu de Cristo"... (Rom. 8, 9), Él, "que nos hace exclamar, ¡Abbá Padre!" (Rom. 8, 15), dando el sí de hijo en toda circunstancia. Fue el mismo Beato Alberto quien desveló a los sufridos mineros del cobre en Sewell el misterio filial de su alegría. "Debe-

mos repetir jaculatorias del fondo del alma. 'Contento, Señor, contento'. Y para estarlo hay que decirle a Dios siempre: Sí, Padre". Y en forma contundente afirma que el amor al Padre "es la única idea capaz de fundar un verdadero optimismo".

SUS HIJOS: TODO UN PUEBLO

Alberto Hurtado es un hombre urgido por el amor de Cristo. Él quiere compartirlo con todos. Sufre porque otros hombres y mujeres, compatriotas suyos, no tengan la noticia salvadora. Quiere que el corazón traspasado de su Señor reciba a todos. Él ve que Cristo responde a cada una de las preguntas del hombre de este siglo y entabla un diálogo serio con unas culturas emergentes que ya no conocerán fronteras. Por eso descifra tan finamente lo que se le comunica en la conversación directa. Por ello es un asiduo lector de obras filosóficas, de publicaciones teológicas y también lee ávidamente aquella literatura en donde palpita el alma contemporánea.

Él amaba entrañablemente a su patria, su geografía y su gente. Él quería que los jóvenes redescubrieran el paisaje chileno gozando lo que él evocó en dos grandes pinceladas: "la cordillera grande y majestuosa o el mar salvaje y dilatado". Él quería que Chile entrara a la modernidad de la mano de Cristo. Era muy consciente de que sin el Señor su patria se iría en pos de los espejismos que fascinan, pero que terminan en despeñaderos mortales. Cristo debe ser el fundamento de la convivencia nacional, la que se establece en una genuina justicia impregnada de amor, pero procurando, según el decir del Padre Hurtado, "que los encantos de la caridad no nos lleven a despreciar a esta hermana humilde y sencilla, la justicia". Este afán lo lleva a enfrentar la grave cuestión de los trabajadores y por ello, con lucidez visionaria, funda la Asociación Sindical Chilena, (ASICH). Su voluntad de diálogo evangelizador lo impulsa a fundar *Mensaje*. Su apremio por alcanzar multitudes lo hace tomar el micrófono en la estación de radio. Él se entrega a todo su pueblo como hermano mayor y pastor bueno.

Verdaderamente, en el Beato Alberto agradecemos a la Trinidad Santísima el regalo de un precursor del Concilio y de un guía tutelar en la Nueva Evangelización. **(P.H.)**

Cuando se inauguró y bendijo el Santuario, se sabía con poca certeza qué sucedería en el futuro con él. Se inició entonces una aventura que cada día nos sorprende, emociona y compromete.

Somos testigos de cómo miles de peregrinos vienen al Santuario; el Padre Hurtado hoy sigue siendo un imán que invita, que seduce, que provoca, acompaña y cuestiona.

No los trae hacia él, sino a quien él más ama y admira; los trae para que tengan un encuentro con Cristo. Para que igual como le pasó al Patroncito, la vida de cada persona que entre en este territorio sagrado,



SANTUARIO DEL PADRE HURTADO,

al estar junto a Jesús, se transforme, florezca, encuentre paz, alegría, sane. En su Santuario el Padre Hurtado nos lleva a Cristo, seguro de que al ponernos junto a Él, nuestras vidas tendrán un verdadero sentido. Quiere que nos "chiflemos por Cristo", y así gastemos nuestras vidas en la construcción del Reino de justicia y solidaridad.

Entrar al Santuario es bajar a la profundidad de la tierra y descubrir la enseñanza que el Señor nos dejó en la Parábola del grano de trigo. Para dar fruto es necesario morir, sólo así seremos capaces de darnos. El Padre Hurtado ha caído en la tierra y desde ella ha dado inmensos frutos para nuestra Patria.

EL CAMINO DEL SANTUARIO

El camino del Santuario es de interioridad y de purificación. Venir a este lugar santo es entrar en nosotros mismos, traer al Padre Hurtado nuestras vidas, ponerlas junto a Jesús y dejar que Él las tome, purifique y convierta.

Es conmovedor ver cómo llegan hasta aquí todos, sin distinción: buscan salud, perdón, verdad, quieren dar gracias, buscan fuerzas e inspiración para una aventura solidaria. Es la cara de la humanidad que se reconoce necesitada, frágil, en peligro.

Entonces el Padre Hurtado en su Santuario los acoge, les da apoyo espiritual, y pone junto a ellos la cara misericordiosa y cariñosa de nuestra Iglesia; ésta los reconforta y anima, les da esperanzas.

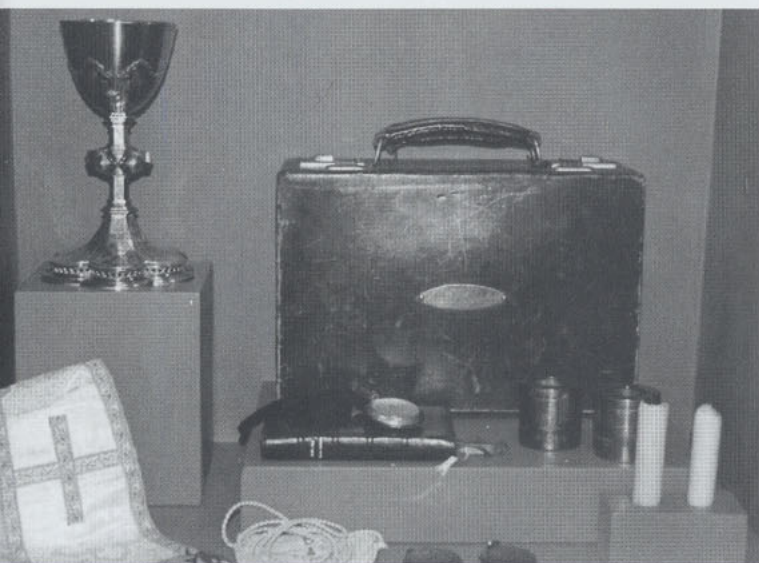
El camino no ha sido fácil; construir el Santuario ha significado aprender, escuchar, descubrir, caminar junto a otros santuarios y recibir su solidaridad.

Buscamos mostrar el rostro y la espiritualidad del Padre Hurtado, queremos hacer la voluntad de Dios y que nuestras decisiones estén guiadas por Él.

El trabajo es arduo, a veces doloroso. Con la generosidad y compromiso de muchos volun-



* Secretario ejecutivo del Santuario del Padre Alberto Hurtado



UN ENCUENTRO CON CRISTO

CRISTO Y EL P. HURTADO VISITAN CHILE

Alberto Hurtado fue el gran peregrino que recorrió Chile mostrando a Jesús y reconociéndolo en cada uno de los habitantes de nuestra patria. Al celebrarse los 100 años de su nacimiento, ha vuelto a peregrinar visitando el mayor número de pueblos, a lo largo del país. Este gesto busca la unidad de todos los que con buena voluntad pretenden construir un pueblo de hermanos.

La camioneta verde del Padre Hurtado, la misma que transportó a Cristo presente en los niños y ancianos, lleva hoy los signos de esta peregrinación: la reliquia y una imagen del jesuita.

Este viaje se inició en Viña del Mar, lugar del nacimiento del P. Hurtado, el 22 de enero. Desde ahí se trasladó a la diócesis de Punta Arenas, que lo acogió en los lugares más apartados y pobres, donde su mensaje fue recibido con mucha sencillez.

Recorriendo los duros caminos de esa geografía, el P. Hurtado llegó hasta la apartada localidad de Chile Chico, de la diócesis de Aysén. En cada población se celebraron liturgias y encuentros con jóvenes, ancianos y niños. Enseguida estuvo en la diócesis de Puerto Montt, para continuar hasta el extremo norte. La peregrinación culmina en Santiago, el 18 de agosto, con una Eucaristía en su Santuario.

tarios y trabajadores que sienten el llamado de Dios en este lugar, y se dan a sí mismos como lo hizo el Padre Hurtado, ha sido posible ir respondiendo a las necesidades de nuestros peregrinos.

Hay mucho por hacer y construir, cada día son más los que vienen; queremos seguir dándonos, para que el Padre Hurtado pueda en este lugar seguir impulsando su cruzada de amor y solidaridad.

Al cumplir cien años de su nacimiento, el Patroncito desde su Santuario sigue trabajando en sus voluntarios y trabajadores y nos dice junto a Jesús: "Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, que

yo los aliviaré".

A cada peregrino que viene le invita a hacerse la pregunta central en su vida: ¿Qué haría Cristo si estuviese en mi lugar? Quiere que como él busquemos respuestas cristianas frente a las necesidades de nuestro pueblo; nos ilumina con su ejemplo de un servicio vivido con alegría. Quiere que seamos capaces de actuar como Cristo en los distintos ámbitos de nuestra vida. Nos invita en definitiva a un camino de santidad.

La aventura del Santuario continuará, tenemos grandes ideales y sueños, esperamos con fe su pronta canonización. Seguiremos siendo parte de esta Iglesia que en sus santuarios nos acoge y nos devuelve la alegría y la esperanza. Dios nos dé su gracia y amor para hacer su voluntad y mostrar cada día mejor el rostro alegre de este chiflado de amor por Cristo, que hoy sigue siendo, como dijo monseñor Manuel Larraín, "una gran visita de Dios a nuestra Patria".**[P.H.]**

Venir a este lugar santo es entrar en nosotros mismos, traer al Padre Hurtado nuestras vidas, ponerlas junto a Jesús y dejar que Él las tome, purifique y convierta.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS ESCRITAS POR EL P. HURTADO

- **Reglamentación del trabajo de los niños.** Memoria de prueba para optar al grado de bachiller en Leyes y Ciencias Sociales, Imprenta El Globo, 1921.
- **El trabajo a domicilio.** Memoria de prueba para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile. Santiago, Imprenta El Globo, 1923, 55 pp.
- **El sistema pedagógico de Dewey ante la exigencia de la Doctrina Católica.** Tesis doctoral, 1935.
- **La crisis sacerdotal en Chile,** Santiago. Editorial Splendor, 1936, 27 pp.
- **La crisis de la pubertad y la educación de la castidad.** Editorial Splendor, Santiago, 73 pp.
- **La vida afectiva en la adolescencia.** Buenos Aires, Editorial Difusión, 1938, 8072 pp. Reeditado con el título: **El despertar del amor.** Santiago, Ediciones Paulinas.
- **El matrimonio cristiano.** Conferencias de la Semana Familiar y Semana del Matrimonio por Alberto Hurtado C., Gustavo Weigel y otros. Imprenta Molina Lackington, Santiago, 1941, 204 pp.
- **¿Es Chile un país católico?** Prólogo de Augusto Salinas. Imprenta San Francisco Padre Las Casas, Santiago, 1941, 186 pp.
- **El catolicismo en nuestros días.** Edit. Difusión, Buenos Aires, 1942, 46 pp.
- **La elección de carrera.** Editorial Difusión, Buenos Aires, 1943, 116 pp.
- **Humanismo social. Ensayo de pedagogía social dedicado a los educadores y padres de familia.** Editorial Difusión, 1947, 318 pp.
- **El orden social cristiano en los documentos de la jerarquía católica.** Santiago, Club de Lectores, 1947, 2 volúmenes.
- **Sindicalismo. Historia - Teoría - Práctica.** Santiago, Editorial del Pacífico S.A., 1950, 270 pp.
- **El despertar del amor.** Edic. Paulinas, 1955, Santiago, 64 pp.
- **El adolescente, un desconocido.** Edic. Paulinas, Santiago, 1960, 64 pp.
- **Obras completas.** Ediciones Dolmen, T.1, 1994 y T.2., 2001. 706 pp. y 557 pp. respectivamente.

LIBROS SOBRE EL PADRE HURTADO

- Magnet, Alejandro: **El Padre Hurtado,** Santiago, Editorial El Pacífico, 1955.
- Amaya Videla, Hernán: **Morandé 80.** 1958.
- Correa, José: **Pensamientos del Padre Hurtado.** Santiago, 1964, 124 pp.
- **El Padre Hurtado. Su palabra, su obra.** Santiago, enero 1988, 85 pp.

- Cid, Francisco Javier: **El humanismo de Alberto Hurtado Cruchaga.** Santiago, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1975, 84 pp.
- Aldunate, Trinidad: **El Padre Hurtado: ¡Contento, Señor, contento!** 1990, 116 pp.
- Ortega, Miguel: **Padre Hurtado. Mensaje a los jóvenes.** Fundación de beneficencia, Hogar de Cristo, agosto 1990, 125 pp.
- Lavín, Álvaro: Colección «El Padre Hurtado, apóstol de Jesucristo».
 1. **El P. Hurtado, apóstol de Jesucristo.** Stgo., 1977, 55 pp.
 2. **Su espiritualidad.** Stgo., 1982, 423 pp.
 3. **La vocación social del P. Hurtado, S.J., apóstol de Jesucristo.** Stgo., 1978, 147 pp.
 4. **Amigo y apóstol de los jóvenes.** Stgo., 1978 141 pp.
 5. **El Hogar de Cristo. Su amor a los pobres.** Agosto, 1979, 118 pp.
 6. **Su proceso de canonización.** Septiembre, 1979, 86 pp.
 7. **Aspectos críticos en su ministerio sacerdotal.** Noviembre, 1981, 254 pp.
 8. **Lo dicho después de su muerte.** Septiembre, 1980 478 pp.
 9. **Su enfermedad y muerte.** Abril, 1980, 103 pp.
 10. **La familia y los laicos.** Abril, 1983, 127 pp.
- **El P. Hurtado: Una visita del Señor a nuestra tierra,** mayo, 1986, 64 pp.
- González, Mons. Carlos: **El Padre Hurtado, hombre de Dios.** Marañón, 1990, 73 pp.
- Aldunate, Trinidad y Valdés, Sara: **Alberto Hurtado, un abogado santo para Chile.** Facultad de Derecho, PUC, 1994, 111 pp.
- Ganderatz, Luis Alberto: **Padre Hurtado. El libro de sus misterios.** Fundación Beneficencia. Hogar de Cristo, 1994, 263 pp.
- Montes, Hugo, (editor): **Alberto Hurtado. Cómo lo vimos.** Ed. Patris, 1994, 155 pp.
- Ortega, Miguel: **El Padre Hurtado, un santo para el siglo XXI.** Edic. Fundación Padre Hurtado, 1994, 208 pp.
- Gilfeather, M.M., Katherine: **Alberto Hurtado, man after God's own heart.** Indian Edition, 1995, 85 pp.
- Hevia, S.J., Renato: **Alberto Hurtado: profeta de la justicia.** San Pablo, 1995, 86 pp.
- Ochagavía, S.J., Juan: **El P. Hurtado. Su personalidad espiritual.** CEI, 1996, 72 pp.
- Castellón, S.J., Jaime: **Padre Alberto Hurtado, S.J. (Su espiritualidad).** Editorial Don Bosco, 1998, 164 pp.
- Thayer Arteaga, William: **El padre Hurtado y su lucha por la libertad sindical.** Editorial Andrés Bello, 1999, 516 pp.
- Marfán, Octavio: **Cristo estaba en él.** Ed. Patris, mayo 2000, 299 pp.

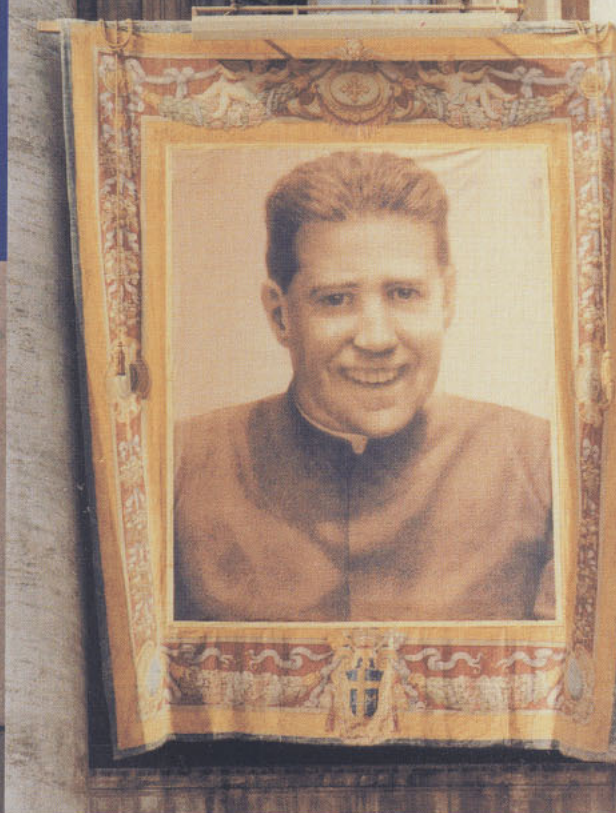
IMAGINES



16 de octubre de 1994: Su Santidad
Juan Pablo II beatifica en la Basílica de
San Pedro al Padre Alberto Hurtado



ALBERTO HURTADO

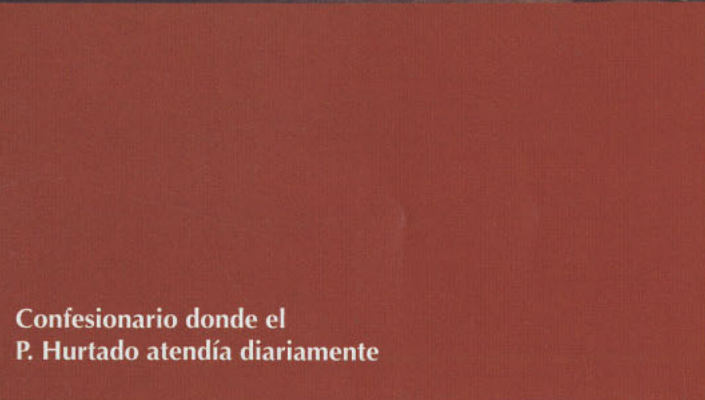


Casa del Fundo Lo Orrego, donde Alberto Hurtado pasó parte de su niñez y vacaciones.





Su cuarto donde recibía a
sus dirigidos espirituales



Confesionario donde el
P. Hurtado atendía diariamente



ALBERTO HURTADO

HACE 100 AÑOS NACIO.



HOY SIGUE EN SINTONIA.

*Corporación de Televisión de la Pontificia Universidad
Católica de Chile, Canal 13 rinde homenaje al Padre Alberto Hurtado,
en el centenario de su nacimiento.*

CANAL



www.canal13.cl

100 AÑOS DE LABOR NO SON SUFICIENTES

Ayudemos a continuar con esta gran obra.

BIBLIOTECA
SECC. SER.
DEPOSITO LEGAL